

FUNDAMENTOS EPISTEMOLÓGICOS de las PSICOLOGÍAS


Con énfasis en

psicología transpersonal

Prólogo por
Manuel Almendro

Juan Diego Duque Martínez - Patricia Lasso Toro
Johnny Javier Orejuela Gómez

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA, SECCIONAL CALI

Universidad de San Buenaventura, seccional Cali
 Editorial Bonaventuriana

Título: ***Fundamentos epistemológicos de las psicologías
con énfasis en psicología transpersonal***

Autores: Patricia Lasso Toro (plasso@usbcali.edu.co)
Juan Diego Duque Martínez (juandiegoduque@hotmail.com)
Johnny Javier Orejuela Gómez (jjo@usbcali.edu.co)

ISBN: 978-958-8436-70-8

Rector
Fray Álvaro Cepeda van Houten, OFM

Secretario
Fray Juan de la Cruz Castellanos Alarcón, OFM

Vicerrector Académico
Juan Carlos Flórez Buriticá

Vicerrector Administrativo y Financiero
Félix Remigio Rodríguez Ballesteros

Directora Investigaciones
Angela Rocío Orozco Zárate
e-mail: arorozco@usbcali.edu.co

Director Proyección Social
Ricardo Antonio Bastidas

Coordinador Editorial Bonaventuriana
Claudio Valencia Estrada
e-mail: clave@usbcali.edu.co

Corrección de estilo: Ernesto Fernández Riva

Diseño y diagramación: Edward Carvajal A.

© Universidad de San Buenaventura, seccional Cali
La Umbría, carretera a Pance
A.A. 25162
PBX: (572)318 22 00 – (572)488 22 22
Fax: (572)488 22 31/92
www.usbcali.edu.co • e-mail: EditorialBonaventuriana@usbcali.edu.co
Cali - Colombia, Sur América

Este libro no puede ser reproducido total o parcialmente por ningún medio
sin autorización escrita de la Universidad de San Buenaventura, seccional Cali.

Cali, Colombia
2011

Dedicamos este libro a cada ser humano que ha sentido en su interior agitarse la llama de lo eterno y ha buscado, muchas veces a tientas, una comprensión cabal de su vivencia.

A las fuerzas que han inspirado, y continúan haciéndolo, la emergencia de consciencia en los seres humanos.

A nuestros maestros...

A nuestros estudiantes...

A todas y todos los buscadores...



CAPÍTULO 2

FUNDAMENTOS
EPISTEMOLÓGICOS
DE LAS PRINCIPALES
PSICOLOGÍAS

FUNDAMENTOS
EPISTEMOLÓGICOS
DE LAS PRINCIPALES
PSICOLOGÍAS

Un grupo de cuatro reputados psicólogos fueron a ver un elefante. Todos eran ciegos a su manera. Uno, un freudiano, se dirigió a la parte trasera del elefante y explicó la conducta del animal desde el ángulo seleccionado. El conductista golpeó la rodilla del elefante y una patada lo envió hasta el otro extremo del patio; allí se sentó a planear un programa serio de reforzamiento para elefantes jóvenes. El psicólogo cognoscitivo comenzó por engatusar al elefante para llevarlo a hacer cosas que pudieran determinar su etapa del desarrollo. El humanista le tocó las orejas y trató de convencer al elefante que podía volar.

(Samples, et ál, 1977, en Labinowicz, 1987, p. 148).

Como ya se había anunciado, abordamos en este capítulo la tarea de examinar las psicologías vigentes más reconocidas a la luz de los nueve criterios de análisis establecidos en el capítulo anterior, con el fin de plasmar aquello que las fundamenta. No está dentro de nuestro alcance dar extensa cuenta de las respuestas de cada psicología a las preguntas que los criterios de análisis le formulan, pues en virtud de abarcar todas las psicologías hemos sacrificado la profundidad. Es decir, solamente vamos a ofrecer un reporte esquemático de esas respuestas, el cual debe ampliarse con el estudio de los textos especializados en cada corriente, en los que puede hallarse con facilidad una descripción más completa de lo que aquí sostenemos.

Una tarea similar pero más extensa adelantaremos en el Capítulo 4 con la psicología transpersonal, después de presentar en el Capítulo 3 unas nuevas coordenadas sobre la noción de ciencia.

Psicología comportamental

Por el estudio se acumula día a día.

Por el Tao se disminuye día a día.

*Disminuyendo cada vez más
se llega a la no-acción.*

*Por la no-acción
nada se deja de hacer*

(Tao Te King, en Colomar, 1974, p. 20).

Contexto histórico social

Antecedentes remotos de la psicología comportamental pueden encontrarse en el dualismo griego y en la visión ambientalista y empirista del universo de Aristóteles. Aunque habitualmente se atribuye a Descartes, el dualismo existía ya desde los griegos y los persas (Zoroastro –bien Vs. mal–, Pitágoras –luz, orden y masculino Vs. oscuridad, caos y femenino). Pero para el pensamiento occidental surge sobre todo desde Platón quien, a través de San Pablo converso (que hablaba griego y que por eso pudo llegar a los pueblos cultos de entonces) provee bases para las religiones cristiana y musulmana al proponer la dualidad antagonica *cuerpo* (“El cuerpo mismo es pecado”: San Agustín) Vs. *alma* en el ser humano.

Descartes también postula el dualismo pero, puesto que es otra época (la de Galileo, Newton, Kepler), lo sitúa entre la mente y el cuerpo. Cabe anotar que la popularización del axioma y el reduccionismo que siguió a ello no son obra de Descartes, como suele pensarse; son resultado de la visión que difundieron sus sucesores. Para Descartes la existencia de dos mundos independientes, el de la mente y el de la materia, se daba en una interacción recíproca a la que llamó “dualismo interactuante” (Martínez, 1982).

Para el tiempo en que surge la psicología comportamental hay en el pensamiento occidental un marcado predominio de las corrientes *empirista* y *fisicalista*. El empirismo, derivado de la filosofía de Aristóteles, considera que la forma de conocer es a través de la experiencia sensible que se tiene del mundo exterior. El fisicalismo, por su parte, plantea que los fenómenos físicos no son reductibles a procesos mentales, es decir, se toman como válidas sólo aquellas manifestaciones de la realidad que provengan directamente de la experiencia y que tengan una apariencia concreta.

El contexto histórico social en el que surge la psicología comportamental está influenciado por el clima social que a mediados y finales del siglo XIX vivían Norteamérica y Europa, donde principalmente se gesta este movimiento. Habiendo sucedido la caída del feudalismo y la abolición de la esclavitud, empezaban a cobrar fuerza la industrialización y el capitalismo, que transformaron la economía; al tiempo, una nueva corriente científica dominaba por excelencia el panorama de las ciencias: el positivismo.

De modo más preciso, el colapso de la economía feudal, los movimientos independentistas de las colonias en toda América, el auge de la industria, la emergencia del capitalismo a gran escala y la profunda alteración en las relaciones sociales que acompañaron a estos cambios fueron el entorno propicio para una revolución científica en Europa occidental y en Norteamérica (Berman, 1981). A medida que las transformaciones sociales de la época se fueron consolidando

se hizo necesario dar mayor estabilidad y legitimación al nuevo orden social. A esa necesidad responderá la filosofía positiva que aparece hacia 1830 con los planteamientos de Schelling y Comte. El experimento, la cuantificación, la predicción y el control eran los parámetros de una visión mecanicista del mundo derivada de los planteamientos de la física de Newton que ahora se aplicaba a los fenómenos sociales. Un nuevo aire prometedor estimula una avalancha de progresos, inspirados todos en un punto de vista que nos sitúa en las puertas del pensamiento instrumental que caracteriza al siglo XX: “La naturaleza (incluidos los seres humanos) es considerada como sustancia que ha de ser captada y moldeada. La razón es ahora completamente instrumental” (Berman, 1981, p. 54).

La filosofía positiva considera el Estado y la sociedad según el modelo de las ciencias naturales y hace equivaler el orden social a un criterio de necesidad objetiva. Desde esta perspectiva el Estado y la sociedad no se interpretan; se ven como si fuesen hechos dados e inmutables, de los que sólo se pueden explicar partes y relaciones entre partes del conjunto total. En la filosofía positiva se comparte con el modelo de las ciencias naturales (pero ahora aplicado a la sociedad) la independencia entre el observador y lo observado, mientras que el pensamiento se limita a una ratificación de los hechos. La noción de hombre planteada por Hegel, Kant e incluso la Ilustración, como ser libre y racional, se verá transformada con la teoría positivista de Comte, de manera que el hombre empieza a ser pensado como un instrumento de las fuerzas omnipotentes del progreso, y unos años más tarde, por la propagación de las ideas de Darwin, como un instrumento de la adaptación y la evolución biológica. Comte concibe que no existe espacio para una ciencia que pueda llamarse psicología, pues tal empeño no tiene un objeto de estudio que cumpla con las condiciones establecidas: su foco se divide entre el estudio del alma (a sus ojos, un tema metafísico y acientífico) y el estudio de la conducta animal y el sistema nervioso (que consideraba propios de la biología).

El cambio de una economía agraria por una industrial en Inglaterra orienta la ciencia hacia el carácter industrial y la capacidad productiva humana. El acontecer político se transforma, pues la política es ahora un asunto científico. Para el hombre de este encuadre, cultura y producción son equivalentes; los valores que prevalecen son los valores del tecnócrata, es decir, un ser humano eficaz, productivo, sin problemas personales, sin aspiraciones sociales y sin opiniones políticas. Para este hombre, cuyos intereses estaban centrados en encajar en la optimista promesa del capital, en funcionar en la industria generando mayor producción, aparece una psicología que se encarga de estudiar lo exterior, lo productivo y lo ajeno; que subraya el valor útil del conocimiento. Ya no eran tiempos para las “ociosas disertaciones” del Enciclopedismo o la Ilustración; las cosas habían cambiado.

Junto al positivismo florece en Inglaterra la psicología asociacionista, que acorde con un interés pragmático reduce (como era propio hacerlo) toda la tradición crítica de la filosofía a un énfasis absoluto en la experiencia; surge entonces el empirismo inglés. Algunos de sus principales representantes fueron John Locke (1632-1704), creador del poderoso axioma de la *tábula rasa*, que postulaba que la mente del ser humano nacía en blanco y las experiencias escribían en ella; James Mill (1773-1836) y John Stuart Mill (1806-1875), su hijo; y Herbert Spencer (1820-1903). Esta perspectiva era también una reacción del espíritu inglés y sajón –práctico y cínico– contra la religiosidad –ya no práctica sino ideática, platónica– imperante hasta entonces y durante los quince siglos precedentes. Ellos crean las bases para una psicología que a despecho de la condena comtiana, se planteará un objeto de estudio propio semejante a los de las ciencias naturales, cuyos hallazgos serán útiles para esa emergente sociedad industrial y para generar mayor control social. Con esta oferta nuestra disciplina se abrió un espacio propio.

Bajo la denominación “conductismo” y siguiendo los derroteros mencionados, surgen las primeras formas de eso que hoy llamamos psicología comportamental. Su aparición fue determinante para dar a la disciplina su carácter de ciencia independiente. Pero esta era todavía una formulación apegada a la observación y la experimentación conforme a los criterios de las ciencias naturales (Cerdeña, 1972).

La consolidación de la psicología conductual ocurre más o menos entre 1930 y 1940, en un momento en que la ciencia moderna, liderada por la física clásica y las ciencias naturales de corte positivista, estaba imperando.

Contexto disciplinar

También eran tiempos en que en Rusia florecía el movimiento que se conoce como Reflexología Soviética. Sechenov (1829-1905), Pavlov (1849-1936) y Bechterev (1857-1927) realizaron aportes al estudio de la conducta refleja en los seres humanos desde un punto de vista fisiológico. En Estados Unidos, con la influencia de este movimiento y la psicología experimental, Watson (1878-1958) propone una psicología caracterizada por basarse en hechos observables de la adaptación de los organismos (hombres y animales) a su medio ambiente, utilizando los recursos heredados y el conjunto de habilidades y hábitos adquiridos. Para Watson la psicología debía tener como objetivo controlar y predecir la conducta:

Watson, en su primera presentación de la posición conductista, había anunciado su intención de hacer de la psicología una rama puramente objetiva y experimental de la ciencia natural. Y los criterios de esta elección, como él mismo señala, son

el criterio de energía física y el criterio fisiológico. Ambos permiten ser objetivos, cuantificables, manipulables y mensurables, condiciones que él cree indispensables para una seria metodología científica (Martínez, 1982, p. 93).

En los antecedentes de la psicología conductual (aunque no de modo exclusivo como se verá en el texto) es también de relevancia la figura de William James (USA, 1842-1910), filósofo, médico y catedrático destacado de la Universidad de Harvard, reconocido en la psicología por crear en 1875 el primer laboratorio de psicología experimental (Martínez, 2006) y por la redacción de la obra *Principios de psicología*, en 1890. Fue el primer americano en reconocer la psicología como una ciencia independiente (Martínez, 2006). Se le considera, junto con John Dewey y Charles Sanders Peirce, como uno de los gestores de la escuela filosófica norteamericana del pragmatismo, la cual entre otros aspectos resalta el valor de las consecuencias al momento de atribuir significados a las cosas. Esta corriente de pensamiento se opone al racionalismo:

Las ideas verdaderas son las que podemos asimilar, validar, corroborar y verificar. Las ideas falsas son las que no [...] La verdad es algo que ocurre a una idea. Se vuelve verdadera, se hace verdadera, a través de los acontecimientos. Su verdad es de hecho un acontecimiento, un proceso, a saber: El propio proceso de verificarse, su verificación. Su validez es el proceso de su validación (James, W., 2010, p. 10).

En esta dirección, en la corriente de pensamiento del pragmatismo se circunscribe su aporte fundamental al pensamiento del análisis conductual de su época, según el cual la verdad debe ser medida de acuerdo con el éxito que tenga en la práctica, es decir, según sus consecuencias.

Sin embargo, William James no sólo es reconocido como antecesor para la psicología conductual desde el punto de vista del pragmatismo, sino que también fue un pionero en el campo de investigaciones sobre la conciencia, ya que atisbaba y señalaba la dirección hacia donde la ciencia y las experiencias religiosas debían unirse y complementarse; tanto que, fundó en la Universidad de Harvard el *Metaphysical Club*, con el ánimo de poder encontrar explicaciones científicas (según la ciencia de su época) al trabajo de los “curanderos” y “chamanes” de su contexto, entre otros aspectos. Al respecto encontramos en algunas de sus obras, como *Variación de experiencias religiosas* o *The will to believe*, lo siguiente:

... como recordarán no sólo comenzamos esta investigación empírica para iniciar un capítulo curioso en la historia natural de la conciencia humana, sino para adquirir un juicio espiritual respecto del valor total y significado positivo del problema religioso en su totalidad y de la felicidad conseguida (James, W., 2006, p. 7).

En este preámbulo del texto referido del autor, claramente muestra una línea de interés investigativo por estudios de la conciencia y en particular el hecho

religioso en el ser humano. Esta afinidad del autor no es el énfasis particular de la psicología conductual de su época; sin embargo, como se retomará en el inicio de la psicología transpersonal, sí funda un importante antecedente para los estudios de la consciencia en relación con la psicología y la Religión, en tanto que su aporte para la psicología comportamental, como se refirió anteriormente, deriva principalmente del pragmatismo y el funcionalismo como corrientes de pensamiento que la sustentan.

La mayor aportación que se reconoce a estos pioneros es haber brindado a la psicología un objeto de estudio acorde con los requerimientos del momento para acceder a la legitimación científica. Este viraje tiene unas consecuencias evidentes:

La psicología deja de desvelar filosóficamente los misterios del alma desde la especulación metafísica y se lanza en pos de lo experimental, alineándose con el descubrimiento de los mecanismos empíricos bajo el impacto de la fisiología y el positivismo (Almendro, 1994, p. 23).

Aunque luego de Watson se comenzó a hablar más de mente y ya no solo de conducta, la concepción básica positivista de ser humano y de ciencia que subyacen en esta postura permaneció inalterada: la ciencia explica reduciendo los objetos de estudio a elementos y a leyes de la interacción entre estos, por tanto, la condición humana ha de explicarse por medio de la reducción a sus elementos mentales o conductuales y a las leyes de asociación.

A partir de Watson, en el conductismo aparecen dos vertientes: conductismo radical o modelo de caja negra y conductismo metodológico (Tejada, 1992). Skinner es, junto con Watson, el principal representante del conductismo radical, que resalta el influjo del contexto en el individuo para producir una conducta. Skinner entiende las “leyes” que rigen la conducta como relaciones funcionales entre el contexto y el sujeto; relaciones que al modificarse producen el aprendizaje. Estos autores evitaron hablar de procesos internos no porque no admitieran su existencia sino porque para el método de estudio que habían adoptado no eran medibles y observables. Su planteamiento fue denominado “Análisis experimental del comportamiento”, y uno de sus aportes más significativos consistió en tipificar el valor de las consecuencias en el mantenimiento de la conducta, hallazgo del que todavía hoy los psicólogos, los educadores y los padres nos valemos.

El conductismo metodológico es liderado por Bandura, quien se destaca en el movimiento por intentar introducir la idea de que existe “algo” que media entre el contexto ambiental y el individuo, a lo que denomina variables mediacionales.

Durante toda una extensa primera etapa este movimiento estuvo consagrado a la investigación básica. Este hecho de centrarse prioritariamente en el trabajo investigativo y en particular en los experimentos de laboratorio obedecía a los mandatos de su tiempo. Cabe resaltar que todo el arsenal de prácticas de laboratorio y pruebas psicotécnicas con que contamos en la psicología, hoy por hoy, debe mucho de su aparición a esta escuela.

Solo más tarde la psicología del comportamiento se ocupó de la práctica terapéutica:

... los científicos conductistas (con excepción de Skinner) no se interesaron ni trabajaron en la elaboración y el ensayo de esquemas terapéuticos sino, sobre todo, en la investigación básica, y esto particularmente en el contexto de experimentos con animales. Por eso las técnicas de terapia de la conducta aplicadas a la clínica concreta solo aparecieron en la década de 1950, si prescindimos de notables estudios precursores pero aislados. La terapia de la conducta, entonces, contó como corriente terapéutica establecida solo en la década de 1960, o sea, medio siglo después que el psicoanálisis (Kriz, 1990, p. 156).

Los distintos momentos de evolución del modelo conductual han sido también descritos así:

... para asegurar su futuro el conductismo ha pasado a través de varias fases distintas hasta la fecha: 1. el conductismo clásico, que dura de 1913 a 1930, dominado por el programa y las críticas de Watson, y centrado alrededor del potencial experimental y social del reflejo condicionado; 2. el neoconductismo, que cubre el periodo 1930-1945, que se destacó por la desviación del interés empírico hacia una ciencia "hipotético-deductiva", y 3. el neoneoconductismo, la era presente, que involucra nuevos vocablos científicos, así como una reversión a los intereses clásicos en la "solución" de problemas de orden mental superior y metapsicológicos (Matson, 1984, p. 17).

A partir de Bandura, Mahoney y Ellis, entre otros, el movimiento que se inició como conductismo y posteriormente, a raíz de la aceptación de variables mediacionales, derivó en conductismo metodológico, empieza a integrar elementos cognitivos y da lugar al enfoque conductual cognitivo, que junto con el abordaje conductual sistémico goza de amplia acogida durante la parte final del siglo XX y comienzos del siglo XXI. En cualquier caso, aun estos jóvenes modelos conservan la preferencia por la explicación funcional de la conducta.

Toda la psicología debe al movimiento conductual la oportunidad de ingresar en el escenario científico. Lo que ha venido después fue posible gracias a estos pioneros que supieron adentrarse en el espíritu de su época.

Concepción de realidad

Decíamos en el apartado de concepción de realidad del capítulo anterior que, de manera explícita o no, en cada marco psicológico hay una noción de lo que se concibe como real, y esta noción constituye una base para cimentar un derrotero particular como corriente explicativa de la condición humana.

La concepción de realidad de la psicología comportamental está muy influida por la visión positivista y sus presupuestos de cientificidad. Si para esta corriente sólo se consideraba válido estudiar aquello que pudiera observarse es porque para ella lo real es lo exterior y concreto, tiene sus propias leyes y es susceptible de manipulación, predicción y control.

Para los positivistas la realidad no es una masa inerte de “materia prima”. Las cosas están en el mundo real y la manera como ellas funcionan está determinada totalmente por ciertas leyes naturales... Debido a la existencia de tales leyes, la ciencia puede cumplir con su principal función: predecir y controlar (Guba & Lincoln, 1994, p. 19).

La realidad funciona con el acople de unas leyes universales, semejante a una máquina que funciona perfectamente y cuyas partes se encuentran ensambladas entre sí. Esta visión de lo real es denominada mecanicista:

... la materia constituía la base de toda la existencia y el mundo material se concebía como un gran número de objetos separados ensamblados a una gran máquina. Creían que la máquina cósmica, al igual que las fabricadas por el hombre, estaba formada por componentes elementales; por consiguiente, el complejo significado de los fenómenos naturales se podía deducir reduciéndolos a sus partes constitutivas básicas y descubriendo los mecanismos que los ponen en funcionamiento [...] Las otras ciencias aceptaron y adoptaron la visión mecanicista y reduccionista de la realidad expuesta por la física clásica y modelaron sus propias teorías de acuerdo con ella. Cada vez que un sociólogo, un psicólogo o un economista necesitaba de una base científica para sus teorías, recurría a los conceptos básicos de la física newtoniana (Capra, 1982, p. 51).

En este modelo, para el cual el universo funciona como una gran máquina, lo real es lo objetivo, un suceso que existe fuera del individuo. Esto explica algunos de los postulados claves del enfoque: “Una consecuencia lógica del modelo estímulo-respuesta fue la tendencia a buscar las determinantes de los fenómenos psicológicos en el mundo externo y no dentro del organismo” (Capra, 1982, p. 197).

Desde esta perspectiva la realidad es una sola, independientemente de quien la observe y solo necesitaríamos aproximarnos a ella misma para poderla conocer,

lo cual reduce el conocimiento a una mera constatación de lo exterior o, en el mejor de los casos, a obtener información:

El enfoque convencional [...] afirma la existencia de una realidad única que es independiente de los intereses del observador, la cual funciona de acuerdo con leyes naturales e inmutables, muchas de las cuales toman la forma causa-efecto. La verdad es definida como aquel conjunto de afirmaciones que son isomorfas con la realidad [...] además es posible para un observador exteriorizar el fenómeno estudiado, permaneciendo separado y distante de él, y excluyendo cualquier consideración valorativa que lo pueda influir (Guba & Lincoln, 1994, p. 18).

Como la verdad existe *per se* y de manera independiente al sujeto que la mira, quienquiera que la aborde siguiendo las reglas metodológicas apropiadas que permitan una aproximación científica va a encontrarse siempre con “lo mismo”. De ahí el reconocido énfasis de esta psicología en el método.

Dado que la psicología comportamental florece desde una perspectiva comtiana, orden natural y orden social tienen el mismo estatuto, y dado que el orden natural es expresión de la verdad misma, exterior, objetiva, independiente, entonces el orden social es expresión de esa misma verdad y cualquier cosa que lo contradiga es sinónimo de desajuste. Estas consideraciones inciden decisivamente en la concepción de ser humano de esta psicología, que abordaremos más adelante.

Podríamos resumir las características de lo que para la psicología comportamental es la concepción de realidad diciendo:

- La realidad es una sola y existe independientemente del sujeto que la observe.
- Lo real como tal es un evento objetivo que puede ser aprehendido por el investigador.
- El universo está ordenado por unas leyes y principios naturales que lo rigen y así mismo se comportan en el ser humano.
- La realidad objetiva se encuentra fuera del sujeto. Lo que sucede en él no es considerado como un evento objetivo digno de ser estudiado.

Corrientes de referencia

Acabamos de decir que para la psicología comportamental la realidad es un evento objetivo externo al cual se puede acceder porque se supone que existe *per se* y que tiene unas leyes que lo gobiernan.

La confianza en que existen leyes externas hizo que los investigadores del comportamiento se interesaran de modo particular en conocer qué factores externos determinan la ocurrencia de un evento. La certeza de que todo suceso

es generado por causas externas y, consecuentemente, que esas causas externas producen un efecto o una respuesta en el organismo, es la base de toda la empresa comportamental. En el experimento del perro de Pavlov, por ejemplo, se consideraba que cuando el animal salivaba, esta conducta había sido provocada por una causa no referida a la interioridad del animal sino que debía ser buscada en su entorno inmediato. Esta manera de concebir la determinación del comportamiento a partir de una relación causa-efecto con preponderancia del influjo exterior se conoce como *funcionalismo*, y es tal vez la corriente de pensamiento decisiva en la configuración del *corpus* teórico comportamental.

Veamos en qué consiste:

Es la doctrina filosófica que establece que las conductas humanas están determinadas por la relación del organismo (o individuo) con el medio ambiente; así, se establece una función, una relación de dependencia entre el individuo y su medio; de esta manera el organismo cambia, se transforma o se modifica, a medida (o en función de) que el medio ambiente cambia (Tejada, 1992).

En esa relación funcional, entonces, el medio ambiente está determinando el comportamiento del individuo, y si se quiere obtener cambios de comportamiento deberán operarse cambios en las condiciones que lo rodean.

La relevancia de otras corrientes de pensamiento, como el fisicalismo, el positivismo y el mecanicismo para la construcción del discurso en este enfoque es tratada en otros apartados de esta descripción.

Modelo de física asociado

El auge de la psicología comportamental se asocia al modelo newtoniano-cartesiano imperante. Esta concepción, también conocida como física mecanicista, o modelo clásico de la ciencia, influyó notablemente (y sigue influyendo) en el pensamiento de varios siglos posteriores:

La creencia de que el universo es una máquina llevó a muchos investigadores y hombres de ciencia a intentar repetir la hazaña de Newton construyendo un modelo similar para sus respectivas ciencias (economía, psicología, sociología, etc.) (Capra, 1982, p. 40).

Para Newton el universo está organizado por unas leyes naturales (las leyes de la mecánica), lo cual influyó durante mucho tiempo y de manera exitosa en concebir el mundo como si este fuese una especie de “máquina”. La visión mecanicista de la física clásica fue llevada al terreno de lo psicológico:

El conductismo representa el punto culminante del enfoque mecanicista en psicología. Basándose en un conocimiento detallado de la fisiología humana, los conduc-

tistas crearon una “psicología desprovista de alma”, una versión más complicada de la máquina humana de La Mettrie. Los fenómenos mentales quedaban reducidos a modelos de comportamiento, y el comportamiento era resultado de varios procesos fisiológicos regidos por las leyes de la física y de la química (Capra, 1992, p. 194).

El interés por investigar el comportamiento al margen de procesos mentales internos se apoya en la premisa de que lo interno no es observable y por lo tanto no cumple con los requisitos que planteaban la física y la ciencia en ese entonces: “Es posible afirmar que los acontecimientos mentales o psíquicos carecen de las dimensiones de la ciencia física... y esa es otra razón para rechazarlos” (Skinner en Capra, 1992, p. 199).

El modelo clásico de la física también se caracteriza por proponer una concepción de la naturaleza de la realidad según la cual el universo se halla gobernado por leyes, como la ley de causa-efecto, que también se ha extrapolado al plano de lo psicológico:

En opinión de Watson y desde el punto de vista conductista, los organismos vivientes son máquinas complejas que responden a estímulos externos y este mecanismo de estímulo y respuesta imitaba, por supuesto, al de la física newtoniana, implicando una relación causal rigurosa que permitía a los psicólogos predecir la reacción provocada por un estímulo determinado y, a la inversa, determinar el estímulo para la respuesta dada (Capra, 1992, p. 196).

Esa ecuación que supone que el individuo, a partir de un estímulo determinado (la causa), reaccionará frente a él produciendo una respuesta (el efecto) se soporta, entonces, en premisas del modelo clásico de la física. También, a partir de la relevancia de esta ley, se configura lo que los conductistas llaman condicionamiento operante:

El condicionamiento operante (como “reacción-efecto”) sobreviene cuando determinada (re)acción, en determinada situación, recibe un premio “adecuado a la pulsión”: así aumenta la probabilidad de que esta reacción se produzca en una situación semejante, o sea que la reacción es reforzada o se convierte en una “reacción instrumental” (Kriz, 1985, p. 169).

La medición, el control de variables y la predicción son también un intento por trasladar los hallazgos de la física newtoniana a los fenómenos psicológicos: “En el esfuerzo por llegar a una psicología rigurosamente científica se destierra la introspección y se introduce la observación, al igual que en la física y la química” (Almendro, 1994, p. 24).

En el apartado acerca del método de esta psicología mostraremos más relaciones entre su marcado acento en la medida y cuantificación y la física newtoniana-cartesiana.

Concepción de ser humano

En la psicología comportamental, a diferencia del psicoanálisis y la psicología humanista, no se encuentra con la misma facilidad una formulación explícita de su concepción de ser humano. Las razones de esa no explicitación han generado sospechas en sus críticos, quienes afirman que tal omisión es deliberada y revela el espíritu conservador del enfoque.

Una de las principales características de esa concepción de ser humano en esta psicología nos remite al dualismo. El dualismo mente-cuerpo es una de las herencias de la física clásica (filtrada a su vez por la disociación radical cristiana) en la concepción de ser humano de la psicología comportamental y también del psicoanálisis:

Los psicólogos partidarios de la teoría de Descartes, hicieron una estricta distinción entre la res cogitans y la res extensa, y por ello les resultó muy difícil la interacción de la mente y el cuerpo (Capra, 1992, p. 185).

La física nos llevó a pensar en un ser humano compuesto por “partes” susceptibles de ser separadas para ser analizadas. La primera traducción de conclusiones de la física al mundo de la consciencia es bastante antigua:

... quien tendió el puente entre el mundo físico newtoniano y las ciencias humanas fue John Locke, [...] Efectivamente, Newton publicó su obra más famosa, “Principia Mathematica”, en 1687. En ella reduce la naturaleza física a cinco categorías fundamentales: partículas materiales, existentes en un espacio y tiempo absolutos, puestas en movimiento por una fuerza determinada. En 1690 Locke publica su Essay concerning human understanding, en el cual trata de hacer con la mente humana lo que Newton había hecho con el mundo físico: Locke concibe la mente humana como una realidad compuesta de partículas (las ideas) que existen en un espacio y tiempo determinados y que se funden, amalgaman o cambian por la acción de fuerzas exteriores a ellas mismas.

De acuerdo con las ideas de Locke, podemos tener una ciencia de la mente humana análoga a la ciencia de la naturaleza física. Esto implica el presupuesto de que explicar toda realidad compleja consiste en descomponerla en sus elementos simples. La concepción “newtoniana” de la mente fue elaborada [...] por los asociacionistas ingleses James Mill, John S. Mill, Alexander Bain y otros [...] y más tarde, en Norteamérica por Watson y sus seguidores. Aunque posteriormente se comenzó a hablar más de conducta que de mente, la concepción básica, positivista, del hombre y de la ciencia permaneció inalterada (Martínez, 1982, p. 66).

La reducción del estudio del comportamiento en elementos más simples para su análisis busca poder predecir y controlar las acciones humanas: “Watson planteaba que su meta teórica es la predicción y el control de la conducta” (Watson en Braunstein, 1985, p. 40). Esta predicción y control no podrían tener otros fines distintos que los de subordinar el individuo al entorno en una adaptación instrumental, como lo sugería el espíritu de la época y nos hablan de un ser humano susceptible de ser manipulado por determinantes externos.

Como vimos, para este enfoque el ser humano tiene comportamientos principalmente motivados por los estímulos que le provee su medio. Es decir, si hay un reforzador externo suficientemente significativo, es muy probable que la conducta que acentúa ese reforzador se mantenga. De lo contrario, si el reforzador no es un motivador suficiente, la conducta esperada no se producirá. Ese énfasis nos plantea también un ser humano reactivo, no lúdico ni contemplativo, cuyas elecciones dependen principalmente de las recompensas que le ofrezca su medio:

El niño en su pupitre, trabajando en su cuaderno, se está comportando primordialmente para escapar de la amenaza de una serie de eventos aversivos menores, como el disgusto de la maestra, la crítica o el ridículo de sus compañeros, un resultado de ignominia en una competencia, bajas calificaciones, una regañada del director o una nota a los padres... (Skinner, 1954 en Yelon & Weinstein, 1988, p. 136).

La motivación en el ser humano es, entonces, extrínseca y se define a través del reforzamiento.

El acento en que el individuo actúe según los requerimientos de su medio tiene mucho que ver con su adaptación a éste: “¿Qué finalidad tiene la conducta? La adaptación. ¿Qué hacen o debieran hacer los hombres en su ‘medio’, en la sociedad, a través de las conductas? – Adaptarse” (Braunstein, 1983).

Por esta preocupación por la adaptación el concepto de normalidad viene también a ser relevante: lo normal/anormal estará determinado por la medida en que el individuo cumpla con las demandas de su entorno psicosocial. Por su mismo origen emparentado con la sociedad industrial, la psicología comportamental se especializa en el ser humano promedio, el hombre común que va a la fábrica, al que toma como referente de normalidad:

... en efecto, hay una realidad que tiende a crear a ese hombre robot-hombre industrial; [...] El conductismo ha sido su teoría favorita para perfeccionar los procesos de ensamblamiento de las piezas. Es propio del momento coyuntural del pensamiento industrial (Almendro, 1994, p. 31).

Objeto de estudio

*¿Cómo puede la vida respetar el determinismo en el afuera y,
no obstante, actuar con libertad en el adentro?
Quizás algún día entenderemos eso mejor
(Teilhaard de Chardin, en Zohar, 1996, p. 161).*

A pesar de la diversidad de abordajes, autores y posturas, en la psicología comportamental se conserva un principio ordenador: el estudio del comportamiento.

Como la terapia familiar, tampoco la terapia de la conducta designa un único método psicoterapéutico sino que los dos conceptos caracterizan a vastos y heterogéneos grupos de abordajes que presentan diferencias muy grandes en su interior. Y sin embargo, existen conceptos básicos comunes: "... las terapias de la conducta comparten una perspectiva de teoría del aprendizaje aplicada a la génesis y al tratamiento de "perturbaciones"; los conceptos empleados son en principio los que corresponden a la conducta observable, y los procesos se analizan con métodos análogos a los de la psicología empírico-experimental (Kriz, 1985, p. 155).

Así, pues, de la mano de una noción objetiva de la realidad a lo cual se le da una prevalencia funcional sobre el acontecer humano y al amparo de un paradigma newtoniano-cartesiano y de un positivismo generalizado, lo más sensato de estudiar en la psicología es el comportamiento: el comportamiento es un foco promisorio que se manifiesta en la realidad objetiva, puede explorarse en función de la incidencia de lo exterior y coincide con el criterio de ser una unidad divisible de lo demás, como lo requirió el entorno intelectual imperante. Haber decidido el comportamiento como objeto de estudio de la psicología fue, a pesar de las desafortunadas consecuencias reduccionistas, un acierto histórico en el sentido de ser la única vía posible en ese momento para el reconocimiento científico. Paradójicamente, aquello que le permitió officiar en el marco científico fue luego lo que constriñó de modo más dramático la investigación psicológica.

Al buscar una definición de lo que la psicología comportamental concibe como comportamiento, encontramos: "Comportamiento: suele denominarse, de manera un tanto imprecisa, comportamiento a un esquema extremadamente complejo de reacciones, que pueden tener especial significado para el organismo" (Miller, 1970, en Braunstein, 1983, p. 26). Pero Braunstein cuestiona:

El término es "impreciso", el esquema es "complejo" (¿Cómo se diferencia del "simple"?), "puede tener" (por lo tanto puede también no tener) significado "especial" de uno "¿no especial?" para "el organismo" (y aquí... ¿cómo se diferencia esta "observación y análisis" de lo que hacen los biólogos y fisiólogos también en "el organismo") (Braunstein, 1983, p. 26).

Y luego: “Conducta...: Respuestas de un organismo a los cambios del medio” (Smith & Smith en Braunstein, 1985, p. 40). Y sigue:

Ante esta definición también se encuentran algunos vacíos: ¿Qué es un organismo? Ni en Smith y Smith ni en ningún texto de psicología se encuentra respuesta para esta pregunta [...] Y no paran aquí las objeciones a la psicología de la conducta... ¿Y el otro término, el “medio”? Al no hacerse ninguna especificación, podría suponerse que el “medio” es el mismo tanto para organismos vegetales, animales o humanos... Pero cuando se piensa críticamente, no se tarda en descubrir que las plantas y los animales se desarrollan en un medio natural, mientras que los hombres se producen y se reproducen en un medio artificial: La sociedad humana. La indiferenciación de estos dos “medios” no es casual; si se acepta esta representación espontánea de que los animales y los hombres viven en “el medio”, terminará pareciendo también “natural” que las leyes, la predicción y el control de la conducta no presenten diferencias fundamentales entre unos y otros... Si no se señala explícitamente la originalidad del “medio” en que viven los hombres, la sociedad humana con su organización de la producción y la división de clases, se hace pasar por contrabando la idea de que la sociedad humana es también un “medio natural” (Braunstein, 1985, p. 41).

En su pretensión de ser objetiva, la psicología comportamental deja de lado dimensiones del ser humano que merecen ser objeto de atención:

Aunque eficaz, su fuerza y su debilidad coinciden. Excluye lo subjetivo, la conciencia, y hasta hace poco los pensamientos y sentimientos. Así que poco tiene que decir sobre el nivel óptimo de salud y bienestar (Almendro, 1994, p. 31).

Psicogénesis

Al explicar cómo se genera, constituye y mantiene lo psicológico en el ser humano (en este caso, el comportamiento), la psicología comportamental atribuye mayor énfasis al influjo del contexto y, en particular, al valor del reforzamiento:

Según la teoría de los conductistas, todo elemento del razonamiento y sentimiento humano puede ser definido en términos de reforzamiento -no sólo los hábitos al comer, sino también los buenos hábitos de estudio y la conducta socialmente aprobable de toda naturaleza, inclusive el amor [...] Por ejemplo en su libro About behaviorsm (1974) Skinner habla de la persecución de la felicidad: “La felicidad es un sentimiento, derivado del reforzamiento operante. Las cosas que nos hacen felices son las cosas que nos refuerzan; pero son las cosas, no los sentimientos, los que hay que identificar y usar en la predicción, el control y la interpretación” (Skinner en Yelon & Weinstein, 1991, p. 134).

Entonces, lo psicológico se genera básicamente a través de una determinación contextual en que el individuo se “comporta” de una u otra manera en función de la forma como su entorno psicosocial lo premia o castiga:

El mundo en que el hombre vive puede ser considerado como un conjunto extraordinariamente complejo de contingencias, de reforzamientos positivos y negativos. Además del ambiente físico con el cual está sensitivamente armonizado y con el que mantiene un importante intercambio, tenemos que enfrentarnos con estímulos sociales, refuerzos sociales y una red de control y contra control personal e institucional —una complejidad asombrosa—. Las contingencias del reforzamiento que el hombre ha hecho para el hombre son una maravilla digna de verse.

Pero de ningún modo son inescrutables. El paralelo entre las contingencias actualmente bajo estudio en el laboratorio y las de la vida diaria piden atención —y acción remediadora— a gritos. En toda situación social tenemos que descubrir quién está reforzando a quién y para qué (Skinner, 1965 en Yelon & Weinstein, 1991, p. 135).

Método

De manera consecuente con una concepción según la cual lo real es aquello que cumple las condiciones de ser un evento objetivo con leyes propias, y en que el discurso está permeado por corrientes de pensamiento como el positivismo, el fisicalismo, el funcionalismo y el mecanicismo, la psicología comportamental adopta como ruta para estudiar el comportamiento en tanto que, respuesta a los estímulos del medio ambiente, el método experimental. “La psicología, tal como la ve el conductista, es una rama puramente objetiva y experimental de la ciencia natural” (Watson, 1913, en Braunstein, 1983, p. 37).

La labor investigativa de la psicología comportamental se ha centrado en gran medida en el uso del método hipotético deductivo, la cuantificación y la investigación experimental de laboratorio, en la realización de experimentos para crear situaciones artificiales, en tanto que aisladas y estrictamente controladas para garantizar tanto la validez interna como externa de sus aproximaciones a la realidad, con un abordaje empírico-analítico, en el cual prima el análisis cuantitativo de los datos.

Psicología con orientación psicoanalítica

*Usted y yo nos encontramos, Dr. Einstein, en una situación muy diferente y muy desventajosa para mí; porque ambos estamos explorando dos partes del universo. Usted está explorando el universo físico en su conjunto y su ley, y yo estoy explorando otro universo, que es la mente humana, y le aseguro que no es más complejo ni más vasto el que usted explora al que yo exploro. Pero a diferencia de usted, yo trabajo en un campo en el que todo el mundo cree saber de qué estamos hablando, mientras que usted trabaja en un campo en el que la gente al menos reconoce que no sabe de qué está hablando. Por lo tanto mi situación es supremamente desventajosa frente a la suya.
(Carta de Freud a Einstein, septiembre de 1932).*

Contexto histórico social

Hemos preferido usar la denominación *psicología con orientación psicoanalítica* a la de *psicoanálisis* por considerar que la disciplina psicoanalítica no “pertenece” de modo exclusivo al grueso de la psicología científico-académica. Partimos de respetar la consideración de una mayoría de psicoanalistas que considera el psicoanálisis en sí mismo como una disciplina científico-social independiente. Esto se debe fundamentalmente a que se constituyó históricamente como un método, una teoría y una técnica sobre “*lo inconsciente*” y *sus formaciones*, lo que significa una ruptura paradigmática con la psicología científica hegemónica que ha puesto mucho énfasis en el estudio de la conducta, el comportamiento consciente, en la experimentación, la cuantificación, el funcionalismo, la lógica hipotético deductiva y la adaptación como propósito. Por lo menos la mayoritariamente desarrollada en Estados Unidos (y ampliamente difundida en muchos países de Europa y Latinoamérica), y precisamente de la que Freud, decepcionado por su afán adaptacionista después de su visita a Clark University en 1909, se quiso apartar.

De ahí que el campo psicoanalítico se haya desarrollado con clara intención epistemológica y política de manera independiente de la psicología académica que opera bajo el direccionamiento de la APA, y se haya constituido como un campo intelectual y clínico independiente con un objeto, un método y una posición etho-política muy diferente en lo que respecta a los procedimientos y propósitos investigativos, teóricos y terapéuticos, y se haya organizado políticamente en dos grandes instituciones de amplia tradición equivalentes a la APA, a saber: la IPA (International Psychoanalytical Association) y la AMP (Asociación Mundial de Psicoanálisis), entre muchas otras. La único cierto es que si bien se puede considerar el psicoanálisis como una disciplina independiente, también es verdad que este ha tenido una estrecha relación con la psicología científico-académica y su desarrollo. De hecho existen psicologías que dan crédito a los procesos inconscientes, trabajan con esta hipótesis, y fundamentan su práctica terapéutica en ese hecho. A esas psicologías (y a los psicólogos) que se orientan por ese presupuesto se las conoce como *psicologías con orientación psicoanalítica* o *psicodinámicas* (que usualmente están incorporadas en facultades de psicología o medicina y que otorgan grados de licenciados o psicólogos), para diferenciarlas del *psicoanálisis* propiamente dicho (que se transmite por vía de otros dispositivos como el análisis personal y el trabajo del cartel en escuelas psicoanalíticas no necesariamente integradas a facultades universitarias y que no refrendan títulos de psicoanalistas –aquí psicoanalista no es un título sino una posición ética–).

Ahora bien, hecha la salvedad, la siguiente presentación se hará respecto del psicoanálisis en general, asumiéndolo como un *enfoque psicológico*, entre otros posibles para los psicólogos académicos, y también como referente ineludible en el desarrollo histórico de la psicología como ciencia; como un paradigma explicativo de lo psíquico y de lo subjetivo que ha fecundado una forma de abordaje de lo psicológico de total trascendencia en el campo amplio de la cultura, las ciencias sociales y lo que comprendemos como *la psicología*, y es ubicado como una psicología más entre otras, lo cual es sin duda relativamente cierto, como ya lo hemos aclarado. Quizás el aporte más importante del psicoanálisis a la psicología es haberle provisto una teoría fuerte sobre lo subjetivo y lo psicopatológico, más allá de las críticas que pueda haber al respecto.

Vale la pena aclarar que esta presentación del enfoque psicodinámico o del psicoanálisis como una “psicología” entre otras, podría parecer escueta y hasta limitada para un especialista en el campo, pero confiamos en que sea pertinente ayuda para los legos y recién llegados a la disciplina psicológica y esperamos allanar en la medida de lo posible el malentendido y el excesivo prejuicio.

El contexto histórico social en el que surge el psicoanálisis se asemeja en algunos aspectos al de la psicología comportamental, ya que la aparición de ambos movimientos fue casi simultánea.

El psicoanálisis surge a fines del siglo XIX y principios del siglo XX y a diferencia de la psicología comportamental que tuvo su mayor apogeo en Norteamérica, el psicoanálisis se consolidó en Europa, principalmente en los países occidentales (Austria, Francia, Alemania e Inglaterra).

Era una Europa convulsionada por una constelación de factores: aparecen los periódicos; el barco y el tren de vapor permiten viajar con mayor rapidez por el mundo; hay un mayor intercambio de ideas y enormes volúmenes informativos que antes no existían; la burguesía llega al poder descabezando (literalmente en Francia) a la aristocracia, lo cual produce miles de Baudelaires y Wildes: jóvenes adinerados, librepensantes, escritores o pintores, bohemios e incluso el incipiente comienzo de la liberación femenina; las iglesias ya no son los focos de concentración de antes y una ética civil comparte preferencias con la moralidad religiosa; en el arte, el impresionismo con Van Gogh como figura más relevante cambiaba en la pintura el énfasis en las formas estáticas por la captación sutil de la refulgencia, y la literatura de Dostoievski revelaba aspectos profundos de la miseria –condición– humana.

La intelectualidad de la época leía a Kant, con su genial *Crítica a la razón pura* (que alimentaba el subjetivismo); a Schopenhauer, con *La voluntad de vivir*; a Kierkegaard, con *Elígete a ti mismo*; y a Nietzsche con, *Dios ha muerto* y su “*deja tu*

moral esclava –servil, víctima, apocada, sufriente– y elévate como tu propio maestro”, que son también potentes precursores de Sigmund Freud (1856-1939), creador del psicoanálisis. El inglés Charles Darwin (1809-1882) había publicado *El origen de las especies*, que causó gran revuelo en el ámbito científico y en la sociedad en general, al hablar de la evolución, planteamiento que también tuvo influencia en el pensamiento de Freud: “La teoría de Darwin, muy en boga entonces, me atraía extraordinariamente porque parecía prometer un gran progreso hacia la comprensión del mundo” (Freud, 1980, p. 11).

El intercambio comercial y económico se encontraba en auge. Este creciente desarrollo económico genera la clase social burguesa, la aparición masiva de ciudades (burgos) y la revolución comercial. La nueva clase social, que en un principio se hallaba compuesta de comerciantes y artesanos, se fue consolidando y acabó por participar en los gobiernos municipales. Una pléyade de descubrimientos y la apertura de nuevas rutas comerciales aumentaron su poder e influencia.

Particularmente Viena, la ciudad donde Freud vivió la mayor parte de su vida, era considerada como un centro cultural europeo, que por otra parte se convirtió en lugar de afluencia de los judíos (Freud provenía de una familia judía) por la política antisemita imperante en el resto de Europa y de la cual los austríacos recibían protección por parte de su emperador. Era:

Una Viena finisecular, burguesa, provincial e hipócritamente puritana [...] La Viena de la época de Freud que la convertía en la cuna cultural de Europa era la de Gustav Mahler, Schönberg [...] Rilke [...] A nivel político en 1856 el imperio Austro-Húngaro estaba todavía bajo el choque de la revolución de 1848, reprimida por el ejército. El emperador Francisco-José [...] se esforzaba por contener a los militares y afirmar su poder personal. Fue él quien en 1857 decidió hacer de Viena la capital moderna de un gran imperio [...] Bajo su reino, que se prolongará hasta 1916, Austria-Hungría conocerá una verdadera edad de oro.

Por otra parte, respecto a los judíos, la política de Francisco-José es extremadamente liberal. En 1867 se les reconocía oficialmente la igualdad de derechos políticos [...] así el antisemitismo que se desarrollará a partir de 1880 es entonces casi inexistente, aunque el antisemitismo de inspiración católica y popular chocaba frontalmente con la política del gobierno (Jaccard, 1984, p. 121).

Algunos autores atribuyen relevancia al hecho de que Freud fuera judío:

La creación del psicoanálisis, esta ciencia judía, fue ciertamente para Freud un medio para afirmar su identidad cultural y a la vez echar una mirada crítica y desengañada sobre las bambalinas de la vida social (Jaccard, 1984, p. 122).

En alguna forma, esa Viena desafiante y esa procedencia racial sirvieron para que Freud se ubicara en una posición crítica respecto a la moral y la religión: si el conductismo niega “el alma” en su intento por ser objetivo, Freud niega lo religioso pero intenta darle al “alma” su connotación original: Psique.

Por el auge del positivismo, en ese ambiente se respiraba un sabor de crisis de la filosofía en tanto ésta ya no podía dar respuestas en abstracto a los interrogantes concretos que la ciencia moderna se estaba planteando. Como vimos antes, el siglo XIX es un siglo donde se consolidan el positivismo y las ciencias naturales y se abandona la actividad especulativa que había caracterizado el pensamiento precedente. Esta presión influye también en los planteamientos del psicoanálisis como lo hizo en la psicología comportamental, pero el psicoanálisis estaba a su vez influido por esa Viena académica y rebelde que prefería el racionalismo y la introspección: eran rutas que proporcionaban un mejor acercamiento a la subjetividad del ser humano (importante por todos los antecedentes artísticos y sociales nombrados), a la que tanto se oponía la corriente positivista.

Su interés en los procesos “ocultos”, “profundos”, confirmó finalmente que el psicoanálisis no era positivista, por lo que fue severamente criticado hasta que las coordenadas hegemónicas vigentes se flexibilizaron, se transformaron:

La orientación positivista, como la entendía el empirismo clásico, fue rota por Freud, cuya teoría psicoanalítica –rechazada primero por considerarla no científica– fue aceptada dentro del nuevo clima filosófico de la posguerra: el empirismo lógico (Martínez, 1982, p. 7).

La visión mecanicista del mundo derivada de la física newtoniano-cartesiana que imperaba en la época influye en el psicoanálisis como influyó en la psicología comportamental, aunque con implicaciones distintas, que exploramos en el apartado correspondiente. Aunque la aparición de la teoría de la relatividad de Einstein fue paralela al psicoanálisis (como lo muestra el epígrafe epistolar entre Freud y Einstein) y suscitó interesantes disertaciones que también nombraremos, en lo que respecta a la física la obra de Freud estuvo más influida por el paradigma clásico dominante: el newtoniano-cartesiano, pues el relativista emergía con él paralelo –también como revolución científica, como inflexión paradigmática–; de ahí que no haya podido impactarlo suficientemente.

En este ambiente europeo, cultural y económicamente rico, industrial, dinámico y creativo, en esta diáspora de artistas y pensadores, en este contexto burgués, elitista, ciudadano y de discriminación hacia los judíos y en medio del debate entre la introspección y el dato objetivo, se gesta la aparición del psicoanálisis.

Contexto disciplinar

Mirando desde el interior de la disciplina la manera como nace la psicología con orientación psicoanalítica, hay que considerar la confluencia de dos antecedentes importantes:

- La necesidad de explicar lo que sucedía en la mente humana desde un punto de vista que fuese más allá de lo fisiológico, pues en el auge de la psicología experimental el conductismo imperante había abocado su estudio apelando a un determinismo fisiológico-ambiental, y en cuanto al método, se basaba en la cuantificación.
- El trabajo que desarrolla la psiquiatría principalmente en Francia, con Mesmer, Charcot, Berheim y otros.

Sobre el primero de estos antecedentes ya hablamos extensamente en la sección anterior dedicada a la psicología comportamental y en el anterior apartado donde discutimos el debate entre el dato y la subjetividad. Resta mencionar el denodado esfuerzo de Freud por consolidar una disciplina que aunque no encajara en los cánones de ciencia positiva, sí se caracterizaba por ser exhaustiva y rigurosa en su intento de explicar los fenómenos intrapsíquicos.

El segundo de estos antecedentes merece una descripción más extensa: quizá en la búsqueda de encontrar una forma distinta de intervención con los pacientes *psicóticos*, el médico vienés Friedrich Anton Mesmer (1734-1815), sospechaba que...

... debía haber algún principio efectivo que llena el universo; un principio que probablemente se identificaba con la electricidad o el magnetismo. Esta creencia lo llevó a hacer experimentos relacionados con el efecto de los imanes sobre las personas y al frotar los cuerpos con ellos descubría que podía con frecuencia inducir lo que hoy denominamos hipnosis (Mesmer en Kantor, 1990, p. 140).

Pero Mesmer y lo que en su honor se denominó *mesmerismo* fueron rechazados por la comunidad científica.

Posteriormente, el médico James Braid (1795-1860) descartó el término “mesmerismo” y llamó al nuevo estado “neurohipnología”. Según Braid, la sugestión es básica en el estado hipnótico y en contravía del parecer general enfatizó la importancia del aspecto psicológico por sobre el fisiológico en esos estados. Sin embargo, el hipnotismo empleado por Braid tampoco fue del todo aceptado por la comunidad médica, lo que sólo ocurriría en 1882 con Charcot.

Jean Martin Charcot (1825-1893) fue un médico francés que en 1862 estableció su reconocida clínica neurológica, de la cual fue alumno Freud. Lo que Charcot

hizo fue estudiar a través del hipnotismo a las pacientes *histéricas* que llegaban a la clínica. Esta herramienta terapéutica interesó al médico austríaco Sigmund Freud, ya que en ese entonces la única forma de intervención que se conocía para las enfermedades mentales eran las clínicas de reposo, con las cuales Freud no estaba muy de acuerdo.

Freud se alimenta de esta experiencia para dar forma a la nueva disciplina, que llamó psicoanálisis, y por lo cual sufrió no pocos rechazos y la incómoda adhesión de entusiastas no deseados:

Siendo el propósito del presente trabajo trazar la historia del movimiento psicoanalítico, no habría de extrañar su carácter subjetivo, ni la preponderancia en el de mi propia persona. El psicoanálisis es, en efecto, obra mía.

Durante diez años fui el único en ocuparme de él, y todo el disgusto que su aparición provocó cayó sobre mí, haciéndome objeto de las más diversas y violentas críticas. Todavía hoy, no siendo ya el único psicoanalista, me creo con derecho a sostener que nadie puede saber mejor que yo lo que es el psicoanálisis, en qué se diferencia de los demás procedimientos de investigación psíquica y qué es lo que puede acogerse bajo su nombre o debe ser excluido de él (Freud, 1912, p. 101).

Freud describe la historia de este movimiento en dos partes:

La historia del psicoanálisis se divide para mí en dos periodos, prescindiendo de su prehistoria catártica. En el primero me hallaba totalmente aislado y tenía que llevar a cabo toda la labor. Este periodo duró desde 1895 hasta 1907. En el segundo, y que se extiende desde esta última fecha hasta la actualidad, han ido creciendo en importancia las aportaciones de mis discípulos y colaboradores (Freud, 1912, p. 76).

En 1896 Freud usó por primera vez el término “psicoanálisis” para describir fundamentalmente tres cosas: una terapia de la neurosis, un método de investigación de los procesos psíquicos y una teoría del psiquismo humano. Para Freud el comienzo del psicoanálisis propiamente dicho se da en el momento en que deja de emplear la hipnosis para trabajar con sus pacientes y empieza a emplear inicialmente la sugestión, a través de la cual llega a la asociación libre. Esta última, inaugurada por Freud, es considerada la única técnica psicoanalítica, la cual es enunciada por el psicoanalista, usualmente cuando se pasa al diván, como una regla: la *regla de la asociación libre*, que orientará el trabajo discursivo del analizante bajo el efecto de la transferencia, y que consiste en decirle que se trata de “hablar de todo lo que se le ocurra, que pase por su cabeza sin ninguna restricción o censura”. Una técnica solo enunciada por el analista pero ejecutada fundamentalmente por el analizante.

La premisa fundamental de esta disciplina se basa en el planteamiento de que existen contenidos inconscientes en el sujeto y aunque él no tiene conocimiento de ellos, lo gobiernan. El Yo no es soberano en su casa, va a decirnos Freud. Esos contenidos tienen formas inaceptables para el Yo que por manifestarse como impulsos irracionales, extraños y angustiantes, por pugnar con el Superyó, este los reprime. No es suficiente la fisiología para dar cuenta de estos fenómenos, y aunque la naturaleza de estos impulsos no obedece a la lógica racional, sí es susceptible de ser comprendida racionalmente; la perspectiva freudiana consiste en un intento de abordaje racional (inteligible) de lo irracional. “Freud y sus seguidores introdujeron el método racional de la investigación científica en el área del irracionalismo” (Almendro, 1994, p. 33). Esto es, en el área de lo que resulta “desconocido” para el Yo, pero que puede ser conocido a través del trabajo de *apalabramiento* de la propia historia personal bajo el efecto de la transferencia analítica. De esa manera, se entiende que el inconsciente es un *saber no sabido* por el sujeto que presiona subjetivamente, pero que no determina absolutamente; no es destino, por lo menos no para quien trabaja decididamente en la conquista del saber sobre la verdad que lo ha constituido como sujeto.

En 1900 Freud publica *La interpretación de los sueños*, considerada no solo la primera obra verdaderamente psicoanalítica, sino por muchos quizás la obra freudiana más importante (Fadiman, 1979), aunque se ha de recordar también que en su momento casi no se le prestó atención. En ella alude a algunos principios clínicos de la técnica psicoanalítica, pero fundamentalmente describe el funcionamiento del sueño, su dinámica y contenidos diferenciados como latentes y manifiestos, así como los mecanismos de condensación y desplazamiento del material onírico. Estos procesos posteriormente serán reinterpretados por Lacan a partir de la lingüística estructural de Saussure y Jakobson como procesos metafóricos y metonímicos, reconociendo también el orden del enunciado y de la enunciación.

Al año siguiente Freud continuó con otra obra importante: *La psicopatología de la vida cotidiana* (1901). Poco a poco se fue formando un círculo de médicos a su alrededor en el que se incluían Alfred Adler, Sandor Ferenczi, Carl Gustav Jung, Otto Rank, Karl Abraham y Ernest Jones. El grupo formó una sociedad, escribieron artículos, publicaron una revista y el movimiento psicoanalítico tuvo ahí su origen y comenzó a extenderse hasta como lo conocemos hoy.

Las *Obras completas*, de Freud reúnen sus publicaciones y constan de veinticuatro volúmenes que incluyen ensayos referentes a temas como la práctica clínica y la investigación, los famosos historiales clínicos, ensayos teóricos sobre el aparato psíquico, cartas a amigos y colegas, presentaciones en congresos, discursos, escritos sobre asuntos generales que hacen que algunos los denominen sus *textos*

antropológicos, en los que aborda temas como lo religioso, la ciencia, la guerra y la cultura, entre otros. La originalidad, la amplitud, la agudeza y la fineza de estilo que le merecieron el Premio Goethe de Literatura (1930), hacen de Freud un verdadero revolucionario en el campo de la ciencia en tanto irrumpe con un modo de abordar lo psíquico y específicamente lo psicopatológico completamente desconocido hasta entonces.

El psicoanálisis posterior a Freud continuó desarrollándose primeramente a través de sus discípulos Adler, Reich, Jung y Rank, entre otros, quienes debido a discrepancias conceptuales con Freud poco a poco fueron excluidos de su círculo o decidieron apartarse, para fundar cada uno, años más tarde, su propia escuela; después, algunos de los psicoanalistas de la segunda generación dieron lugar a desarrollos reconocidos como *Neopsicoanálisis*. Así, el psicoanálisis ha tenido diversos enfoques en autores como Carl Gustav Jung (psicología analítica), Alfred Adler (psicología individual), Otto Rank (teoría del trauma de nacimiento), Wilhelm Reich (teoría del orgon –base de la bioenergética– y freudomarxismo), Erik Erickson (teoría del desarrollo psicosocial), Jacques Lacan (retornó a Freud, teoría del inconsciente estructurado como un lenguaje), Donald Winnicott (psicología del self, de las relaciones objetales), Melanie Klein, Ana Freud (hija de Sigmund Freud), Rudolph Loewenstein (Ego Psychology), entre otros, quienes han introducido diversas modificaciones a la teoría original.

Si bien es claro que existen disensos entre las diferentes tendencias psicoanalíticas, como en todo campo intelectual, campo de lucha (Bourdieu, 1966), también es cierto que hay un trato implícito en términos epistemo-políticos en la comunidad psicoanalítica que se rige por “el principio de ‘Etchegoyen’ que dice que ‘ningún grupo se puede arrogar la representación total del psicoanálisis’ [...] No hay un todo para la profesión del analista, debe haber una red diversa” (Indart, Juan Carlos entrevistado por Cueto, Emilia, 2002). Así, todas estas tendencias se siguen considerando psicoanálisis, lo que habla de un fundamento común a pesar de la relativa diversidad: en el campo teórico siguen operando con la presunción de la existencia del inconsciente; en términos investigativos, con la presunción de la producción de datos con base en los principios del método clínico y la dialéctica, y en términos técnicos comparten la preeminencia de la clínica del caso por caso bajo el efecto de la transferencia, y de un profundo respeto por la singularidad de cada sujeto.

Concepción de realidad

En la teoría psicoanalítica hablar de realidad tiene una connotación muy distinta a la de las demás psicologías, pues de hecho fue el campo que inauguró

la diferencia entre la *realidad material* y la *realidad psíquica* por vía del concepto de fantasía o fantasma fundamental.

Veámos cómo para la psicología comportamental lo real está dado en términos de eventos, hechos objetivos que yo puedo observar en el exterior y a los cuales se les prioriza sobre una *realidad interna* o una interpretación subjetiva de la realidad objetiva. En este sentido la psicología comportamental es partícipe de una perspectiva realista-objetivista. El psicoanálisis, por su parte, centra su atención en el psiquismo como interpretación derivada de la relación dialéctica entre la realidad objetiva y la interpretación subjetivo-social de ella, y en ese sentido participa *grosso modo* de una perspectiva socio-construccionista de la realidad (Burrell y Morgan, 1985). Este psiquismo es considerado complejo, móvil e inmerso en tensiones dinámicas derivadas de contradicciones y “para el psicoanálisis la realidad en sí misma es construida discursivamente” (Evans, D. 1997, p. 90).

Los *procesos internos*, que se conceptúan particularmente de carácter inconsciente, configuran un sector de la realidad psíquica que es determinante para cada sujeto y su posición: *posición subjetiva*. Hay una dimensión subjetiva de la realidad comprendida usualmente como el “orden del deseo” fantasmáticamente instaurado y en pugna con la realidad establecida socialmente, al que se alude como el *orden de la demanda social* u *orden simbólico* (*gran Otro* para Lacan), que tiene una existencia anterior al sujeto, que pre-existe a él (“antes que el contador nazca ya es contado”, va a decirnos Lacan), y está ordenado por un conjunto de normas –normas de intercambio p.e.– articuladas por vía del lenguaje y a las cuales el sujeto debe acogerse para *adaptarse* (Zuleta, 1985). A este proceso se le denomina integración simbólica en el orden de la cultura, el cual no se da sin generar algo de malestar: *malestar en la cultura*. El no ingreso a esta dimensión social de la realidad, al orden simbólico de la cultura, signado por el principio de realidad, deriva en la condición psicótica, que se entiende como una especie de *desconexión* sintomática de la realidad, un no reconocimiento sistemático de este principio. Esta doble presencia de realidad interior o realidad psíquica y realidad exterior² ha sido señalada por algunos autores:

2. Cabe aclarar que la realidad material o empírica como oposición a la realidad psíquica en el caso del psicoanálisis lacaniano en particular no debe confundirse con el concepto de lo Real, que para Lacan no hace sino referencia a “aquello que se resiste a la simbolización y deja como saldo angustia para el sujeto”, “aquello que no cesa de re-escribirse” como lo recuerda Manuel Almendro en el prólogo de esta obra, y para nada es lo relativo a lo empírico tal y como se presenta independientemente del sujeto observador, como se podría llegar a pensar.

Hay que constatar, ante todo, cierto malestar en el manejo freudiano de la noción de “realidad”. Esta, en la medida en que designa una exterioridad que se opondría a la interioridad psíquica, hace difícil una concepción de lo que está en juego en el deseo [...] entonces, hay que distinguir por lo menos dos acepciones del término “realidad” [...] Se trata, en el fondo, de pensar en el estatuto del “fantasma”.

En sus Lecciones introductorias al psicoanálisis Freud llega a este ajuste: Los fantasmas poseen una realidad psíquica opuesta a la realidad material [...] aunque algunas veces Freud continúa oponiendo el “fantasma” y la “realidad”, mientras que otras intenta superar la oposición, calificando a esta realidad “fantasmática” como “psíquica”. Tenemos que subrayar la paradoja de esta expresión desde un punto de vista dualista, puesto que aquello que es “real” no es, precisamente “psíquico”, pues el “afuera” se opone intangiblemente al “adentro” [...] Pero es necesario convenir que Freud no logra desprenderse de esta representación dualística cuyas deficiencias señala sin omitir alguna [...] lo más notable es que Freud no elige deliberadamente una solución de naturaleza “realista” ni tampoco “idealista” (Jaccard, 1984, p. 92).

Justo mientras Freud vivía aun en Viena y durante el apogeo del Círculo de Viena apareció Einstein con su teoría de la relatividad, desafiando toda concepción de qué es lo real al sugerir que el espacio es curvo, que el tiempo es relativo a la velocidad y que distintos observadores situados en distintas perspectivas tenían una percepción también distinta pero real del mismo evento. Estas desafiantes formulaciones quizás animaron a Freud para refrendar que la mente también es curva, laberíntica, no plana ni meramente volitiva como se consideraba en la ciencia y la sociedad de entonces.

El modelo de lo real, entonces, concita para el psicoanálisis una relación dialéctica entre un adentro y un afuera, entre lo que constituye particularmente al sujeto y que este construye e instituye como su verdad, su realidad fantasmática inconsciente construida a lo largo de su historia personal, y lo que existe en principio afuera (pero que luego hará singularmente propio en el proceso de sujetación –realidad subjetivada–) que es la norma social:

Queda claro, entonces, que hay dos realidades y no sólo una. Existe una primera realidad, aparentemente, empírica, de la conciencia y de la conducta que es para el conocimiento ingenuo la única realidad. Esta realidad, por ser observable, recibe a veces el incorrecto nombre de “realidad material”. Y existe otra realidad, la “realidad psíquica”, que es el escenario de esta sórdida lucha entre el deseo infantil, sus representaciones pulsionales, las restricciones culturales, los procesos de represión y la producción de formaciones del inconsciente (Braunstein, 1985, p. 61).

Ahora bien, esta relación de oposición entre realidad objetiva y psíquica será superada por Lacan, quien apeló a los desarrollos de la topología (rama de la geometría no euclidiana) y logró definir que la relación entre estas dos realidades que representan lo exterior y lo interior es una relación de vecindad, límite y

continuidad, lo cual es consistente con la comprensión sociológica de la oposición individuo (interior) y sociedad (exterior) como una falsa oposición. En igual sentido, lacanianamente hablando, la oposición realidad psíquica versus realidad exterior es una falsa oposición, pues lo que existe entre estas es una relación fundamental de continuidad: “como es afuera es adentro y viceversa”. Aun así se debe reconocer que es notable en psicoanálisis el reconocimiento y quizás la prevalencia de la exterioridad, del principio de realidad, del orden simbólico como condición de posibilidad para la salud psíquica, si no imponiéndose, sí condescendiendo, articulándose con la *realidad subjetiva*, pues de no ser así el sujeto quedaría *desadaptado*, no en el sentido de anormalidad estadística o moralmente, sino en el sentido de un desequilibrio en la economía psíquica que implicaría un exagerado desgaste, alienación y síntomas de sufrimiento psíquico particular, y para lo cual la enfermedad sería el último recurso de adaptación de que el sujeto pudo disponer. Así, lo que se plantea entre la realidad exterior y la psíquica (fantasmática) es una definición recíproca y de tensión dinámica –contraposición de fuerzas– sobre el eje del tiempo, que podría tal vez designarse como un principio de realidad y objetividad dialéctica y topológica.

Corrientes de referencia

Una importante corriente de pensamiento que sirve de referencia para la comprensión y desarrollo de la teoría psicoanalítica es la teoría socio-económica de Karl Marx (1818-1883), fundamentalmente por ser compatible epistemológicamente con la Dialéctica y el Estructuralismo, las cuales comparte como base epistemológica. En ese sentido se trata más de una proximidad al método dialéctico, a la dialéctica materialista propuesta por Marx, que a la teoría en sí misma; aunque no gratuitamente, se intentó una conjunción entre estos dos modelos teóricos denominada freudo-marxismo de la cual, en primera instancia, Wilhelm Reich y posteriormente Herbert Marcuse y Louis Althusser son representantes.

El materialismo histórico de Marx nos habla de unas maneras definidas de ordenamiento que estructuran la sociedad civil:

Las sociedades humanas pueden ser comprendidas [...] por comparación con un edificio cuya infraestructura, base o cimiento es la producción de bienes materiales, caracterizado por un cierto tipo de relaciones entre los agentes de producción (p. ej.: capitalistas y asalariados); esta base integra la instancia económica. Sobre ella se levantan dos instancias superestructuras: la instancia jurídico-política, cuya función dominante es la de regular los procesos manteniendo las relaciones de producción vigentes, y la instancia ideológica, a través de la cual cada uno de los integrantes de la sociedad se incluye en el conjunto, ocupa el lugar que le está asignado en el

proceso y se representa de modo deformado e ilusorio su participación en el mismo (Braunstein, et ál, 1985, p. 15).

En este sentido, para Marx la sociedad no se compone de *individuos libres* que se agrupan según su voluntad, sino que todo obedece a un complejo sistema de relaciones basado en la producción y distribución de bienes materiales, así como en el mantenimiento de unas lógicas en esas relaciones. Marx formuló conceptos que permitían explicar la historia y la organización de las formaciones sociales y señala que la economía es la determinante en última instancia de los procesos sociales y las leyes que los rigen. Hay en esta mirada la aceptación de una prevalencia del orden convenido e imperante sobre los deseos individuales, que también se retrata en el psicoanálisis:

El psicoanálisis [...] es la disciplina que da cuenta de la reproducción de las relaciones de producción en los sujetos que se incorporan a la instancia ideológica de los modos de producción analizados por el materialismo histórico desde Marx en adelante. En síntesis, el psicoanálisis esclareció que los hombres no son entidades autónomas, dueñas de sus pensamientos y de sus conductas, sino que estos están determinados por una estructura invisible (el aparato psíquico) “armada” en cada uno de ellos durante los primeros años de vida y que permite e impone la adecuación a los lugares asignados en los procesos sociales a través de los mecanismos inconscientes (Braunstein, 1985, p. 18).

Esa “estructura invisible” (el aparato psíquico, denominación que cuestionaremos más adelante) que somete al individuo se basa en cuatro dimensiones fundamentales:

- Dimensión tópica o topológica: La palabra “tópica” se deriva del griego *topos* que significa lugar. Freud sostiene que el aparato psíquico tiene una estructura arquitectónica, es decir, se encuentra organizado por regiones (Inconsciente, Preconsciente y Consciente, primera tópica) en el que se ubican las diferentes instancias (Ello, Yo y Superyó, segunda tópica)³.
- Dimensión energética: Este aparato psíquico necesita de “algo” que lo haga funcionar. El psiquismo funciona con algún tipo de energía a la que Freud llama libidinal, la cual es para él fundamentalmente permanente y de origen sexual. Cabe aclarar que otros psicoanalistas, si bien acreditan la existencia de la dimensión energética, desinvisten la energía libidinal del carácter exclusivamente sexual y la plantean como energía vital; Jung, por ejemplo.

3. Cabe aclarar que si bien se suelen homologar Ello e Inconsciente, Superyó y Preconsciente, y Yo y Consciente, esta es una impresión, pues aunque existe una relativa concomitancia en la morfología freudiana del aparato psíquico, también es cierto que no hay tal estricta y lineal correspondencia, pues hay aspectos superyoicos inconscientes así como yoicos pre-conscientes, por dar un ejemplo.

- Dimensión económica: Hace referencia a que la energía libidinal se distribuye y moviliza diferencialmente por todo el aparato psíquico y respecto de los objetos de satisfacción pulsional por *quantums* distintos, que constituyen catexias o investimentos libidinales específicos, pero también dinámicos.
- Dimensión dinámica (o dialéctica): Esta dimensión hace referencia al movimiento derivado de la interacción y mutua afectación en clave de tensión dinámica (contradicción movilizadora) que es constitutiva del psiquismo y que se expresa a través de las diferentes oposiciones dialécticas, de definición recíproca, que hay entre las regiones del aparato psíquico y entre las instancias, entre el principio del placer y el de realidad, entre la pulsión tanática y la erótica, entre el orden del deseo y el orden de la demanda del campo socio-cultural, etc.

Acudir a estas instancias distribuidas en regiones que constituyen una estructura, esto es, una totalidad sistémica incompleta pero auto-regulada, para formular la morfología del objeto de estudio (polo morfológico); concebir la existencia de etapas psicosexuales del desarrollo psíquico; hablar de la estructura del aparato psíquico o de la existencia de estructuras clínicas, así como del inconsciente estructurado como un lenguaje (Lacan), sugiere sin duda la relevancia del estructuralismo como marco de referencia (polo teórico) en la fecundación de la teoría psicoanalítica⁴, en el andamiaje explicativo del psicoanálisis, mas siempre encuadrado también en modos de razonamiento dialéctico como proceso discursivo de validación del conocimiento científico (polo epistemológico). Se evidencian, entonces, como algunas de las principales corrientes de pensamiento que influyen la epistemología del psicoanálisis, la dialéctica materialista-histórica, el estructuralismo y el evolucionismo en diferentes momentos y proporciones, sin desconocer, por supuesto, la filosofía, la literatura y las ciencias sociales (lingüística y antropología, p.e.) y las ciencias duras (física, matemática y topología, entre otras). Sin duda el psicoanálisis es paradigmático como campo inter y transdisciplinar y esto se refleja en el desarrollo de su programa teórico e investigativo (Orejuela, 2009).

Modelo de física asociado

Como se mencionó antes, el surgimiento del psicoanálisis fue casi simultáneo con el de la psicología comportamental y ambos movimientos tienen en común su adhesión al modelo de física newtoniano-cartesiano:

4. Independientemente de la crítica que haya al estructuralismo psicoanalítico y en especial al lacaniano en que se supone de entrada la negación del sujeto por subordinación a la estructura, lo que es impreciso. Para mayor profundidad en este debate ver artículo de Orejuela, Johnny (2010) “¿Es Lacan un estructuralista?”, disponible en: <http://colectivocanal.webnode.es/productos/>

Descartes no sólo hizo una marcada distinción entre lo impermanente del cuerpo humano y la indestructible alma, sino que también propuso varios métodos para estudiarlos. El alma, o la mente, debía ser explorada a través de la introspección, mientras que el estudio del cuerpo requería seguir los métodos de las ciencias naturales. Sin embargo, los psicólogos de los siglos subsiguientes no siguieron las sugerencias de Descartes, sino que adoptaron ambos métodos para el estudio de la psique humana, creando dos importantes escuelas de psicología: los estructuralistas, que estudiaban la mente a través de la introspección y trataban de analizar la conciencia reduciéndola a sus elementos básicos, y los conductistas, que se concentraban exclusivamente en el estudio del comportamiento [...] Ambas escuelas surgieron en una época en la que el pensamiento cartesiano estaba dominado por el modelo newtoniano de la realidad: por tanto, ambas imitaron los modelos de la física clásica, incorporando a sus esquemas teóricos los conceptos básicos de la mecánica newtoniana (Capra, 1992, p. 186).

Capra (1992) resalta la labor de Freud por presentar sus complejos hallazgos de una forma que fuese en alguna manera coherente con el modelo de ciencia que imperaba en la época. Y en esa labor, la física clásica le fue de bastante utilidad:

La estrecha relación entre el psicoanálisis y la física clásica se vuelve asombrosamente clara si consideramos los cuatro grupos de conceptos que hay en la base de la mecánica newtoniana:

- a) El concepto de tiempo y espacio absolutos, de los objetos materiales aislados que se mueven dentro de este espacio y que actúan recíprocamente de manera mecánica.
- b) El concepto de fuerzas fundamentales, esencialmente distintas de la materia.
- c) El concepto de las leyes elementales que describen el movimiento y las interacciones recíprocas de los objetos materiales desde el punto de vista de las relaciones cuantitativas.
- d) El concepto de un determinismo riguroso y la noción de una descripción objetiva de la naturaleza...

Estos conceptos corresponden a los métodos con los que los psicoanalistas han abordado y analizado tradicionalmente la vida mental. Se conocen respectivamente como el punto de vista topográfico, el dinámico, el económico y el genético.

De la misma manera que Newton veía el espacio absoluto euclidiano como la morfología dentro de la cual los objetos materiales se desarrollaban y localizaban, Freud establecía el espacio psicológico como la morfología de las estructuras del "aparato" mental. Las estructuras psicológicas en las que Freud basó su teoría de la personalidad humana [...] se conciben como una suerte de objetos internos, localizados y desarrollados dentro del espacio psicológico. Por tanto, en todo el sistema freudiano hay una gran cantidad de metáforas referentes al espacio, como la "psicopatología de lo profundo", el "inconsciente profundo" [...] lo que refleja el ideal clásico de la objetividad científica y también la concepción espacial y mecanicista de la mente (Capra, 1992, p. 204).

Esta visión estructural, de alguna manera compartimentada, ha generado un concepto del hombre como modular y “dividido” respecto de sí mismo:

La famosa frase de Descartes, cogito ergo sunt, ha conducido al hombre occidental a considerar su identidad con su mente, en vez de con la totalidad de su organismo. Como consecuencia de la división cartesiana, la mayoría de los individuos tienen conciencia de sí mismos como egos aislados que existen “dentro” de sus cuerpos.

La mente ha sido separada del cuerpo y se le ha dado la fútil tarea de controlarle, causando de esta manera un conflicto aparente entre la voluntad consciente y los instintos involuntarios. Cada individuo ha sido dividido además en un gran número de compartimentos separados [...] que están ordenados en un sinfín de conflictos generadores de confusión metafísica y frustración continua (Capra, 1992, p. 30).

En lo que respecta a la relación del psicoanálisis con el concepto de fuerzas fundamentales distintas a la materia, Capra (1982) plantea que:

Si bien Freud describía a veces las estructuras psicológicas como abstracciones y se resistía a vincularlas a determinadas estructuras y funciones del cerebro, solía concederles propiedades de un objeto material. Dos entidades no podían ocupar el mismo sitio y por ello una parte del aparato psíquico sólo podía desarrollarse si desplazaba otra. Como en la mecánica newtoniana, los objetos psicológicos se caracterizaban por su extensión, su posición y su movimiento [...] En el sistema freudiano todos los mecanismos y toda la maquinaria de la mente son activados por fuerzas similares a las de la mecánica clásica (p. 205).

Ahora bien, el psicoanálisis, y la psicología comportamental, se ven fuertemente influidos por el determinismo de la física newtoniana: “Tanto en la física newtoniana como en el psicoanálisis, la visión mecanicista de la realidad implica un riguroso determinismo. Cada fenómeno psicológico tiene una causa determinada y provoca un efecto determinado...” (Capra, 1992, p. 207). Esto significa que ambos enfoques psicológicos compartieron en su origen el mismo *Zeitgeist científico*, lo que no necesariamente significó que se alinearan en el desarrollo de su programa teórico, investigativo y clínico-terapéutico, pues existen serias diferencias en la noción de sujeto, de realidad, en la comprensión de lo psicopatológico y en los propósitos terapéuticos. De hecho, el psicoanálisis no hizo tanto énfasis en la adaptación ni la colocó como meta como sí lo hizo la psicología comportamental, por citar solo un ejemplo.

Kriz (1982) y Capra (1992) señalan otros indicadores de esta relación entre el modelo newtoniano-cartesiano y el psicoanálisis en lo referente a la nominación de los conceptos, a los términos. El uso de conceptos como “pulsión” y “libido” se origina por analogía con la física (“fuerza” y “energía”). También encontramos “aparato psíquico”, “funcionamiento”, “flujo” y “represión”, “sublimación” (de

energía), los cuales muestran la subordinación al modelo mecanicista, en particular a la física termodinámica. Esta subordinación no solo ha tenido alcances teóricos sino también epistemológicos y técnicos.

Para finalizar, queremos resaltar una vez más a propósito del modelo de física que hemos caracterizado en general como asociado al psicoanálisis de cuño freudiano, que es posible que esta asociación entre física newtoniana y psicoanálisis sea perfectamente válida para sus primeros desarrollos, pero no necesariamente para los posteriores. Pensemos, por ejemplo en los desarrollos de Lacan bajo la influencia estructuralista y postestructuralista, lingüística, de la teoría de conjuntos, del álgebra y de la topología que dan lugar a conceptualizaciones como el “tiempo lógico” (ver, comprender, concluir), de aproximación infinitesimal⁵ en cada sesión y en el análisis como conjunto (serie de series, manipulación de cantidades pequeñas de sentido, rectificaciones infinitesimales, sistemas que incluyen sistemas –holones– [?], etc.), la aproximación no radial sino en espiral⁶ y cíclica al núcleo del trauma y su noción “no profunda” sino superficial, en la superficie del lenguaje, de lo inconsciente como un acontecimiento paradójico, entre muchas otras. Esto permitiría preguntarnos: ¿podríamos acaso pensar en una aproximación del psicoanálisis más reciente a los presupuestos de la física cuántica relativista?

Concepción de ser humano

La dimensión ontológica, esto es, la concepción de ser humano que tiene la teoría freudiana guarda coherencia con el modelo de realidad y de física con el que se corresponde.

A diferencia de la psicología comportamental, el psicoanálisis es más explícito para referirse al modelo de ser humano y aunque no lo hace con esta precisa

5. El cálculo infinitesimal constituye una parte muy importante de la matemática moderna. El cálculo, como algoritmo desarrollado en el campo de la matemática, incluye el estudio de los límites, derivadas, integrales y *series infinitas*. Más concretamente, el cálculo infinitesimal es el estudio del cambio, en la misma manera que la geometría es el estudio del espacio. En matemática más avanzada, el cálculo es usualmente llamado *análisis* y está definido como el estudio de las funciones. Más generalmente, el cálculo puede referirse a cualquier método o sistema de cuantificación guiado por la *manipulación simbólica de las expresiones*. El cálculo es usado en cada rama de las ciencias físicas y de informática, estadística, ingeniería, economía, negocios, medicina, demografía, en otras. La física hace un particular uso del cálculo; todos los conceptos en la mecánica clásica están interrelacionados a través del cálculo. En los sub-campos de electricidad y magnetismo, se usa el cálculo. Las ecuaciones de Maxwell en su teoría de electromagnetismo y la teoría de la relatividad general de Einstein están también expresadas en el lenguaje del cálculo diferencial.
6. La espiral logarítmica de la concha del Nautilus es una clásica imagen usada para representar el crecimiento y cambio relacionados con el cálculo infinitesimal.

expresión como sí lo hace el humanismo, por obvias razones, en el psicoanálisis se alude a ello bajo la inscripción *Teoría del sujeto en psicoanálisis* (Braunstein, 1980). Es decir, de la teoría sobre el sujeto que desarrolla el psicoanálisis se puede deducir su concepción de ser humano, su perspectiva ontológica.

Cabe aclarar a este respecto que en el psicoanálisis se apelará a la noción de *Sujeto* –sujetado por lo simbólico, por la estructura del lenguaje–, mientras que en el conductismo se apelará a la categoría *Individuo* –miembro de la especie, sujeto fisiológico determinado, en función de los eventos disposicionales del ambiente–; que en el humanismo se hablará del concepto de *Persona* –y su vivencia personal, valga la redundancia, del campo fenomenológico de su experiencia– y en la psicología transpersonal se hablará del *Ser*, en trascendencia y conexión con el conjunto de la existencia, perteneciente al universo.

En primer lugar, y como se nombraba en el contexto histórico, Freud recibe cierta influencia de Nietzsche y Schopenhauer (entre otros), de los cuales retoma principalmente lo relacionado con los instintos en el ser humano:

Freud experimenta, de hecho, la necesidad de referirse a sistemas filosóficos, es cierto que a sistemas filosóficos determinados: es la galaxia Platón-Kant-Schopenhauer-Nietzsche.

En esta galaxia, un lazo privilegiado parece conectar el psicoanálisis con la tradición de las filosofías del instinto de Schopenhauer a Nietzsche. De hecho, Freud reconoce “anticipaciones” del concepto de represión en el mundo como voluntad y representación; encuentra en la “metafísica del amor y la muerte” la doble intuición de poder de Eros y Tanatos: no deja, en fin, de estar emparentado con el pesimismo del “Maestro de Frankfurt”. Schopenhauer aparece como el filósofo precursor por excelencia del evangelio psicoanalítico. De la misma manera, Freud encuentra en Nietzsche una anticipación del principio fundamental de las pulsiones: resulta simbólico que encuentre nombrado allí al “ello”. Toma de él correlativamente los esbozos sobre el sueño, la memoria, la culpabilidad (Jaccard, 1984, p. 72).

Tanto para Freud como para sus antecesores filosóficos, con los que encuentra cierta filiación, el ser humano es de naturaleza intrínsecamente pulsional: “Para Freud, el soporte de la actividad psíquica inconsciente es de naturaleza pulsional. La pulsión es, en efecto, un empuje psíquico que tiene su fuente en el cuerpo y cuyo fin es la satisfacción o supresión del estado de excitación por medio de un objeto” (Jaccard, 1984, p. 82). Ahora, recordemos con Freud que pulsión es un concepto límite, bisagra entre lo corporal y lo psíquico, cuya meta es la satisfacción derivada de la descarga, pero esta satisfacción no puede ser homologada al placer; todo lo contrario, la pulsión no discrimina entre la descarga derivada del placer y la derivada del displacer o sufrimiento (del goce en plus, dirá Lacan). Este es también el descubrimiento freudiano en *Mas allá*

del principio del placer (1920) sobre la naturaleza humana: el hombre no solo está motivado, impulsado por la consecución del placer, sino que al buscar huir del dolor y en procura de la satisfacción inmediata e ilimitada se estrella con el displacer, con el sufrimiento; para huir del dolor se reencuentra repetitivamente con el sufrimiento, en una lógica de repetición que es propia del inconsciente y que se erige como castigo para el sujeto. De otro lado, es importante recordar también que la pulsión es por definición auto-erótica, esto es, que la satisfacción que busca la pulsión es de naturaleza narcisista; el goce del encuentro sexual y el amor como la fuerza que motiva la acción es la satisfacción de sí mismo, sobre el propio cuerpo, en la que el otro es reconocido solo en la medida que es útil a mis propósitos narcisistas, que me provee goce.

Vale la pena también recordar que con los desarrollos lacanianos la pulsión cobrará otro estatuto, pues para Lacan la noción de inconsciente reelaborada a partir de la lingüística estructuralista le permitirá considerar que el inconsciente está constituido por “significantes ligados a la pulsión”, que son los que imponen una “lógica de repetición”; así, la pulsión vira de su estatuto biológico a su estatuto lingüístico, y en ese sentido más psíquico. Ello implica en términos de la noción de ser humano, que se trata de un sujeto del lenguaje, de un individuo sujetado por el lenguaje a la cultura y a la condición humana, que es el que determina la repetición como castigo, y el goce –concepto paradójico: satisfacción/displacer–, es para Lacan goce de (por) el significante.

En el mismo sentido, respecto de la naturaleza del ser humano que se deduce de la teoría psicoanalítica Kriz (1985) afirma:

El núcleo de nuestro ser, dice Freud, es el Ello, al que le interesa satisfacer de la manera más perentoria sus necesidades, que trae constitucionalmente desde el nacimiento. Freud llama pulsiones a las fuerzas supuestas tras las tensiones de necesidad del Ello; en última instancia, extraen su energía de fuentes de naturaleza fisiológica. Es cierto que se pueden distinguir muy variadas pulsiones, pero todas se reconducen a dos pulsiones fundamentales. Eros (que se define también como pulsión de amor o pulsión de auto conservación) corporiza el principio del placer y sirve también para la reproducción [...] La otra, Tánatos (o pulsión de muerte o destrucción), persigue en cambio la meta de disolver conexiones y de este modo destruir las cosas (p. 58).

Estas im-pulsiones vitales del ser humano (impulsos inconscientes del Ello) se contraponen a lo que la sociedad impone como normas o reglas sociales (reglas que se articulan en el Superyó). Ese “choque” produce en el ser humano una tensión y un conflicto, el cual el Yo debe resolver si quiere vivir inserto en la cultura. Este conflicto entre esas fuerzas antagónicas (lo pulsional y lo social) tiene efectos cuando no de angustia si de un cierto “malestar en la cultura”

(Freud, 1926), un malestar que expresa la “división subjetiva” a través del síntoma. Así, división subjetiva inconsciente, síntoma y angustia son inherentes a la condición humana para el psicoanálisis. El ser humano es en general un ser inconsciente, ignorante de la verdad de su historia y del deseo que lo anima, un ser angustiado por un excesivo temor a la castración, por estar estorbado por el falo (que teme perder), que vive en conflicto con la cultura a la cual resiente como opresora y generadora de su malestar; conflicto generalmente inconsciente, y que se manifiesta a través de sus diferentes formaciones sintomáticas. El sujeto, el ser humano del psicoanálisis, pende de dos hilos: de un lado, la pulsión inconsciente, y de otro, el orden simbólico de la cultura en clave de lenguaje (Braunstein, 1980).

El hecho de ser básicamente pulsionales indica también que el ser humano en su naturaleza por principio tiende a no ser social:

El hombre es un ser que se diferencia de los animales por muchas cosas, entre otras muy importantes, porque es un ser que no es naturalmente social. Es decir, que para estar en sociedad tiene que estar comprimido por una serie de condiciones que no son dadas por la naturaleza, como el lenguaje, por ejemplo, y que no se heredan, que necesitan ser aprendidas, que no son instintivas, como las normas de parentesco, el noviazgo y los tabúes, que son normas en las cuales al hombre se le obliga a ingresar, que no son naturales en él y que no lleva instintivamente [...] Pues bien, ese carácter antifísico, como decía Marx, o esa contradicción entre la naturaleza y la cultura de que hablan hoy los antropólogos, es un rasgo esencial del ser humano... es una contradicción entre la naturaleza, lo orgánico, lo biológico y lo social, lo uno normativo, lo otro fisiológico. Ambos marcan profundamente lo que somos y nos marcan todo lo que hacemos (Zuleta, 1985, p. 23).

El ser humano del psicoanálisis vive entre tensiones y contradicciones, busca disminuir la angustia que le causa ese conflicto para poder sobrevivir (sobrevivir en términos de supervivencia darwiniana). La realidad humana es de sufrimiento; sufrimiento que es en apariencia insalvable para el neurótico dado que el Ello primitivo debe ajustarse a la sociedad y de esta manera reprimir todo su ímpetu. Pero insistimos en que eso no es un destino, solo la realidad fantasmática neurótica que es susceptible de ser superada por vía del análisis personal, lo que no significa que al final del análisis ya no se tenga castración, sino todo lo contrario: se ha integrado simbólicamente y por eso ya no es fuente de angustia y desgaste. El problema no es la castración en sí misma sino la angustia devenida de su represión, forclusión o denegación. El problema, como dirían los budistas, no es que la vida duela sino que nos defendemos neuróticamente de esto por temor y apego y esto hace que derivemos en sufrimiento.

Dada la influencia de Darwin y como una manera de validar la burguesía en ascenso, a Freud le pareció importante (y le resultó útil) señalar que los impulsos eran los instrumentos para la lucha competitiva por la supervivencia. Cabe decir que, como ha sido nombrado insistentemente por Fromm, esta concepción se convirtió, de soslayo, en una herramienta del capitalismo –y de las repúblicas, de los Estados nacionales que recién se habían conformado y también de los que aún se estaban conformando (Italia, Alemania y muchas otras naciones aparecieron como tales solo a fines del siglo XIX).

Otra implicación importante de esta concepción de ser humano tiene que ver con que, a pesar de que Freud revolucionó algunos valores de su época, su obra nos muestra que el destino del hombre parece estar signado por lo trágico en tanto que sufrimiento, repetición, ignorancia y conflicto inconscientes. El psicoanálisis carga con el juicio reiterativo de tener una visión fatalista de lo humano, juicio que se eleva desde ciertas perspectivas humanistas más alentadoras que llegan incluso a interrogar si el psicoanálisis es o no un humanismo. El problema del psicoanálisis, al parecer, es que no ha podido escapar de la nomenclatura psicopatológica que está en su origen y por más que ha intentado re-semantizar palabras como cura, síntoma, neurosis, no ha tenido todo el éxito deseado, pues se sigue pensando que su visión de lo humano es trágica, fatalista y psicopatologista. Así, en una lectura externa que se hace de él no parece haber otra opción para la normalidad (que supone es de hecho neurótica) que la maltrecha sujeción al orden social. “...aunque la teoría analítica nos ayude a adquirir conciencia de nuestros impulsos, tensiones, necesidades, depresiones, gustos y ansiedades, etc., resulta que todo lo que esté más allá es territorio del delirio” (Almendro, 1994, p. 40). Esto último no es necesariamente cierto, pero sí indica que aún falta mucho por parte del psicoanálisis para que se entienda, para que se lo represente entre el público lego y académico como una opción que apuesta por la realización humana, y que la neurosis no es una enfermedad sino una posición subjetiva; que el síntoma no es una desadaptación sino todo lo contrario; que la tensión, el conflicto, la división subjetiva y la repetición no son un destino ineludible sino una condición que evidencian los que van a análisis, y de lo cual se deriva la teoría⁷, pero que se puede superar y eso es de

7. Quizás sea este el problema: que el psicoanálisis, fecunda teoría a partir del método clínico, del caso clínico y como se analizan los que sufren, aquellos a los que su sufrimiento los desborda –y el psicoanálisis solo habla de lo que ve y escucha en los que van a la consulta–, han construido una visión de lo humano como aquel que lucha, está en conflicto y sufre, pues los demás seres humanos que no sufren se van de análisis porque ya obtuvieron su beneficio o simplemente nunca van porque no lo necesitan ya que tienen una relación fértil, fecunda con la existencia y la cultura como algunos de los más grandes filósofos y artistas (de estos casos el psicoanálisis habla poco). De ahí que como lo dice Freud (1926) “sobre el sentimiento oceánico no hablaré porque nunca he visto a alguien que hable de eso en

hecho lo que se espera de su eficacia clínica: que no porque no sea una terapia adaptacionista como algunas otras no está interesado en el bienestar humano posible, potencial, ni cree que el amor no sea una salida al malestar en la cultura mucho mejor que la guerra, y que su visión más que fatalista es un realismo que reconoce que es difícil de aceptar porque choca contra los ideales de la cultura en relación con la felicidad y bienestar absolutos, pero prácticamente inexistentes, pues Freud mismo reconoce que no hay felicidad total como lo dice su amigo al referirse al “sentimiento oceánico”, citado en *El malestar en la cultura*, pues él no ha visto en consulta a nadie así, lo que no significa que no exista, solo que él no lo ha visto, pero sí hay felicidad posible e incluso es un deber ético procurarla –pero eso nadie lo lee con detalle y los psicoanalistas tampoco han sabido salir al paso y subrayarlo–, y un gran etcétera de malentendidos que hacen refrendar “injusta” y constantemente el fatalismo psicoanalítico respecto del ser humano. A este último respecto y en contraste con el epígrafe de este capítulo es pertinente esta cita de Freud (1926):

No, yo no soy un pesimista. No permito que ninguna reflexión filosófica arruine mi disfrute de las cosas simples de la vida [...] No me haga parecer un pesimista, yo no tengo desprecio por el mundo. Expresar desdén por el mundo es sólo otra manera de cortejarlo, de ganar audiencia y los aplausos. No, yo no soy un pesimista, io al menos no mientras tenga a mis hijos, mi esposa y mis flores! No soy infeliz, al menos no más infeliz que los otros.

Por su parte Lacan (1974,) de manera similar, dice respecto de la crítica como pesimista:

¿Que soy un pesimista? No, eso no es cierto, no me clasifico ni entre los alarmistas ni entre los angustiados. Sería muy infeliz el psicoanalista que no supere el estadio de la angustia...

En igual sentido, vale la pena anotar que en esta obra, como se indicó al inicio, se trabajan los fundamentos de cada modelo psicológico, mas también hay que reconocer que en sus desarrollos posteriores ha habido iniciativas que en el caso del psicoanálisis, no sólo con la psicología con orientación psicoanalítica, son de

consulta”; o como dice Lacan, el goce místico, goce Otro propio de lo femenino, “es una experiencia de la que se puede hablar sin autentificarla”. Quizás el problema está en el método, en que el método ha subordinado la teoría. El desafío para el psicoanálisis es, entonces, reconciliar la dimensión de potencialidad y realización humana que se da en clave de sublimación, como ya muchos psicoanalistas lo han dicho, entre esos Jung, y por ello no es gratuitamente “un ave precursora de lo transpersonal” (Almendro, 1992), y de amor como algunos de ellos –Eric Laurent, expresidente de la AMP, p. e. – por fortuna ya comienzan a hacerlo públicamente. A quienes estén interesados en una referencia amplia respecto de la lectura psicoanalítica de lo religioso los invitamos a conocer las memorias del conversatorio sobre “Las relaciones entre psicoanálisis y religión”, de Calle, Orejuela y Valderrama (2011).

mucho valor e interés en tanto que aportan otras perspectivas respecto del ser humano, tales como el trabajo de C. G. Jung, W. Reich, E. Fromm, por ejemplo, quienes toman distancia de varias de las premisas básicas de la concepción original de ser humano planteada por el psicoanálisis netamente freudiano, y en este punto se encuentran elaboraciones que Carl Jung hizo acerca del ser humano, con nociones como los arquetipos, la sombra, el sí mismo, la individuación, el aspecto numinoso de la naturaleza humana contenida en esa misma noción, como fenómenos transpersonales, entre otros desarrollos importantes.⁸

Objeto de estudio

Si la psicología comportamental se caracteriza por tener como objeto de estudio el comportamiento, el psicoanálisis de modo genérico (mas no exclusivo) se encarga del estudio del inconsciente, más exactamente de sus formas de manifestarse las fragmentaciones del inconsciente a saber: el lapsus, el acto fallido, el chiste, el sueño, el acting out y el pasaje al acto, etc.:

Freud supuso una entrada en el mundo de las sombras que no pueden ser verificadas empíricamente como se pretende por la fisiología, y por ello abre la puerta a lo desconocido y profundo en el hombre. Sin embargo, participaba de una concepción racionalista y materialista de la vida (Almendro, 1994, p. 35).

De ahí que “el tema más importante de todos los que presenta el pensamiento de Freud, el más notable de sus descubrimientos es el del inconsciente...” (Zuleta, 1985, p. 29).

En la estructura del aparato psíquico que veíamos en las corrientes de referencia, el Ello constituye en gran parte lo inconsciente del ser humano y una parte de sus contenidos (caracteres biológicos, pulsiones, instintos) están presentes al nacer. Esta es la estructura original, básica y dominante en el ser humano: “El núcleo de nuestro ser —dice Freud— es el Ello, al que le interesa satisfacer de la manera más perentoria sus necesidades que trae constitucionalmente desde el nacimiento” (Kriz, 1985, p. 58).

El inconsciente en sí mismo no puede ser conocido por el sujeto sino a través de las diferentes manifestaciones o formas en que este se presenta, tales como los sueños, los actos fallidos, las equivocaciones, omisiones, mecanismos de defensa, entre otras.

El inconsciente puede ser considerado, primero, para comunicarlo de una forma descriptiva de la siguiente manera: hay una serie muy grande de fenómenos en

8. Ver obras completas de Carl Jung, cerca de 20 volúmenes y alrededor de otras cien publicaciones más, además de las inspiradas en su obra.

nuestra vida de los cuales no se preocupa nuestra conciencia, pero que no por eso han desaparecido. Por ejemplo, tenemos una gran cantidad de recuerdos de nuestra infancia, de nuestra juventud en los cuales no pensamos continuamente pero que tampoco hemos olvidado [...] Todo aquello de lo que no se ocupa nuestra conciencia actual pero es disponible para nosotros no es inconsciente, es preconscious. Es importante hacer esta distinción para lograr por lo menos negativamente empezar a dibujar la figura del inconsciente en el sentido primordial. El inconsciente en realidad no es disponible, no es aquello a lo que podemos regresar cuando queremos. El inconsciente es aquello que está vivo y operante en nosotros; sin embargo no es accesible a nuestra conciencia; es aquello que resulta incompatible con nuestro Yo (Zuleta, 1985, p. 33).

A partir del planteamiento del inconsciente, Freud deriva toda la conformación del aparato psíquico; el conflicto entre el Ello, el Yo y el Superyó (el principio del placer y el principio de realidad) determina todas sus manifestaciones y así mismo propone su método terapéutico. En Freud el inconsciente es una región, uno de los sistemas psíquicos que no alude a lo que está por fuera del campo de la conciencia, sino a aquello que ha sido radicalmente separado de la conciencia por efecto de la represión: recuerdos, huellas mnémicas de acontecimientos olvidados que no pueden entrar en el sistema consciente sin distorsiones, o por unas indirectas como las formaciones del inconsciente (lapsus, sueños, síntomas, etc.).

Ahora bien, ¿qué es el inconsciente? ¿Es este precisamente el objeto de estudio? Pues bien, “el inconsciente es un saber no sabido”, “un saber articulado en significantes sobre el deseo que es ignorado por el sujeto” (Lacan) con consecuencias para el sujeto, una formación de compromiso. La noción de inconsciente está ligada a las nociones de *saber* y de *verdad*: el inconsciente es un saber que el sujeto desde su Yo ignora, que no sabe, que se constituye a lo largo de su historia, y tiene valor de verdad para el sujeto en tanto que determina su posición subjetiva, su percepción del conjunto de la existencia. Esto es, su subjetividad: “sistema organizado de símbolos, que aspiran abarcar la totalidad de una experiencia, animarla y darle su sentido” (Lacan, 1954, p. 57).

Para Lacan ese saber se organiza a partir de significantes, palabras venidas del Otro (tesoro de los significantes) que está representado por las figuras significativas para el sujeto y que organizan su particular batería significativa, que se articula en una frase y constituyen el “fantasma fundamental del sujeto”, una pantalla protectora que vela el trauma de la castración que Lacan matematiza en el caso de la neurosis como $S \diamond @$. Más que una imagen es una estructura significativa, una imagen hecha de palabras. Este opera como el prisma con el que el sujeto percibe e interpreta todo lo que vive. Juan David Nasio (2007) define el fantasma como:

... una pequeña novela en edición de bolsillo que uno lleva siempre encima y que puede abrir en cualquier lugar sin que nadie lo advierta [...] puede ocurrir que esta fábula interior se vuelva omnipresente [...] el fantasma es un recuerdo olvidado, que sin llegar al plano de la conciencia, permanece activo [...] es la figuración plástica de un deseo inconsciente, como un alivio sustituto del deseo, el fantasma es una escena inconsciente... (p. 12).

Tenemos, pues, con Lacan que el inconsciente está constituido de significantes ligados a la pulsión, y en ese sentido la noción de inconsciente que tiene se distancia de la noción de inconsciente-pulsión de característica más bien biológica, instintual que plantea Freud. Para Lacan el inconsciente no es instintual y primordial sino lingüístico, y resume esta idea en la célebre fórmula “*el inconsciente está estructurado como un lenguaje*”, es decir, que el inconsciente es captado solo cuando se articula al pasar a palabras, y en ese mismo sentido no es interior sino transindividual.

De otro lado, Jung también proveerá por su parte una noción de inconsciente más amplia que la propuesta por Freud, que va a dessexualizar y ampliar planteando las nociones originales centrales: inconsciente colectivo y arquetipo, aspecto en el que coincide con Lacan, pues lo saca de la pura determinación sexual (aunque no la excluye) y lo coloca en la dimensión transindividual pero en otro sentido, pues para Jung “hay contenidos psíquicos inconscientes en el individuo que no pueden remitirse a sus experiencias biográficas, ni la infancia es la edad determinante. Allí habla por primera vez de un inconsciente suprapersonal o impersonal, colectivo. El resultado de esa propuesta es su expulsión del psicoanálisis. En la constitución de su *psicología analítica*, Jung empieza con un esbozo de topografía psíquica, *La estructura de lo inconsciente* (7, 4), que vio la luz en 1916 y que sería ampliado una década después con el título *Las relaciones entre el Yo y lo Inconsciente* (7, 2), y un texto más elaborado, *Sobre lo inconsciente* (10, 1), publicado en 1918, al que sigue un año después *Instinto e Inconsciente* (8, 6), donde aparece por primera vez el término ‘arquetipo’ (Citado por Galán E., 2007, p. 2).

Más adelante Jung dirá más precisamente sobre el arquetipo: “Un inconsciente transpersonal que revela la existencia de una psique objetiva expresada mediante fantasías mitológicas que funcionan como categorías kantianas” (10, §13). Para él el arquetipo alude a figuras primordiales que constituyen la historia de la totalidad de la cultura humana, que son inconscientes pero son actualizados por los individuos sin saberlo. Los arquetipos son “núcleos de acción psíquica”, entendidos como símbolos primordiales y no como instancias:

Lo inconsciente aparece como una “consciencia múltiple”, pues múltiples son los arquetipos, tantos como experiencias típicas humanas. Su más clara objetivación se

da en la simbología cultural [...] La investigación del arquetipo llevará a Jung más allá de la biología a la física, acuñando el término 'sincronicidad' para caracterizar esa conexión acausal de los mundos interno y externo (Galán, E, 2007. p. 5).

Nos parece importante resaltar con esto que no existe en psicoanálisis una sola comprensión y definición de lo inconsciente y que otros desarrollos después de Freud, sin desconocer su aporte invaluable, y partiendo de él han permitido ampliar su definición y darle otra trascendencia. Hemos tomado las nociones freudiana, lacaniana y jungiana por ser las más representativas, y en particular la jungiana porque es la que se aproxima como antecedente a la comprensión de lo transpersonal, tal como el mismo Jung lo nombró y que será discutido más adelante.

Ahora bien, el inconsciente es una construcción teórica, un objeto construido, un constructo y en tal sentido no puede ser aprehendido directamente. De hecho es al revés. El inconsciente es una derivación por abstracción de los datos venidos de la clínica (objeto percibido). Así, puede decirse que el verdadero objeto del psicoanálisis no es tanto el inconsciente "puro" como sus formaciones, *las formaciones del inconsciente*:

Este dispositivo técnico constituye el campo ideal para que brote un tipo particular de discurso en el analizante detrás del cual pueden detectarse, mediante cierto tipo de trabajo teórico, esos objetos de conocimiento del psicoanálisis que son las formaciones del inconsciente... (Braunstein, 1974, p. 50). Las formaciones del inconsciente son los fenómenos en los cuales las leyes del inconsciente (condensación y desplazamiento) se pueden ver con mayor claridad: el chiste, el sueño, el síntoma y el lapsus (Evans, D., 1997. p. 98).

En igual sentido, Nasio (2007) relacionará las formaciones del inconsciente con el fantasma así:

Los síntomas son la manifestación dolorosa de las escenas fantasmáticas que reinan en el inconsciente desde la infancia. Estas escenas encuentran en el síntoma, en los sueños y en los actos esenciales de la vida afectiva sus diferentes medios de expresión (p. 12).

Finalmente, bien sea que estemos hablando del psicoanálisis de Freud, Jung o Lacan, hay un sustrato común en ellos y es la noción de inconsciente, el equivalente en la clínica a la noción de transferencia como concepto-experiencia central, a partir del cual los diversos desarrollos teóricos del movimiento psicoanalítico desprenden otros intereses y focos de estudio. Si bien, el psicoanálisis es una *teoría de lo inconsciente* y un método de investigación de las formaciones de este, además de una técnica, debemos recordar la vocación y el compromiso humanista del psicoanálisis con la reducción del sufrimiento

humano. El psicoanálisis ha hecho énfasis en que no es una forma de terapia como las demás: adaptacionista y predictiva. Ha postulado que no es posible ni le interesa la predicción del comportamiento, por demás imposible, y en ese sentido resuena con el planteamiento de Almendro (2009). El psicoanálisis se ubica como una ciencia conjetural de lo singular, de lo que no se repite. Pero también el psicoanálisis respecto de “la cura sabe que no es una meta que el analista deba buscar, porque lo estorba, pero sí un efecto que puede esperar” (Nasio, J., 2000), como resultado del trabajo de reintegración simbólica de la historia hasta sus límites más sensibles.

Psicogénesis

Teniendo en cuenta que para el psicoanálisis la definición de lo que es lo psicológico en el ser humano se ampara básicamente en el inconsciente, entonces todas las explicaciones acerca de lo que el sujeto es, hace o deja de hacer, estarán referidas a esta fuente original.

En su interés de buscar el origen de las manifestaciones del psiquismo el psicoanálisis acude a los contenidos del inconsciente:

En primer lugar, Freud es el creador de una concepción que podemos denominar como él la llamó: el determinismo psíquico. Plantea este que “todos los actos humanos, tanto los actos importantes conscientemente realizados, como los actos más insignificantes [...] están estrictamente determinados por una causa que es posible hallar y que los explica” (Jaccard, 1986, p. 10).

En el caso del psicoanálisis en particular, vemos cómo el mismo objeto de estudio (el inconsciente y más precisamente sus formaciones o manifestaciones), se determina a sí mismo y es a su vez la causa (psicogénesis) de todo lo que el sujeto es.

Siendo el Ello la instancia más primitiva del ser humano, es importante para esta teoría la referencia biográfica, la búsqueda de “causas”; es decir, todos los recuerdos, los olvidos, la historia de las relaciones con otras personas comenzando por las relaciones originarias con la madre y el padre y en general con todas las figuras que hayan tenido significado particular para cada sujeto. Las cuales en su conjunto por lo que vivieron, pero sobre todo por los acontecimientos relativos a ellas que no lograron ser integrados simbólicamente, articulados por la palabra y que fueron objeto de represión, determinan al sujeto. Es decir, en el psicoanálisis hay determinismo de lo simbólico, del lenguaje y de lo social, del lazo social como forma del discurso inconscientemente introyectado, como base explicativa de lo psicológico, de la psicogénesis.

En síntesis, creemos haber ilustrado a lo largo del camino que la génesis de lo psicológico para el psicoanálisis es de carácter inconsciente, que al determinismo ambiental de la psicología comportamental le corresponde el determinismo psíquico inconsciente del psicoanálisis.

Método

Siendo el psicoanálisis una corriente que investiga lo “interno” en el ser humano manifestado a través de las formaciones del inconsciente, ha necesitado adoptar métodos consecuentes con sus planteamientos. En lógica de P. Bourdieu (1966), *el método sigue la objeto*. En este sentido el método clínico ha sido paradigmáticamente usado en el desarrollo del programa de investigación teórica y técnica del psicoanálisis, así como el experimental es paradigmático en la psicología experimental. El método clínico fue desde los inicios del psicoanálisis usado por Freud como dispositivo para desarrollar el psicoanálisis como método y como técnica, y los famosos historiales clínicos como Ana O, Isabel R, el hombre de los lobos y el de las ratas, así como el caso Juanito son prueba de ello. Quizás por ser Freud un médico acudió al método clínico, aunque se debe aclarar que en la actualidad existe una clara diferencia entre la clínica médica psiquiátrica del ver-decir y la clínica psicoanalítica, la clínica de la singularidad, del caso por caso.

Tenemos, pues, que como marco instrumental general y como diseño de investigación específico el psicoanálisis ha recurrido al método clínico y al estudio de caso (caso=*acaeceré*, lo que acontece):

Efectivamente, lo que caracteriza al método clínico es el estudio en profundidad y en extensión de un caso. El caso clínico explorado en todas sus variables evoca una situación inversa a la del método experimental [...] lo clínico refiere originalmente al estudio detallado (hecho por el médico) de un paciente que yace en su lecho (clínos=lecho): forma de aludir al enfermo concreto por oposición a la enfermedad como patología abstracta [...] lo que siempre se mantuvo fue la referencia al carácter singular del objeto estudiado en cada caso... (Braunstein, 1974, p. 147).

Ahora bien, en términos del método entendido como los procesos de razonamiento que guían la investigación y permiten exponer rigurosamente los resultados garantizando la validez científica de los conocimientos acuñados –lógica de la prueba epistemológica– (D´Bruyne et ál., 1974), el psicoanálisis presenta una aparente ambivalencia, pues en principio podría pensarse que, en tanto el papel del analista es el de interpretar el relato de su analizado y en esta relación plantearse hipótesis empleando una estrategia hipotético-deductiva que va de lo teórico a lo factual, el psicoanálisis participa de la lógica hipotético deductiva y se apoya en ella; pero si bien esto es relativamente cierto no es toda la verdad,

pues en el psicoanálisis “el caso no se reduce a una mera aplicación de generalidades preexistentes. Queda así planteada la cuestión misma del conocimiento de lo singular” (Braunstein, 1974, p. 147). Más bien se tendrá que decir que el método en el que se apoya el psicoanálisis, y lo hemos discutido ampliamente atrás, es la dialéctica. El método dialéctico es propio del psicoanálisis. La definición recíproca de pares opuestos que imprimen una dinámica en el eje del tiempo (tesis-antítesis- síntesis-tesis...) en una serie infinita ha sido característica del desarrollo del psicoanálisis desde Freud hasta Lacan, pasando por Jung. La preocupación por los pares de oposiciones principio de realidad-principio del placer, Ello-Superyó, pasado-presente, singular-universal, deseo-demanda, ánima-ánimus, ego-sombra, inconsciente personal-inconsciente colectivo y un gran etcétera es prueba de ello. La dialectización del discurso por vía de la interpretación del analista para que el sujeto del inconsciente emerja en el analizante ahí donde no se lo busca confirman este aserto.

Ahora bien, atrás dijimos que el método clínico es el estudio en profundidad de un caso en su singularidad. Pero, ¿qué es la singularidad? Respondemos con Lacan (1953):

Evocaré rápidamente la experiencia germinal de Freud alrededor de la noción que la reconstitución completa de la historia del sujeto es el elemento esencial, constitutivo, estructural, del progreso analítico [...] éste es el punto de partida de Freud. Para él siempre se trata de la aprehensión de un caso singular. En ello radica el valor de cada uno de sus cinco grandes psicoanálisis, ellos lo demuestran. El progreso de Freud, su descubrimiento, está en su manera de estudiar un caso en su singularidad.

¿Qué quiere decir estudiarlo en su singularidad? Quiere decir que esencialmente, para él (Freud), el interés, la esencia, el fundamento, la dimensión propia del análisis es la reintegración por parte del sujeto de su historia hasta sus últimos límites sensibles, es decir, hasta una dimensión que supera ampliamente los límites individuales [...] ¿Acaso es éste un acento colocado sobre el pasado tal como, en una primera aproximación, podría parecer? Les mostré que no era tan simple. La historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente; historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado (p. 6) (el subrayado es nuestro).

¿Acaso esto nos dará pie para decir una vez más, como ya lo señalamos al iniciar, que Lacan y Jung comparten una visión transindividual del inconsciente, que hay en Lacan una apuesta posible, sin saberlo o decirlo explícitamente, por algo que atañe a la naturaleza de lo transpersonal, por esa posibilidad de estar más allá del drama personal inhibitorio de la potencialidad y realización humana, de una relación sublimatoria y fecunda con el conjunto de la existencia? Dejamos abierta esta pregunta, no sin recordar como lo dice Manuel Almendro en el prólogo de este libro, que Lacan se sintió seducido por el budismo zen; de hecho, en la apertura del seminario 1 hace alusión explícita a un maestro zen para

explicar la naturaleza de la transmisión del psicoanálisis, que como el zen “no es ex-cathedra”; y quizás sin saberlo, también de la naturaleza de la interpretación psicoanalítica: siempre sorprende tanto al sujeto como al analista.

Psicología humanista

San Francisco de Asís estaría seguramente en un manicomio. Hablando a los árboles, diciéndole al almendro: “¿Cómo estás, hermano?” Si estuviera aquí, ya lo habrían encerrado. “Hermano, cuéntame sobre Dios”, le decía al almendro. Y no sólo esto, escuchaba la canción que el almendro le cantaba. ¡Loco! ¡Necesita tratamiento!

Él le habla al río y al pez, y dice que el pez le responde. Habla con las piedras y las rocas; ¿se necesita alguna otra prueba de su locura? Está loco. Pero, ¿no te gustaría ser un loco como San Francisco de Asís? Piénsalo; la capacidad de escuchar cantar al almendro y el corazón que puede hablar con las piedras; el corazón que ve a Dios en todas partes, por todo, en todas las formas... debe de ser un corazón de profundo amor; el profundo amor te revela ese misterio. Pero para la mente lógica, por supuesto, todo esto son tonterías.

Para mí éstas son las únicas cosas significativas. Vuélvete loco, si puedes; vuélvete loco del corazón (Osho Neo Tarot).

Contexto histórico social

Como en los casos anteriores, varios antecedentes históricos y sociales confluyen en la aparición de este movimiento. Un antecedente remoto de la psicología humanista es el humanismo filosófico de los siglos XVI y XVII, cuya doctrina procuró rescatar al hombre como digno de atención en algún momento entre las postrimerías de un dominio apabullante de la teología y los albores de una emergente ciencia centrada en los datos. En el siglo XIX la teoría de campo de Maxwell y Faraday agrietó las certezas del modelo mecanicista con sus investigaciones sobre el electromagnetismo y proveyó las bases para la teoría de la relatividad; el concepto de campo de esta teoría influyó de modo importante en los fundamentos de la psicología humanista. Ya en el siglo XX otras condiciones más específicas contribuyen a su surgimiento: en el intermedio entre la Primera y Segunda Guerra Mundial se vivía el clima de posguerra en Estados Unidos y Europa (principalmente Alemania), cuna de la psicología humanista. El panorama desolador dejado por la aniquilación humana tenía un denso sabor a pesadumbre y era imperativa la necesidad de una voz que de entre las cenizas se levantase optimista. Movimientos sociales simultáneos y posteriores a estos eventos crearon el marco apropiado para esta formulación. Veamos un poco más en detalle estas contingencias.

El humanismo filosófico e ideológico tiene sus orígenes en el Renacimiento (siglos XV y XVI) y surge en oposición al dogmatismo de la Edad Media con su proyecto exclusivamente teológico de lo humano. Este movimiento busca posicionar el respeto a la dignidad humana, los valores, la sociedad justa, todo lo cual prepara el terreno para el rescate del individuo y su singularidad, que se darán en la segunda mitad del siglo XX. “¿Qué es el humanismo? El concepto de humanismo nace de un movimiento literario y filosófico que surge en Italia en la mitad del siglo XIV y que llegó a constituirse en un factor fundamental de la cultura occidental.” (Pérez en Icfes, 1987, p. 37).

El humanismo burgués alcanzó su florecimiento en las obras de los enciclopedistas del siglo XVIII quienes proclamaron las consignas de libertad, igualdad y fraternidad y propugnaron el derecho de los individuos a desarrollar sin obstáculos su auténtica naturaleza. Sus raíces filosóficas desembocan en el existencialismo y la fenomenología, corrientes de pensamiento en que se ampara esta psicología, y las nutren:

El existencialismo que se remonta al danés Soren Kierkegaard (1813-1855) y al alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900) –en tanto que otros representantes alemanes son Karl Jaspers, Martin Heidegger, Ludwing Binswanger– influyó en la psicología humanista sobre todo a través de Martin Buber. El existencialismo busca, más allá de los valores absolutos, normas establecidas, roles y fachadas, al hombre “real” en su existencia genuina y “desnuda”. Las preguntas por el ser y el sentido del mundo ya no se contemplan por referencia a respuestas absolutas (eternamente válidas) sino en la dimensión del tiempo, donde el ser humano tiene que cuestionarse una y otra vez en su soledad, su cuidado y su angustia, y se encuentra siempre por el camino de su autodevenir. Es así puesta en duda la “esencia del hombre”, que tradicionalmente se daba por supuesta y que abría una dimensión “objetiva” de la existencia; en lugar de esto, el hombre sólo puede ser aprehendido “desde adentro”, como ser autónomo, en su temporalidad y finitud. El instante experimentado y vivido existencialmente cobra significación central; no lo que el hombre es sino aquello en lo cual se convierte cada vez en virtud de su obrar: esa es su esencia. Como dice Sartre, él está “condenado a la libertad”, a ser y devenir, o no, él mismo. Pero esta responsabilidad y este espacio de decisión posibilitan simultáneamente la autonomía, la identidad y dignidad del hombre (Kriz, 1985, p. 221).

El existencialismo es una expresión de las profundas dimensiones que refleja el temperamento moderno emocional y espiritual de una época y se manifiesta en casi todos los aspectos de la cultura. No sólo se encuentra en psicología y filosofía sino en el arte (piénsese en Van Gogh, Cezzane y Picasso) y en literatura (recuérdese a Dostoievski, Baudelaire, Kafka y Rilke). Es el esfuerzo por comprender al hombre eliminando la escisión entre sujeto y objeto que torturó el pensamiento y la ciencia occidentales.

El existencialismo como movimiento filosófico nutre en la psicología en particular, al psicoanálisis como se desarrolló en apartado anterior, acogiendo la influencia de Nietzsche y Schopenhauer principalmente, y en la psicología humanista como tal son de gran influencia los aportes de Soren Kierkegaard en su obra *Temor y temblor*, Karl Jaspers, Jean Paul Sartre, Maurice Merleau Ponty, Martín Buber, entre otros pensadores. Como movimiento tuvo una característica particular que lo diferencia del modo de hacer ciencia de su época (y que lo hace distintivo): sus seguidores no sólo narran hechos que hubiesen observado *fuera de sí*, sino –y es su principal *ingrediente*– intentan incorporar la dimensión experiencial y subjetiva en sus planteamientos. Es decir, no nos hablan de “algo” sino que su vivencia atraviesa la elaboración de las perspectivas que presentan. Es así como encontramos en sus aportes inquietudes acerca de la libertad humana, el sentido de la vida, el miedo, la muerte, las formas de relación en el mundo, entre otros aspectos. Como tal, alimenta el momento histórico en el que surge la psicología humanista, la cual se ve influida por otras condiciones epocales que a su vez demandan a la psicología misma otras formas de mirar y concebir lo psicológico.

Edmund Husserl (1859-1938), filósofo alemán, “rastrea” en el existencialismo y recoge de sus propios desarrollos una posible nueva forma de hacer ciencia acuñada en lo que se conoce como la fenomenología, que

... parte de la experiencia sensible del ser humano y tras la serie de los fenómenos busca su esencia auténtica. Partiendo de Hegel, Husserl busca fundar un objetivismo nuevo en la experiencia misma, por medio de una razón que es innata a la humanidad. Este abordaje es ampliado substancialmente por los humanistas fenomenólogos franceses. Así, Merleau-Ponty (1908-1961) contrapone a la teoría fenomenológica de la percepción una “filosofía del cuerpo” en pie de igualdad con aquella. Se toma como eje la relación hombre-mundo, el “ser para el mundo” (Merleau Ponty), que es siempre intencional, o sea que el conocimiento y la conducta del hombre responden a una intencionalidad consiente, se refieren a un mundo que desde siempre está estructurado por el hombre y es modificado por él... (Husserl, 1985, p. 222).

La fenomenología es la

... corriente idealista subjetiva fundada por Husserl [...] El concepto central de la fenomenología (la intencionalidad de la conciencia) está destinado a sustentar el principio idealista subjetivo de que “no hay objeto sin sujeto” [...] Esta teoría se abstiene de formular juicios de cualquier clase que conciernen a la realidad objetiva y que rebasen los límites de la experiencia “pura” (o sea subjetiva) (Rosental & Iudin, 1979, p. 171).

La fenomenología como tal es un método que subraya la importancia de la vivencia subjetiva al afirmar que el hombre percibe su mundo externo de acuerdo con su realidad personal. Para tal fin, hace énfasis en la necesidad de la conciencia de los actos, el reconocimiento de la intencionalidad de los mismos, el *èpoje*, es decir, la “neutralización” de los propios juicios y el valor de “poner entre paréntesis” el propio saber, en aras de intentar capturar otras formas de comprensión de lo real.⁹

En el ámbito científico los desarrollos de la física continuaban su marcha. Los investigadores Michael Faraday (1791-1867) y Clerk Maxwell (1831-1879) empezaron a revolucionar los planteamientos de la física clásica con su teoría de campo. El conjunto de fenómenos que abordó el electromagnetismo evidenció grietas insospechadas en el andamiaje del edificio newtoniano-cartesiano, que sólo más adelante Einstein pudo conciliar en su nuevo mapa. Un sector importante de pensadores se desprendió de las certezas del mundo mecánico y empezó a formular otras explicaciones para los eventos. El impacto de la teoría de campo en la psicología humanista será ampliado en el apartado acerca del modelo de física asociado.

En la época en que se empieza a gestar la psicología humanista el clima social a raíz de la Primera Guerra Mundial e inicio y desenvolvimiento de la Segunda era desolador. La imagen del ser humano se encontraba desvalorada, y como consecuencia de la guerra había un ambiente de tristeza, dificultades económicas y conflictos sociales. Pero además se abrió un abanico de cuestionamientos significativos para los pensadores de todas las ramas: *¿Para qué vivimos? ¿Quiénes somos en realidad? ¿Qué es lo que vale la pena?*

Durante los años cincuenta y sesenta la progresiva multiplicación de enseñanzas espirituales venidas de Oriente fecundó de manera importante la psicología humanista y le legó conceptos como *aquí y ahora*, *darse cuenta*, *consciencia*. De modo particular, el budismo Zen tuvo una interesante incidencia en la terapia Gestalt, una de las vertientes de esta psicología.

Entonces, la psicología humanista se nutre de ese humanismo filosófico-social y de todas esas condiciones contextuales que estaban sucediendo en Europa occidental y Norteamérica cerca de 1950 con un eslogan fundamental: la exaltación de la experiencia.

9. El movimiento fenomenológico como tal, posterior a Edmund Husserl, ha continuado en extensos desarrollos que pueden continuar explorándose en la obra del mismo autor, y en Martín Heidegger, entre otros.

Contexto disciplinar

La psicología humanista surge en clara respuesta a los planteamientos de sus antecesores, la psicología comportamental y el psicoanálisis:

Después de muchas décadas de una concepción psicológica del hombre-bestia, arrastrado por un inconsciente irracional y de una más reciente percepción del ser humano como un punto de confluencia pasiva de fuerzas ambientales que lo moldean y condicionan, las concepciones humanistas, cuyos pioneros ya eran conocidos cuando Skinner sacudió a la academia psicológica con sus planteamientos, se conformaron e identificaron a partir del “movimiento del potencial humano”, y de los escritos de Maslow, Rogers, Perls, Allport, May y otros (Giraldo, en Icfes, 1987, p. 9).

En el entorno de posguerra fue necesario un amplio despliegue humanitario para atender a tantas personas que habían sufrido las consecuencias de la conflagración. No era necesario ser profesional para ser voluntario; se requería sí una inquebrantable disposición de ayudar al prójimo. Multitud de iniciativas con procedimientos diversos y fines de servicio social, terapia, rehabilitación, etc., inundaron el panorama; en medio de esta enorme diversidad, algunas de ellas que tenían como referente común el resurgimiento de las personas, se agruparon y fueron conformando lo que hoy se conoce como psicología humanista. Por este origen disperso este abordaje fue inicialmente conocido como movimientos humanistas:

Junto al psicoanálisis y al conductismo [...], la “psicología humanista” se suele definir como “tercera corriente” o “tercera fuerza” en la psicología [...] Mientras que las terapias de psicología profunda y de la conducta se elaboraron, por lo menos al comienzo, desde un edificio teórico relativamente homogéneo, el concepto de “terapias humanistas” define un haz más laxo de variadísimos abordajes reunidos no tanto por una teoría común cuanto por una imagen de hombre bastante homogénea y concordancias básicas en los principios de trabajo terapéutico (Kriz, 1985, p. 219).

A diferencia de las dos corrientes anteriores que hemos abordado, la psicología humanista no tiene en su origen a un autor protagónico (como es el caso del psicoanálisis) ni a un haz de investigadores adscritos a una línea de investigación científica (como es el caso de la psicología comportamental) sino a un amplio número de entusiastas practicantes. Esto ha tenido evidentes repercusiones en la construcción de sus núcleos teóricos, así como en la diversidad de perspectivas que la caracterizan, y fue tal vez el origen de una injustificada fama de carecer de fundamentos.

Esta heterogeneidad teórica se explica desde el punto de vista histórico por el hecho de que la psicología humanista nació como un movimiento que reunía

abordajes distintos, desarrollados independientemente unos de otros, cuyos principales representantes, entre otros, Charlotte Bühler, Abraham Maslow, Carl Rogers, sólo en 1962 fundaron, en los Estados Unidos, la Sociedad de psicología humanista (Kriz, 1985, p. 219).

Todos los sucesos circundantes hicieron que se buscara una aproximación al hombre desde una mirada más positiva, una visión que en medio de la desesperanza posicionara de nuevo la dignidad humana:

El humanismo, es una posición positiva con respecto a los seres humanos por oposición al negativismo psicoanalítico, en términos de pesimismo que caracterizaba a toda la teoría freudiana y a un cierto mecanicismo del conductismo, por lo menos del conductismo tradicional (Pérez, en Icfes, 1987, p. 38).

En Estados Unidos y Europa simultáneamente se estaban haciendo aportes a ese proyecto de mirar al ser humano desde perspectivas más promisorias. Surgieron en Norteamérica los denominados Grupos de Encuentro, que fueron especializando sus estrategias terapéuticas y se constituyeron en el abrebocas de lo que más adelante se llamó el Movimiento del Potencial Humano, uno de los más fecundos despliegues de esta psicología.

Entre las principales corrientes de la psicología humanista se encuentran la psicoterapia centrada en la persona, de Carl Rogers (Norteamérica); la terapia gestáltica, de Fritz Perls (Europa); la Bioenergética, de Wilhelm Reich, y el análisis existencial (o logoterapia), de Víctor Frankl. En estas terapias un valor fundamental es que la persona debe curarse a sí misma; el terapeuta sólo la guía y la ayuda para que lo consiga, es decir, cumple más bien un rol de aliado que de especialista.

La psicoterapia centrada en la persona, de Rogers (1902-1986), propone una psicología orientada a la mayor independencia e integración del ser humano. Las concepciones básicas de este enfoque fueron elaboradas por Carl Rogers entre 1930 y 1950, primero con la designación de “terapia no directiva”, y luego como “terapia centrada en el cliente” (en algunos países, como Alemania, psicoterapia de diálogo). Esta Psicoterapia privilegia conceptos como encuentro humano, crecimiento de la personalidad o tendencia a la actualización, confianza en las tendencias de autocuración y libertad personal.

Uno de los constructos centrales de la teoría de la personalidad, de Rogers, es el “sí-mismo”, una percepción propia que se diferencia del conjunto del organismo en el curso del desarrollo de la primera infancia a partir de percepciones propias que se configuran en la interacción con el entorno. El sí-mismo, por una parte, organiza y estructura experiencias, y por otra, las desmiente o desfigura cuando

no guardan coherencia con su autoimagen. Esto crea tensión entre esa imagen y la realidad del organismo, lo que configura el desajuste psicológico. No menos importante es la tendencia a la actualización que según Rogers “es inherente a todo organismo, que mueve al ser humano en dirección a lo que se define como crecimiento, maduración, enriquecimiento vital” (Rogers, 1993). Esta tendencia necesita que el medio ofrezca un clima psíquico y físico adecuado; de lo contrario, su despliegue puede verse obstaculizado. Un tercer concepto central es la incongruencia, la discrepancia entre la vivencia del organismo y su autoimagen. La terapéutica de Rogers apunta a la liberación del potencial mediante la reducción de tensiones entre el sí-mismo y el organismo, a través de un acompañamiento no directivo.

Veamos otro enfoque:

La psicología de la Gestalt se inició en Alemania, bajo la influencia de Kant y Husserl. En ella se introducía el concepto de organización, en el sentido de que los fenómenos percibidos son totalidades organizadas, y los objetos son “objetos de experiencia”, como se expresaba Koehler. Se oponían a la cuantificación, es decir a los cálculos estadísticos, a la explicación maquinal de la vida de corte conductista. De éstas y otras concepciones partiría Perls para iniciar su terapia gestáltica [...] potenciando lo directamente percibido y sentido sobre lo interpretado y explicado [...] En la terapia Gestalt, como meta, se pretende que el paciente llegue al “darse cuenta”, “percatarse” de qué está haciendo, cómo lo está haciendo, para llegar al cómo puede cambiar, aceptarse y valorarse por sí mismo (Almendro, 1994, p. 42).

En 1952 Fritz Perls y su esposa Laura Perls abren el primer Instituto Gestalt en Nueva York. Hacia finales de la década de los cincuenta y comienzos de los sesenta, con la moda del crecimiento personal que se concentra en California, Fritz Perls concibe cada vez más la terapia Gestalt como una forma de vida y comienza a dar cursos de formación al respecto.

Un distintivo de la terapia Gestalt es que se enfoca más en los procesos inmediatos que en los contenidos particulares que ocupan a la mente. Hace especial énfasis en lo que le está sucediendo *aquí y ahora* al consultante, lo que siente en el momento, por encima de lo que piensa, lo que fue, lo que pudo haber sido, lo que podría ser o lo que debería estar sucediendo.

El objetivo de la terapia Gestalt, además de ayudar al cliente a sobreponerse a síntomas, es permitirle llegar a ser, a estar más completa y creativamente vivo y a liberarse de los bloqueos y asuntos inconclusos que disminuyen la satisfacción óptima, la autorrealización y el crecimiento.

Wilhelm Reich (1897-1957), médico, psiquiatra y psicoanalista austriaco-estadounidense, es otro de los importantes exponentes de la psicología humanista.

Hizo también parte del grupo de discípulos de Freud en Viena, pero lo revolucionario de sus conceptos lo alejó con prontitud del psicoanálisis oficial. Reich fue un controversial investigador e inventor, creador de la bioenergética, otra de las líneas de trabajo que se reconocen en este enfoque. Postuló el concepto del orgón o energía orgónica (de la misma raíz que “organismo” y “orgasmo”), que aludía a una fuerza vital universal. Según Reich, se trataba de una sustancia sin masa y omnipresente, similar al éter, pero fuertemente asociada con la energía vital en lugar de la materia inerte.

Por su antecedente freudiano, Reich se interesó en el inconsciente, la neurosis y la libido. Creía que la libido tenía una base biológica discernible y desarrolló una práctica terapéutica ostensiblemente diseñada para liberar esta energía corporal, en el entendido de que la salud mental dependía de un flujo libidinal sin inhibiciones.

Mientras que algunos lo califican como uno de los pensadores más lúcidos y revolucionarios del siglo XX, otros aseguran que sus ideas y teorías bien podrían catalogarse como delirios. Sus conceptos fueron desacreditados y descartados, sus libros fueron quemados y el consenso general de la comunidad científica es que la teoría orgónica es un ejemplo de pseudociencia. Fue expulsado de los círculos comunistas y de la escuela psicoanalítica por lo atrevido de sus planteamientos, perseguido por los nazis en Alemania por su libro *Psicología de masas del fascismo*, y finalmente, juzgado en Estados Unidos, donde se le diagnosticó esquizofrenia progresiva. Un año después Reich murió en la cárcel de un ataque al corazón, un día antes de apelar su sentencia.

Su impacto en la psicología tuvo que ver inicialmente con el reconocimiento del cuerpo como escenario de los conflictos psicológicos y la osadía de una terapéutica que incluye el contacto y el masaje para desmontar la “armadura personal”. A pesar de tanta persecución, sus planteamientos han pervivido y conforman la base de algunas terapéuticas psicológicas y médicas de amplia acogida en la actualidad.

Víctor Frankl (1905-1997), otro exponente del movimiento, fue un psiquiatra vienés discípulo de Freud, también judío y sobreviviente de los campos de concentración nazi. Frankl ingenió (inicialmente a partir de su propia experiencia) un abordaje terapéutico y su respectivo corpus explicativo acerca de cómo afrontar los padecimientos de la vida.

Su caso ilustra el doble énfasis que caracteriza a esta psicología: la vivencia y la utilidad aplicadas por encima de las excesivas precisiones conceptuales. Frankl cuenta que lo que le permitió sobrevivir al horror padecido durante el Holocausto, en que fallecieron su esposa y sus padres, fue mantener su atención

concentrada en un futuro mejor; esto resume cuál fue su aprendizaje durante su cautiverio y cómo ello nutrió tanta reflexión. En su libro autobiográfico *El hombre en busca de sentido* sostiene que incluso en las condiciones más extremas de deshumanización y sufrimiento el ser humano puede encontrar una razón para vivir basada en su dimensión espiritual. De ahí que una de las claves de la logoterapia (o análisis existencial) de Frankl es el valor de la proyección psicológica por encima de las condiciones de origen, es decir, su enfoque es más teleológico que etimológico, se concentra más en las finalidades y posibilidades hacia el futuro que en la búsqueda de las causas de la problemática.

Aunque tanto en sus constructos teóricos como en sus metodologías de intervención todas estas aproximaciones son distintas, comparten presupuestos fundamentales acerca de la concepción del universo, el ser humano, su sentido de vida, sus derechos civiles. Semejante situación sucede con cada una de las diversas perspectivas que caracterizan a esta psicología:

Las psicoterapias humanísticas se basan en la suposición de que la humanidad ha llegado a ser excesivamente intelectual, tecnológica, desvinculada de sensaciones y emociones. Los enfoques terapéuticos de la psicología humanística están diseñados como procedimientos correctivos experienciales, encaminados a remediar la consiguiente alienación y deshumanización. Enfatizan los métodos de cambio de personalidad experienciales, no verbales y físicos, y aspiran al crecimiento individual o autoactualización, en lugar de la adaptación (Groff, 1988, p. 203).

La psicología humanista pone especial énfasis en lo afectivo y en el crecimiento de la persona. Se interesa en la experiencia no en tanto registro o constatación de una realidad exterior sino en cuanto vivencia subjetiva del mundo.

Concepción de realidad

Como se vio en el apartado anterior, la psicología humanista surge en oposición a la tentativa de la psicología comportamental de explicar la conducta a partir de la relación funcional con el medio y a la del psicoanálisis de hacerlo a partir de los procesos inconscientes. Estos dos antecedentes llevaron a los psicólogos humanistas a plantear que existía una dimensión psicológica distinta del comportamiento determinado por el medio ambiente y del conflicto inconsciente generado por fuerzas intrapsíquicas: la vivencia. La vivencia le pertenecía al individuo y era algo a lo que él podía tener pleno acceso.

Esta psicología se interesa, entonces, en lo que acontece a la persona, en sus vivencias, en cómo experimenta y siente lo que le sucede, al considerar que cada persona vive un universo de experiencias de las cuales ella misma es el centro.

El humanista, simplemente, trata de mantener una comprensión empática de que su postura particular no es la única posible, y que el mundo o “realidad” no es dado tanto en forma objetiva, sino personalizada e individual, algo diferente para cada perceptor (Shaffer, 1978, p. 1).

Aquí la realidad del individuo, la manera como cada uno experimenta lo que vive es lo más importante; por ello su énfasis “recae en lo que se está sintiendo y pensando en el momento, más que en lo que fue, debería o tendría que ser; lo decisivo es lo subjetivamente sentido en el presente” (Shaffer, 1978, p. 43).

La psicología humanista, de manera coherente con su fundamentación fenomenológica y existencial, privilegia como real la subjetividad:

Contra la idolatría de la científica objetividad de los psicólogos positivistas, el humanista reconoce, estudia, acepta y asume su subjetividad, no le teme como acientífica, no la rehúye como inaceptable, antes al contrario, reconoce que ella es parte de la realidad del ser humano y que la ciencia del mismo sólo será tal si se acomoda a la realidad subjetiva y subjetivizante del ser estudiado (Giraldo en Icfes, 1987, p. 10).

Elementos provenientes del existencialismo sitúan al hombre en su finitud y contexto:

... los filósofos de la existencia rechazan la conclusión del pensamiento “racionalista”, que identifica la realidad con el objeto pensado, con las relaciones o “esencias” y aceptan la realidad tal como los hombres la vivencian inmediatamente en su vida [...] por consiguiente consideran la experiencia inmediata del hombre como una revelación más íntegra de la naturaleza y característica de la realidad (Tilich en May, 1988, p. 11).

Los psicólogos humanistas son enfáticos en afirmar que la realidad externa es percibida por el individuo desde su marco de referencia interno. Para Rogers la única realidad que es posible conocer es la del mundo y el universo tal como son percibidos y plasmados en las propias vivencias de cada momento; por tanto, al existir tantas formas de percibir la realidad existen tantas realidades como personas:

El hombre comienza su labor cognoscitiva, tomando conciencia de su mundo interno experiencial, de sus vivencias [...] También percibe el mundo externo de acuerdo con su realidad personal y subjetiva (sus necesidades, deseos, aspiraciones, valores, sentimientos, etc.), es decir con un enfoque “de-adentro-hacia-afuera” [...] La psicología humanista rechaza el punto de partida de la ciencia tradicional que comienza con el presupuesto de la existencia de un mundo objetivo externo, del cual el hombre es una parte. Esto podrá ser un punto de llegada, pero jamás de partida (Martínez, 1982, p. 71).

Estas afirmaciones nos muestran un modelo en el cual la realidad tiene una dimensión subjetiva inalienable (existencia subjetiva) que se soporta en la manera como la persona experimenta su mundo, lo siente y lo percibe; es muy diferente de la psicología comportamental, para la cual la noción de lo real privilegia los eventos objetivos, y del psicoanálisis, que concibe que lo real se constituye mediante lo que hemos llamado objetividad dialéctica: la realidad para el humanista es un campo que solo puede conocerse a través de la percepción profunda que permite la plena consciencia del suceder.

Corrientes de referencia

De manera consecuente con la orientación decididamente experiencial que propone la psicología humanista, se considera que

... esta clase de acercamiento empático, en el que la experiencia consciente es aceptada en sus propios términos y no se hace ningún intento de divorciar la realidad de las actitudes y las experiencias de la persona, es descrito frecuentemente como una orientación “fenomenológica” de la psicología. Su raíz se encuentra en la fenomenología, una escuela de filosofía fundada por el filósofo europeo, Edmund Husserl, al final del siglo pasado (Shaffer, 1987, p. 1).

La psicología humanista constituye su discurso apoyándose en la mirada fenomenológica¹⁰ y existencialista. Lo interesante de estas corrientes es que representan un desafío a las maneras “oficiales” de leer la realidad y los eventos. Sus afirmaciones tienen un hondo sentido político y de búsqueda de sentido en un entorno contemporáneo de crisis.

Por ello esta psicología considera las vivencias subjetivas como un flujo de fenómenos a través de los cuales la persona representa su realidad y proyecta esa percepción en su relación con el mundo. En esta percepción juega un papel importante la intencionalidad: el ser humano está en capacidad de direccionar sus acciones y hacerse responsable de su propia subjetividad.

Modelo de física asociado

Mencionamos en el contexto histórico social que la psicología humanista está emparentada con la teoría de campo de Faraday y Maxwell, teoría que ya desde el siglo XIX había acogido algunos de los presupuestos fundamentales de la física clásica.

Esta teoría...

10. Puede continuar ahondándose en este tema en López G, L., colección *La cara humana de la psicología*.

fue uno de los cambios más profundos en la concepción que el hombre tenía de la realidad física. Desde la perspectiva newtoniana, las fuerzas estaban rígidamente relacionadas con los cuerpos sobre los que actuaban. Ahora el concepto de fuerza era reemplazado por el concepto mucho más sutil de un campo que tenía su propia realidad y que podía estudiarse sin ninguna referencia a los cuerpos materiales (Capra, 1992, p. 73).

Para la psicología humanista las experiencias de la persona son parte de un campo dinámico que fluye entre el individuo y su medio ambiente; es decir, lo que suceda al individuo o a su entorno afecta directamente sus experiencias, porque la relación que se establece entre las partes y el todo es de carácter interactivo. Fritz Perls, por ejemplo, proponía “un isomorfismo basado en la relación parte-todo, la restauración del equilibrio y la experiencia psicológica como un campo dinámico entre el individuo y su ambiente [...] El campo es el todo donde las partes están interrelacionadas sensiblemente” (Almendro, 1994, p. 43).

El concepto de campo, según el cual las fuerzas se afectan mutuamente entre sí, difiere de la visión de los modelos anteriores en psicología, en los cuales los fenómenos psíquicos se estudiaban a la manera de los fenómenos mecánicos, esto es, como partes separables.

El enfoque humanístico es holístico, estudia a los individuos como organismos unificados, en lugar de limitarse a considerarlos como la suma total de partes independientes [...] Los enfoques humanísticos suponen un paso importante hacia una comprensión holística de la naturaleza humana, comparados con el énfasis parcial en cuerpo o psique, que caracteriza a la corriente principal de la psicología y la Psiquiatría (Grof, 1988, p. 203).

La teoría de campo contribuye a la aparición en psicología de conceptos como “campo fenoménico”, “campo experiencial”, “fluir”, “conectarse”, etc., conceptos que revelan la confianza de sus proponentes en un universo psicológico dinámico. La psicología humanista reconoce la participación que ejercen las relaciones interpersonales, la interacción familiar, las estructuras sociales, las dinámicas sociales, económicas, ecológicas y políticas en la manera como la persona experimenta el mundo, a diferencia de sus antecesores, que en su momento enfatizaron más una orientación organicista o intrapsíquica.

Concepción de ser humano

Hemos dicho que, pese a su multiplicidad de abordajes, la psicología humanista conserva unas características básicas en su concepción de ser humano. En correspondencia con su concepción de realidad subjetiva y la visión holística de la experiencia psicológica de la persona, en esta psicología nos encontramos

una concepción de ser humano que intenta ser más integradora del hombre consigo mismo y con su entorno:

Nuestra concepción del ser humano es ante todo la de un ser creativo, intencional, integral, cuyo psiquismo y corporeidad son una misma realidad y no dos partes separadas, distintas o en conflicto perenne. Dirigido desde adentro, autopropulsado, dinámico y libre; con sus propias metas. La libertad es un punto central de la concepción humanista del hombre. Libertad que implica capacidad de elección y de equivocación, de corrección y de asumir sus consecuencias (Giraldo en Icfes, 1987, p. 9).

La forma como la psicología humanista concibe al ser humano da especial énfasis al eje afectivo-emocional-sentimental, en reacción a la tradición predominante conductual, que enfatizaba las acciones y lo externo, y a la psicoanalítica, que privilegiaba lo mental. El concepto de autorrealización de Abraham Maslow imprime un sello muy característico al ser humano de la psicología humanista: el de una búsqueda permanente por alcanzar el óptimo desarrollo de la personalidad. Esta mirada no es en absoluto ingenua, pues encarnaba una declaración de principios en un entorno en guerra:

Las concepciones filosófico-psicológicas del hombre tienen o pueden tener amplias repercusiones sociopolíticas. Es obvio que la visión del hombre bestia que tiene que ser dominado, sublimado, disfrazado y luego interpretado, o la concepción del ser humano como totalmente manejable y programado por los condicionamientos [...] se presta para las concepciones políticas totalitarias [...] Por el contrario, la visión humanista del ser hombre-mujer implica una concepción democrática del gobierno y del Estado. Impone la necesidad de una democracia política no sólo votante sino respetuosa de los derechos de elección, de las libertades de movimiento, de creación y de creencias (Giraldo en Icfes, 1987, p. 12).

Quizá por ese trasfondo, que implica depositar la responsabilidad y la capacidad de libertad y elección en el ser humano, la psicología humanista ha sido en ocasiones centro de fuertes críticas en la psicología. Confiar plenamente en la capacidad de elección y la tendencia autoactualizante de la persona implica, por ejemplo, para el terapeuta asumir una posición distinta en la relación terapéutica. Esta visión humanista cambia completamente la concepción de un ser humano determinado por sus oscuras fuerzas intrapsíquicas o por el influjo de consecuencias del medio ambiente:

El aporte de autores como Rogers y Maslow fue el atreverse a plantear en un ámbito científico, que la naturaleza humana no es intrínsecamente perversa a pesar de algunas manifestaciones de crueldad, sadismo o destrucción, las cuales parecen ser más bien reacciones violentas contra la frustración de nuestras necesidades, emociones y potencialidades [...] La naturaleza humana en el enfoque rogeriano no es, ni mucho menos, tan mala como se creía. Al contrario, todo parece indicar que es buena o neutral, pero no mala, por lo que es mucho más conveniente culti-

varla y permitirle su expresión que intentar ahogarla o reprimirla... Las personas enfermas son producto de una cultura enferma [...] El humanismo al plantear el tema de la auto-realización como factor motivacional número uno, está proponiendo una psicología de la salud que completa lo que se hizo desde una psicología de la enfermedad (Bautista en Icfes, 1987, p. 110).

Aquí se quiere proponer una visión más optimista, un intento de recuperar la dignidad humana y no estudiar a la persona solamente con énfasis en la patología (normalidad/anormalidad o neurosis/psicosis), práctica derivada en su gran mayoría del modelo médico tradicional:

Ambos modelos, freudiano y conductista, del desarrollo humano se basan en premisas deterministas. Los hombres pueden ser libres de hacer lo que quieran, pero sus elecciones se gobiernan por el impulso o por el hábito; por los impulsos internos a menudo inconscientes, o bien por las influencias ambientales (recompensas y castigos). Podemos hacer nuestra voluntad, pero la voluntad misma se determina por una combinación de factores biológicos y ambientales (Brinckerhoff, 1971 en Matson, 1984, p. 48).

Objeto de estudio

De acuerdo con la posición humanista, la experiencia consciente provee datos importantes y primordiales para el conocimiento de lo que acontece al individuo, sin necesidad de referirse a causas anteriores que expliquen su experiencia.

Conforme a su orientación fenomenológica-existencial, el enfoque humanista es conocido por su interés en la experiencia subjetiva o la *vivencia personal*, la cual en sí misma puede ser considerada como su objeto de estudio. Teniendo en cuenta su contexto histórico social es fácil comprender el porqué de este interés: nada podía ser más importante para los interesados en la salud mental en el entorno de posguerra que atender a lo que las personas estaban viviendo. Se trata, entonces, de un objeto de estudio eminentemente pragmático.

Al tomar la *vivencia personal* como centro de interés, la psicología humanista establece una marcada diferenciación con la posición de los psicólogos del comportamiento, quienes evitan hacer mayor alusión a la experiencia subjetiva por sí misma, pues su interés se sitúa en cómo se genera el comportamiento en función de los eventos externos o medioambientales:

La orientación humanista en psicología considera de mayor relevancia para la comprensión del hombre, el conocimiento de este mundo interno y su dinámica; no niega que el mundo externo sea una realidad concreta e influyente y con ciertos significados de carácter universal [...] sino que enfatiza la importancia de la realidad interna del hombre como estructura clave para su comprensión como persona (Martínez, 1982, p. 145).

La vivencia de la persona como objeto de estudio acerca un poco su interés al de los psicoanalistas, quienes también prestan atención a la vida subjetiva de los individuos, pero los humanistas la abordan desde un punto de vista en el cual la experiencia consciente es decisiva en tanto revela contenidos actuales, a diferencia del psicoanálisis que la usa como ruta de acceso a contenidos profundos y latentes, al sujeto del inconsciente.

La psicología humanista valida como vía de aproximación al ser humano la aceptación de su subjetividad en los términos que la persona la vivencia; con ello deposita el sentido de responsabilidad de la propia vida en la persona misma. Rogers (1989) afirma que en el organismo humano se presentan de forma ininterrumpida vivencias hacia las cuales puede dirigirse de manera voluntaria, empleándolas como punto de referencia para descubrir el significado de su existencia.

La *vivencia personal* como objeto de estudio de la psicología humanista se caracteriza por ser una experiencia consciente, arraigada en el momento presente (aquí y ahora), en el lugar específico (campo fenomenológico de la experiencia) y de la cual el sujeto es responsable (Martínez, 1982).

Psicogénesis

Para la psicología humanista el ser humano es irremediablemente libre, y lo es en tanto siempre está impelido a elegir. Ante cualquier situación las personas toman decisiones acerca de cómo vivirla; decisiones que inscriben de modo más o menos potente el influjo de una experiencia. Esto hace que para esta psicología los orígenes de cualquier condición psicológica haya que buscarlos en las elecciones mismas que la persona ha hecho a lo largo de su vida.

A esta forma de concebir la génesis de lo psicológico la hemos llamado auto-determinación.

La postura de la psicología humanista es crítica frente a las miradas de las otras psicologías:

Con el énfasis en el determinismo se produjo una inevitable subestimación de las funciones mismas de la voluntad y la decisión, y un énfasis igualmente inevitable sobre el hombre como determinado, impulsado “vivido por el inconsciente”, como lo expresó Freud [...] Esto acentuó la tendencia persistente del hombre moderno a verse a sí mismo como pasivo, como el insignificante producto del poderoso juego de fuerzas económicas [...] Uno de los principales focos de la “neurosis” del hombre moderno es el debilitamiento de la experiencia de sí mismo como responsable, el socavamiento de su voluntad y decisión (May, 1988).

Esta capacidad de autodeterminación implica también la capacidad de la persona de transformar, usando su voluntad, las vivencias que la aquejan. En la Psicoterapia la capacidad de elegir enfrenta al consultante a su mundo, lo compromete con alguna elección y lo libera para realizar movimientos en una dirección de crecimiento imposible de predecir.

Método

El campo que constituyen las vivencias de una persona solo puede conocerse a través de la profunda percatación que da el compenetrarse con lo que le está sucediendo en el momento del *encuentro* con ella. Eso significa que para acceder a la vivencia se requiere de un método capaz de “sentir” de alguna forma eso que está pasando en ese otro. El método que por excelencia lo permite es el método comprensivo:

... si la reconstrucción de la naturaleza humana general por la psicología quiere ser algo sano, vivo y fecundo para la inteligencia de la vida, tendrá que basarse en el método original de la comprensión [...] Y por comprensión [...] entiende el proceso de captar el significado y la intención, que consiste en una operación mental; es decir, es una visión intelectual de la labor de la mente humana o, como también, el descubrimiento del yo en el tú (Dilthey, 1951 en Martínez, 1982, p. 149).

El método comprensivo tiene sus raíces filosóficas en autores como Brentano, Husserl, Dilthey, entre otros. Es, una vez más, la reiteración de la preferencia de esta psicología por compenetrarse sensiblemente en lugar de entender racionalmente.

La psicología humanista supone que los actos conscientes del ser humano son llevados a cabo con un fin, una orientación o sentido que constituiría una especie de hilo conductor de ellos, y que es menester comprender para comprender a la persona:

En la vida del hombre hay muchas realidades y, si bien es cierto que algunos aspectos pueden ser estudiados y explicados en términos de las ciencias naturales, su vida, considerada globalmente, sólo puede ser comprendida con métodos cónsonos y adecuados a la naturaleza de la psique. Solamente comprendemos a un hombre cuando su vida y sus acciones, inteligiblemente relacionadas, constituyen una unidad [...] La intención es la que unifica y da sentido a cada uno de los hechos. Si un hecho no está unido a la intención, no tiene significación e, incluso no lo reconocemos como nuestro (Martínez, 1982, p. 146).

Compenetrarse con su abanico de intenciones es una vía para llegar al fondo de la persona misma, para *comprender* la comprensión del mundo que tiene la persona. Este método es pertinente para la visión auto-determinista, que

sostiene que la persona misma es quien tiene la capacidad de significar sus experiencias y responder por ellas.

Otro método relevante para la psicología humanista es el dialógico:

La mayor relevancia y significación del diálogo, como método de conocimiento del otro, estriba, sobre todo, en la naturaleza y calidad del proceso en que se apoya. A medida que el encuentro avanza, la estructura de la personalidad del otro va tomando forma en nuestra mente; comienza por nuestras primeras impresiones, con la observación de sus movimientos, sigue el oído de su voz, la comunicación no verbal [...] El contexto verbal permite, asimismo, motivar al interlocutor, elevar su nivel de interés, reconocer sus logros, prevenir una falsificación, reducir los formalismos, estimular su memoria [...] ayudarle a explorar, reconocer y aceptar sus vivencias inconscientes (Martínez, 1982, p. 153).

El método comprensivo y el dialógico están evidentemente asociados a las raíces fenomenológico-existenciales de la psicología humanista. Son caminos que le permiten acceder a la vivencia subjetiva, personal del ser humano.

Psicología cognitiva

Un día el maestro estaba sentado tranquilamente con las piernas cruzadas, vino un monje y le dijo:

–¿En qué piensas en esa inmovilidad?

El maestro respondió:

–Pienso en lo que está más allá del pensamiento.

–¿Y cómo te las arreglas para pensar en lo que está más allá del pensamiento?

–No pensando –replicó el maestro.

(Colomar, 1974, p. 130)

Contexto histórico social

El mismo introspeccionismo, que en Europa contribuyó a dar cabida a escuelas como el psicoanálisis o la Gestalt, ayudó a mantener una cierta distancia con la corriente empirista que gobernaba en Norteamérica. Ese mismo interés por los “procesos internos” del sujeto abrió espacio para un nuevo campo de investigación: la cognición.

Ya hacia 1915 en Europa se adelantaban investigaciones acerca de los procesos mentales, particularmente de la niñez, una preocupación reciente en la investigación científica, pues hasta casi finales del siglo XIX el niño era considerado como un “adulto pequeño”. Este interés en la niñez es una de las características del contexto incipiente, que incluye la aparición progresiva del sentimiento de la infancia:

Esta diferenciación es al principio tosca (hasta el siglo XVIII la infancia se confunde con la adolescencia en una etapa indiferenciada) y va muchas veces acompañada de connotaciones negativas (los niños no poseían según Montaigne, ni movimiento en el alma ni forma en el cuerpo; la infancia es un error, sostiene Descartes; la infancia es una etapa imperfecta en todo, comenta Gracián). Jean Jacques Rousseau contribuye a que el niño sea considerado como un niño, con sus particularidades y diferencias, y que la niñez sea vista como una etapa necesaria y crucial para el hombre. A mediados del siglo XIX el terreno es, pues, propicio para que aparezcan los primeros autores interesados en el estudio del niño y de su evolución, entre los que se destacan: Hall y Baldwin en Estados Unidos; Preyer y Binet, en Europa (Martí, 1991, p. 21).

En el contexto europeo el tema de los procesos mentales ocupaba a la filosofía. En su *Crítica de la razón pura* Kant buscó sintetizar las concepciones racionalista y empirista del conocimiento que habían predominado como tendencias antagónicas. Para ello debía averiguar si podía existir un conocimiento necesario (o sea, a priori) pero que en algún aspecto dependiera también de la experiencia y no fuera meramente convocado de manera tautológica por la mente. Kant resolvió estudiar ambos extremos de esta polaridad: comprender la naturaleza de la experiencia, y lo que era aun más importante, descifrar la naturaleza de la mente (Góngora y León, 1984).

Según Kant, para postular un sistema filosófico se requiere conocer los límites de nuestras facultades cognoscitivas. Sus investigaciones en esta materia lo llevan a afirmar que la naturaleza de las cosas tal como estas existen en sí mismas (“cosas en sí”) es por principio inaccesible a nuestro conocimiento; sólo es posible conocer los “fenómenos”, es decir, el modo por el cual las cosas aparecen en nuestra experiencia.

Esta afirmación de Kant es la antesala al concepto de representaciones mentales de la psicología cognitiva; sus ideas, junto con las de Bergson, ejercen influencia en las investigaciones de Piaget, máximo exponente en los comienzos de este enfoque.

El interés de la filosofía por la estructura del pensamiento, la validez de los razonamientos y la manera como se nombran los objetos incrementan las investigaciones en lógica, particularmente en lógica simbólica o matemática, que a diferencia de la lógica absoluta (que solamente trabaja con dos variables de verdad: la verdad y la falsedad) reconoce distintas variables.

Kant, Bergson y los estudios en lógica matemática preparan el terreno para el incipiente interés en el estudio científico de los mecanismos que subyacen en los procesos de conocimiento humano. Una línea nueva de investigación va

tomando forma con los trabajos de importantes estudiosos como Preyer, Wallon, Binet, Baldwin, Piaget, Vigostky y Bruner.

La psicología cognitiva se consolida en Europa alrededor de 1950-1955. Como mencionamos al respecto de la psicología humanista, eran tiempos en los cuales se vivía un clima de posguerra, lo que marca una época de crisis tanto por el profundo cuestionamiento moral y existencial que reboza como por las condiciones que surgen después de la guerra (dificultades económicas, de salubridad, guerra fría, etc.).

Por supuesto, la guerra tuvo impacto en el ámbito científico:

La situación política mundial ejerció un efecto inhabilitante sobre la ciencia. En primer término, la comunidad científica europea fue desgarrada por el auge del totalitarismo, y en cuanto a la de Estados Unidos, se le pidió que dejara de lado sus programas con el fin de contribuir al esfuerzo bélico (Gardner, 1987, p. 32).

También la guerra causó lesiones cerebrales en muchas personas, a quienes los médicos debían evaluar con el fin de definir qué tareas podían seguir desempeñando y para cuáles otras habían quedado temporal o permanentemente inhabilitadas. Por otra parte, se requería de una selección adecuada del personal que era o no apto para conducir las unidades de combate y para un sinnúmero de oficios nuevos que empezaron a aparecer. Estos hechos convocan el esfuerzo de numerosos investigadores en neurociencias (Bruner, Murray, Luria y otros), que a su vez empiezan a marcar un nuevo derrotero para la psicología (que más adelante abre oportunidades para temas como la mayor especialización en el asunto de pruebas psicológicas y la aparición de la neuropsicología).

La relatividad de muchas afirmaciones ya era puesta en cuestión a partir de los hallazgos de Albert Einstein. Los avances en la física del universo subatómico (o física cuántica) empezaron también a desafiar muchas certezas del método experimental. Aunque los parámetros generales de la teoría de la relatividad ya habían sido formulados en 1905 por Einstein, su repercusión en todo el conjunto del edificio científico va cobrando progresivamente mayor vigencia en esta época. Más allá de la ecuación matemática de la energía y la velocidad de la luz, en términos prácticos la relatividad cuestiona lo que pueda ser considerado como “verdad absoluta”, al afirmar que en cualquier construcción que se pretenda verdadera el observador ejerce una acción participativa sobre sus hallazgos. El principio de incertidumbre, de Heisenberg, formulado antes de 1930, confirma esta sentencia y sacude los cimientos de la ciencia positiva.

Hoy ya la cognición existe como una ciencia independiente y todo fue propiciado por estos eventos y los que relatamos en el apartado siguiente. El estudio

de los procesos cognitivos a través de los cuales se aprehende la realidad ha sido motor para un sinnúmero de progresos en el mundo moderno, incluida la Inteligencia Artificial.

Contexto disciplinar

La psicología cognitiva desplaza su interés hacia un escenario poco explorado por las psicologías anteriores: la naturaleza de los procesos de conocimiento de la realidad. No es esta una psicología que nace en medio del debate en que estaban empeñados los otros enfoques. Por lo mismo, todo su contenido es novedoso y se especializa en otra dimensión de lo humano: la cognitiva.

Como precursores de la psicología cognitiva pueden encontrarse cuatro autores principales: el primero de ellos es el inglés Wilhelm Preyer (1841-1897), quien en 1882 publica *Mind of the child*, obra considerada por la mayoría de autores como el origen del estudio científico del niño:

Preyer llevó a cabo una minuciosa observación de su hijo durante los tres primeros años de su vida (risa, sonrisa, actividad motriz, autoconciencia, desarrollo cognitivo), inaugurando así (junto con otros biógrafos de la época como Darwin, Taine y Pérez) un método de investigación que habría de desarrollarse prodigiosamente más tarde con Guillaume (lenguaje), Gesell (actividad motora), Piaget (inteligencia sensoriomotora), etc. (Marti, 1991, p. 22).

En la misma época de Preyer, pero en Estados Unidos, otro precursor fue Stanley Hall (1844-1924), quien se interesó por la observación minuciosa y por la medida del comportamiento de los niños, puso de manifiesto las diferencias individuales y planteó el problema de su explicación a partir del binomio medio ambiente/herencia.

Por otra parte, James Mark Baldwin (1861-1934) se interesó por las experiencias científicas, socio-morales y estéticas del individuo, y algunos de sus conceptos (por ejemplo, adaptación, síntesis de asimilación y acomodación, reacción circular, imitación diferida, entre otros) pueden encontrarse en Wallon, Piaget y Vigotsky, autores sobre los cuales ejerció gran influencia.

El otro precursor reconocido es el francés Alfred Binet (1841-1911), quien contribuye a instaurar una perspectiva teórica y experimental en el estudio del niño, caracterizada, de una parte, por el énfasis en el estudio de los procesos superiores, y de otra, en la aproximación diferencial al funcionamiento intelectual. Creó con su colaborador Theodore Simon la conocida escala de evaluación cognitiva.

Respecto de la consolidación de la psicología cognitiva, hay versiones distintas:

Gardner (1987), por ejemplo, señala dos influencias fundamentales: como antecedente remoto sitúa el problema de los griegos, que es la interrogación por el conocimiento, por el sujeto que conoce. Como antecedente próximo, la utilización de la metáfora del computador, principalmente en los Estados Unidos.

Para Gardner, entonces, la cognición se origina en los Estados Unidos por la confluencia de varios factores, entre los que se destacan:

- Los desarrollos en neurobiología, neurolingüística, neuropsicología y filosofía analítica, que empiezan a poner en cuestión la tesis del conductismo radical acerca del papel de lo mental.
- La aparición de la computadora.

Estos dos sucesos se conjugan en un caldo de cultivo abonado por los aportes de diversos investigadores y generan la aparición de las ciencias cognitivas en 1955 en los Estados Unidos.

Varela sitúa esta consolidación en Europa y particularmente en un autor, Jean Piaget. Según Varela, el antecedente reciente que Gardner destaca (la metáfora del computador) no relata el origen de la psicología cognitiva sino de las tecnologías cognitivas, las cuales se centran en el método mas no en el problema del conocimiento. Para Varela, como para la mayoría, es Piaget quien funda la preocupación moderna por el origen del conocimiento y por el sujeto que conoce.

La relevancia de la obra de Piaget es controvertida: autores como Carretero, Martí y Riviere dan toda prioridad a Piaget acompañado por autores como Wallon, Binet y Baldwin, pero Gardner apenas lo menciona, y Donald Norman afirma que la psicología cognitiva puede existir sin Piaget. La razón de esta controversia radica en un punto culminante: ¿Es científica su investigación?

Es interesante cómo desde el psicoanálisis cada una de las vertientes de la psicología al surgir encuentra durante un tiempo un ambiente hostil en el cual prima la calificación de no ser científica, y más adelante, a la luz de nuevas consideraciones, termina siendo aceptada. Esta condición hace parte del contexto disciplinar que rodea la aparición de cada psicología.

Pero ¿Quién fue Piaget? ¿Por qué la controversia?

Jean Piaget (1896-1980) nació en Neuchâtel (Suiza) y su monumental obra relata sesenta años de investigación del problema del conocimiento. Desde muy joven Piaget manifestó su vocación para la investigación, seguramente influido por su padre, Arthur Piaget, quien era un destacado profesor de literatura medieval en la Universidad de Neuchâtel. A los once años publicó su estudio *Un*

gorrión albino, producto de sus propias observaciones, y durante su secundaria escribió estudios sobre los moluscos. Se licenció y doctoró en Biología en la misma universidad donde su padre era profesor, en 1918. Su interés inicial se situaba en el tema de la adaptación: le interesaba comprender cómo las especies desarrollan mecanismos inteligentes para sobrevivir en nuevos ambientes; de ahí desembocó en el tema del conocimiento. Sintió que necesitaba algunas respuestas de la psicología y decidió comenzar a estudiar el desarrollo de la inteligencia en los niños. Pensaba hacer un rápido paso por la psicología, que le tomó toda su vida!:

Jean Piaget se inició en la psicología de una manera muy poco usual. Formado como biólogo, con un particular interés por los moluscos, se empleó como ayudante en el laboratorio de Theodore Simon, ex colega de Alfred Binet, el inventor de la prueba del cociente intelectual (CI). Piaget nunca aceptaba las tareas tal como le eran ofrecidas y comenzó a indagar el tipo de errores que cometían los niños al responder los ítems de la prueba de inteligencia. Durante toda su vida su objetivo fue fundar una epistemología sobre principios biológicos; para ello decidió dar un “breve rodeo”, a fin de estudiar el desarrollo del pensamiento de los niños. Más tarde acostumbraría decir que este rodeo le llevó la vida entera... (Gardner, 1987, p. 135).

Sus primeros escritos sobre psicología son de alrededor de 1920, cuando ya era profesor de psicología en la Universidad de Zúrich. Como se mencionó, las respuestas equivocadas que de manera consistente daban niños y jóvenes a ciertas preguntas de las mediciones de CI habían llamado su atención. Se encontraba más interesado en la razón por la que los niños fracasaban en los tests que en el establecimiento de normas para el éxito. ¿Qué caminos utilizan los niños para dar sus respuestas? ¿Qué procesos de pensamiento los extravían? ¿Qué factores no alcanzan a comprender en la búsqueda de soluciones? La depuración de estas observaciones dio pie a su afirmación de que el razonamiento infantil es cualitativamente distinto del razonamiento del adulto, base de su teoría de las etapas de desarrollo cognitivo.

Piaget reconoce entre sus influencias a James Mark Baldwin, a Spencer con su filosofía evolutiva, a Darwin con su tratado sobre las especies. Para Piaget, entre el problema epistemológico del conocimiento (referido a cómo y qué es lo que conocemos) y su sustrato biológico existía un eslabón perdido: la mente humana.

Ya mencionamos arriba la resistencia inicial de la comunidad científica a la investigación de Piaget: “El método de Jean Piaget... fue considerado durante mucho tiempo por numerosos investigadores positivistas como no científico, debido a que no seguía ciertos cánones clásicos” (Martínez, 1982, p. 37).

En Estados Unidos sus trabajos tardaron en despertar una atención generalizada, debido a que, además de estar escritos en francés, estaban muy relacionados con la naturaleza de su teoría y su metodología: ni los conceptos que él usaba ni su metodología “experimental” fueron aceptados con facilidad. En ese país la investigación experimental en psicología se apegaba a la comprobación de hipótesis, al control riguroso de variables experimentales y al análisis de los datos mediante procedimientos estadísticos depurados. Uno de los principales motivos de controversia que suscitó su investigación estriba en que Piaget construyó la sustentación central de su teoría a partir de observaciones hechas a sus propios hijos: Lucienne, Laurent y Jacqueline, una práctica inaceptable para los parámetros que todavía imperaban en Estados Unidos. Sólo después de 1960 la comunidad científica norteamericana empezó a ser receptiva a sus planteamientos y métodos.

Durante algún tiempo Piaget llamó a su teoría “psicología genética experimental”, y en ella describe el proceso del desarrollo de la inteligencia y el pensamiento a lo largo de la vida. Un rasgo característico de su enfoque es su afirmación de que la lógica del niño que crece es cualitativamente diferente, a distintas edades, de la lógica del adulto. En su extensa descripción de cómo conocen los seres humanos Piaget incluye elementos de biología, lógica y psicología.

Este desarrollo no es una sumatoria de partes:

Las etapas del desarrollo mental forman una secuencia invariable o una sucesión de desarrollo individual. Cada etapa del desarrollo cognoscitivo es un todo estructurado. El desarrollo mental, por lo tanto, no consiste en una suma de asociaciones específicas de estímulo-respuesta. Las etapas cognoscitivas están jerárquicamente integradas; las etapas más elevadas reintegran a las estructuras cognoscitivas que se encuentran en niveles inferiores (Jensen, 1973 en Yelon & Weinstein, 1988, p. 147).

Después de transitar con amplitud por las maneras como los seres humanos conocen la realidad, Piaget fundó una nueva ciencia a la que llamó epistemología genética experimental. Al hablar de “epistemología genética” Piaget expresa básicamente que el desarrollo intelectual se halla arraigado en las estructuras biológicas del ser humano y que, merced a la psicología, podía ser comprendido. En 1955, con ayuda de la Fundación Rockefeller, establece el Centro Internacional de Epistemología Genética en Ginebra, que dirigió hasta su muerte, en 1980.

Su epistemología no es la epistemología que estudia el cuerpo general del conocimiento de la ciencia sino una que investiga de manera experimental (lo que le diferencia también de la gnoseología) las manifestaciones cognitivas de los

sujetos en su proceso de desarrollo; es genética no en cuanto al estudio de los genes, sino en tanto a que explora la génesis del pensar en el humano.

Lev Vigotsky (1896-1934) es otro de los máximos exponentes de esta psicología. Ruso de origen judío, fue fundador de la psicología histórico-cultural y claro precursor de la neuropsicología soviética. La divulgación de su obra en la academia occidental sucede en la década de 1960, muy posterior a su temprano fallecimiento.

Piaget daba una importancia relativa a las influencias sociales en el desarrollo cognitivo, pues para él también contaban los factores biológicos, la experiencia y lo que llamó el mecanismo de equilibración, una facultad inherente que se actualiza en función de la interacción. Vigotsky, por su parte, sostiene que el desarrollo cognitivo de los humanos únicamente puede ser explicado en términos de interacción social, pues buena parte de este desarrollo consiste en la interiorización de instrumentos culturales (como el lenguaje) que inicialmente no nos pertenecen, sino que pertenecen al grupo humano en el cual nacemos. Los últimos treinta años de investigación han dado respaldo a sus planteamientos, por lo que su breve obra sigue siendo motivo de diversas lecturas.

Jerome Bruner (1915-) es un investigador importante en el despliegue de esta psicología. Fundó en 1960 el Centro de Estudios Cognitivos de la Universidad de Harvard e impulsó la psicología cognitiva en USA. Su teoría cognitiva del descubrimiento usa el concepto de andamiaje, que retoma de Vigotsky.

La actualidad del enfoque ha abandonado la perspectiva evolutiva y está más interesada en tipificar el uso de mecanismos complejos de adaptación mental incluso en edades muy tempranas.

Concepción de realidad

Veámos cómo en la psicología comportamental la pregunta ontológica acerca de qué se considera o no como real, se responde planteando que “allá afuera” existe una realidad objetiva, que funciona independientemente de los intereses que el observador pueda tener en ella. Así mismo, que las cosas están en el mundo real y funcionan según ciertas leyes naturales.

En la concepción de realidad de la psicología cognitiva la realidad no es un evento exterior que el observador aprehende, sino que ésta surge de la interacción entre lo que el sujeto trae consigo y lo que el medio le ofrece: hay una predisposición biológica inherente al organismo previa a cualquier experiencia que por sí sola no es suficiente para aprehender el mundo; esa condición se va complejizando en la medida en que hay una relación con el medio, y se

estructura en diferentes planos que se superponen entre sí. El conocimiento del mundo es posible en tanto se construyen representaciones que son la reflexión del sujeto sobre su propia acción.

... la frontera entre el sujeto y los objetos no está de ningún modo trazada de antemano y, sobre todo, no es en absoluto estable. Efectivamente, toda acción hace intervenir a los objetos y al sujeto de un modo indisoluble, y la conciencia que toma el sujeto de su acción conlleva, entre otras cosas, todo tipo de caracteres subjetivos de los que le es imposible saber, sin un largo ejercicio, lo que depende del objeto, lo que depende de sí mismo en tanto que sujeto activo y lo que depende de la acción como tal en tanto que transformación de un estado inicial en un estado final. Por tanto, el conocimiento en sus inicios no parte ni de los objetos ni del sujeto, sino de interacciones, al principio inextricables, entre el sujeto y los objetos (Piaget, 1970).

Para la psicología cognitiva, en esa interacción entre sujeto y objeto el sujeto *construye* lo real:

Esto nos conduce a una segunda realidad fundamental que es la de la construcción, y que resulta necesariamente de las interacciones de las que acabamos de hablar. Puesto que el conocimiento de los objetos no se obtiene por simple acumulación de informaciones exteriores, sino que procede a partir de las interacciones entre el sujeto y los objetos, entonces supone de manera necesaria una doble organización: por una parte, una coordinación de las propias acciones y, por otra, una puesta en relación entre los objetos (Piaget, 1970, p. 168).

Desde la concepción donde la realidad es construida, en primera instancia no se habla de “una sola realidad” sino que se afirma la existencia de múltiples realidades socialmente construidas, no gobernadas por leyes naturales, causales o de cualquier otra índole – la verdad tiene que ver con aquella construcción sobre la cual hay consenso. Sin embargo, puede haber varias construcciones existentes que, simultáneamente, cumplan con ese criterio (Guba & Lincoln, 1994, p. 18).

La confrontación de los distintos puntos de vista y su coordinación en un consenso objetivan la realidad. El hecho de que simultáneamente puedan “coexistir” varias construcciones acerca de lo que se considera como lo “real” está muy emparentado con el modelo de física con el que se asocia esta psicología: la física de la relatividad, la que también influye en la concepción de realidad y que veremos en el apartado correspondiente.

Tenemos, entonces, unas características de lo “real” para la psicología cognitiva:

- Lo real se genera a partir de la interacción entre el sujeto y el objeto.
- Esa interacción produce una realidad que ya no es un evento ni un fenómeno sino una construcción.

- Lo real se constituye por validación de acuerdos, y en este sentido podríamos hablar de la realidad como una construcción objetivada por una actividad reflexiva.

Corrientes de referencia

La herencia de Kant en la psicología cognitiva es innegable. En su síntesis entre racionalismo y empirismo Kant postula el *interaccionismo*, fundamento que acogen todos los cognitivistas europeos.

Pero en la conceptualización de esta psicología también es posible rastrear otras corrientes de pensamiento constitutivas como el *estructuralismo*. La teoría de Piaget es una clara muestra de esto, pues en ella los esquemas hereditarios de interacción con el mundo (prensión, visión, fonación, audición, etc.) son al comienzo precarios pero se van complejizando en la interacción con el mundo a través de distintos estadios de desarrollo que tienen una organización jerárquica. Esta concepción del desarrollo humano en estadios, comparable a la del psicoanálisis, es claramente una visión estructuralista.

La psicología cognitiva, en especial después de Piaget, es decididamente *funcionalista*: se ocupa del uso, los procedimientos, los contextos, las interacciones. Este funcionalismo es diferente del de la psicología comportamental, en tanto no está referido a relaciones de causa-efecto, sino que hay en él una preocupación por conocer cómo usa el sujeto sus mecanismos cognitivos y para qué le sirven.

Modelo de física asociado

En la concepción de realidad veámos cómo los conceptos interacción y construcción proporcionan una noción acerca de lo que es real para la psicología cognitiva.

Einstein había formulado su teoría de la relatividad antes del surgimiento de la psicología cognitiva. En ella plantea que la separación espacio-tiempo que había caracterizado el pensamiento de la física clásica no es posible, dado que ambas dimensiones están íntimamente relacionadas y juntas forman un continuo cuatridimensional: el espacio-tiempo. De acuerdo con esta formulación, la realidad construida varía según el lugar donde esté situado el observador.

Este paradigma incide en la psicología cognitiva, por ejemplo, cuando se plantea la existencia ya no de “una realidad” sino de “múltiples realidades” construidas socialmente y que coexisten entre sí. Aquí no hay división sujeto-objeto, como en el paradigma newtoniano-cartesiano; hay, de manera análoga al espacio-

tiempo, una relación interactiva en la cual cada observador está a la vez siendo afectado y afectando esa realidad.

La pregunta ontológica es respondida por los seguidores del constructivismo afirmando que existen realidades múltiples y socialmente construidas, no gobernadas por leyes naturales, causales o de cualquier otra índole: una ontología relativista. Esas construcciones son ideadas por los individuos, a medida que ellos intentan darle sentido a sus experiencias, las cuales debemos recordar, son siempre de naturaleza interactiva (Guba & Lincoln, 1994, p. 20).

Concepción de ser humano

Del modelo de ser humano de la psicología cognitiva puede decirse, en primera instancia, que las diferentes versiones de este marco comparten la premisa kantiana de que el sujeto no es una *tábula rasa*, sino que, por el contrario, está dotado de esquemas que forman una base estructural para iniciar el conocimiento del mundo. Para esta psicología, el organismo no es un simple reflejo de los rasgos del medio ambiente; posee una estructuración que se impone a los datos y que se constituye poco a poco, es decir, no está enteramente preformada.

Lo más distintivo del ser humano de la psicología cognitiva es su tendencia al desarrollo, su natural impulso para conocer (una especie de curiosidad innata que le es propia y que lo motiva a buscar el conocimiento) y su participación en la construcción de lo real a partir de sus esquemas. Es un sujeto activo, propositivo, capaz de decidir sobre su propia existencia; un ser humano diferente del de las visiones conductual y psicoanalítica, pero más cercano al ser humano de la psicología humanista. La razón de esta convergencia en un ser humano de posibilidades probablemente esté asociada a la paralela consolidación de estos modelos en el entorno socio-histórico contemporáneo a las guerras mundiales.

Este ser humano que aporta sus esquemas tiene la capacidad de dar sentido a la información que asimila en las distintas etapas de su desarrollo, de significar sus experiencias: "... siguiendo el modelo constructivista de Piaget, tenemos a un sujeto que no se limita a asimilar sin más la información sino que incide activamente sobre ésta transformándola y reconstruyéndola..." (Vergnaud, 1989 en Marti, 1991, p. 224).

En concordancia con su concepción de realidad, que postula la interacción entre el organismo y su contexto, esta psicología sostiene una noción de sujeto multi-influenciado que puede afectar y ser afectado por su medio. El término "adaptación" tiene en la psicología cognitiva una acepción distinta a la de la psicología comportamental. No es la acomodación al medio lo que genera el conocimiento sino el diálogo entre lo que trae el individuo y lo que el medio le ofrece.

Por último, para esta psicología la condición social humana es decisiva para el conocimiento: "... el desarrollo no es un viaje solitario [...] el sujeto lo hace con otras personas y recoge de la comunidad una serie de estímulos e influencias sin los cuales no se desarrollaría..." (Bruner, 1988 en Marti, 1991, p. 223).

Objeto de estudio

La psicología cognitiva desde sus orígenes se pregunta por ese sujeto que conoce y por cómo llega a tener su conocimiento del mundo. Su referencia siempre han sido los procesos de conocimiento: "Probablemente, lo más general y común que podemos decir de la psicología cognitiva es que refiere la explicación de la conducta a entidades mentales, a estados, procesos y disposiciones de naturaleza mental" (Riviere, 1992, p. 21).

Esos procesos han sido escrutados a través de distintas ópticas: estructural, funcional, procedimental, contextual. Pero lo común de las diferentes líneas de trabajo en esta psicología es su decidida orientación hacia los procesos y mecanismos mentales. Los cognitivistas por lo general eluden toda alusión a lo afectivo en sus explicaciones sobre la inteligencia y la adaptación.

Psicogénesis

De manera consecuente con su concepción de realidad, la psicología cognitiva considera que la determinación de lo psicológico está muy relacionada con aquello a lo que alude el término "construcción". No hay una realidad dada; tampoco existe un conocimiento a priori. Los procesos y mecanismos de conocimiento se explican como una construcción agenciada por el sujeto.

Esta visión rompe con la de las psicologías comportamental y psicoanalítica: el conocimiento no es una copia de lo exterior ni una actualización de "lo interno". Un fenómeno semejante ocurre con el desarrollo, el aprendizaje y el uso de herramientas adaptativas en cualquier contexto: son una construcción.

El sujeto y el mundo social y objetual se determinan recíprocamente a través de la interacción. La experiencia reflexionada se integra a los mapas preexistentes, y cuando estos no pueden integrar los nuevos datos se produce una perturbación que puede llevar al sujeto a nuevos intentos y nuevos resultados. Aún las versiones más modernas de esta psicología respetan esta premisa.

Método

Para conocer su objeto de estudio o probar sus hipótesis, Piaget no aplicó métodos experimentales ortodoxos en la mayoría de sus investigaciones, grupos control o estadísticas complicadas. Lo hizo tardíamente para refrendar sus ha-

llazgos a través de esos métodos ante la tradición norteamericana, pues, como mencionamos, para los psicólogos estadounidenses no fue fácil aceptar como científicas sus técnicas: la metodología de Piaget guardaba pocas semejanzas con la psicología experimental que ellos practicaban.

Dos recursos principales fueron empleados por Piaget: la observación libre de la conducta del infante y las entrevistas semi-estructuradas.

A partir del trabajo desarrollado en la clínica de Binet y Simon en París, Piaget elabora una técnica descriptiva que habría de convertirse en el sello particular de su trabajo. Una característica básica de esta técnica consiste en interrogar individualmente de manera cuidadosa a los sujetos de investigación e inferir el razonamiento empleado por ellos. Esto incluye el uso de la contra argumentación: a través de preguntas buscaba confrontar al sujeto con sus propias afirmaciones y darse cuenta en qué nivel de desarrollo de la inteligencia se encontraba. Este método con el cual se realiza básicamente el estudio de caso en profundidad fue denominado por el mismo Piaget como “clínico-crítico”.

El método clínico se caracteriza por centrar la investigación sobre comportamientos relatados por el sujeto, reacciones observables en el curso de la relación establecida con él y otras específicamente provocadas en condiciones sistemáticas constantes con el fin de comprenderlas y explicarlas en sus particularidades (Rey, en Braunstein, 1985, p. 149).

La investigación cognitiva posterior a Piaget se sigue valiendo de la observación y la entrevista y de la modalidad del método clínico-crítico empleado por él para estudiar los procesos cognitivos. También incluye procedimientos más convencionales en sus estudios.

Contexto del cambio paradigmático

Después de presentar una aproximación a la epistemología de los principales modelos psicológicos, y antes de hacer lo propio con la psicología transpersonal, nos detendremos a hacer algunas consideraciones más precisas sobre *la noción de ciencia*. Algunas ideas a este respecto ya han sido insinuadas en los capítulos precedentes y ahora es el momento de estudiarlas con mayor detenimiento.

La ciencia, como reacción al saber dominante del contexto oscurantista en que fue surgiendo, se ha encargado en los últimos tres o cuatro siglos de proveer las bases para todo conocimiento que pretenda ser universalmente válido, rompiendo así con el oscurantismo de la época que la precedió. Su método representó una ruptura crucial con las formas previas de aproximarse al conocimiento y la concreción de unas rutas definidas, aceptadas en consenso, para su abordaje.

Así, la investigación se convirtió en un procedimiento lógico, racional, riguroso, sistemático, escrupuloso, exhaustivo y refinado que lo distinguió de la articulación de los saberes precedentes.

Ahora bien, esa ciencia que en un momento fue revolucionaria ha entrado en una nueva fase de replanteamiento, interrogación y cuestionamiento: la ciencia está cambiando desde sus fundamentos hasta sus métodos, y lo que es más dramáticamente veraz es que nunca como ahora los cimientos de su construcción están siendo demolidos sin poder evitar que todo el edificio se vea afectado.

Las teorías esenciales de la visión del mundo y el sistema de valores que están en la base de nuestra cultura y que hoy tenemos que reexaminar atentamente se formularon en los siglos XVI y XVII. Entre 1500 y 1700 se produjo un cambio radical en la mentalidad de las personas y en la idea que estas tenían acerca de las cosas. La nueva mentalidad y la nueva percepción del mundo dieron a nuestra civilización occidental los rasgos que caracterizan la era moderna y se convirtieron en las bases del paradigma que ha dominado nuestra cultura durante los últimos trescientos años y que ahora está a punto de cambiar (Capra, 1996, p. 55).

El objetivo de este capítulo es esbozar el cambio que aún de modo incipiente está ocurriendo en los fundamentos del quehacer científico e insinuar la vinculación de la psicología transpersonal con este viraje. Los pormenores de esta vinculación quedarán más claros en el siguiente capítulo.

Aunque el debate sobre los fundamentos de la ciencia no es nuevo, probablemente desde que Kuhn publicó su *Estructura de las revoluciones científicas* en 1962 esta discusión ha tenido un matiz más acentuado. El número de artículos, monografías, textos y tratados sobre este complejo y espinoso tema es enorme y rebasa con amplitud cualquier posibilidad de ser resumido en este capítulo, que no pretende más que sugerir algunas de las características de este viraje y presentar una síntesis, bastante apretada, de un universo de conceptos todavía en disputa y sobre los cuales es imposible dar una última palabra. A pesar de que la controversia, el antagonismo y la divergencia se mantienen y a pesar del riesgo que entraña intentar resumir un fenómeno tan complejo como es el cambio de paradigma que está ocurriendo en la ciencia (a partir de la revisión crítica de sus presupuestos, de los resultados de sus mismas investigaciones y de las conclusiones de algunas disciplinas), resulta indispensable cierta comprensión de este asunto para adentrarse en la epistemología de la psicología transpersonal.

Abordaremos este tema acudiendo, pues, a tres de los posibles ángulos para estudiarlo: los hallazgos de la nueva física, la reflexión sobre los fundamentos lógicos de las formulaciones científicas y los progresos en las ciencias sociales. Aunque al momento de hablar de los cambios en la ciencia expondremos

combinadamente argumentos de estos tres sectores para debatir el modelo dominante (pues en realidad se encuentran correlacionados), conviene hacer una descripción anticipada de lo que cada uno representa en este viraje; descripción que acometemos en el siguiente apartado.

En el intento por sustentar lo que estamos planteando e ilustrar que hay muchos investigadores representativos que trabajan en el cambio en la ciencia nos hemos valido de una extensa cantidad de citas bibliográficas, que esperamos no haga engorrosa la lectura.

Hallazgos de la nueva física

Si bien a la filosofía se la suele considerar como la madre del conocimiento en Occidente, no es menos cierto que la física es la piedra angular de la ciencia. La física ha promulgado las bases de lo que se considera como real y ha confeccionado el método por excelencia para conocer esa realidad, premisas que invariablemente han sido seguidas por las demás disciplinas para diseñar sus procedimientos y alcanzar su legitimación como científicas.

La concepción clásica de la ciencia, su origen, desarrollo, influencia en la cultura, crisis y colapso se pueden observar mejor siguiendo la que ha sido considerada como la ciencia por excelencia y a la que todas las demás “debían” imitar: la física. Su desarrollo triunfal comenzó con Francis Bacon y Galileo, se consolida con Newton e impera gloriosamente hasta comienzos del siglo XX, cuando entra en crisis con la demolición de la causalidad y el determinismo (Martínez, M., 1993, p. 39).

Esto explica de cierta forma la relevancia que hemos dado en el capítulo precedente al modelo de física con que se corresponde cada una de las escuelas psicológicas que estamos estudiando.

La influencia de la física ha estado presente desde los comienzos de la formulación de la teoría newtoniana cuando muchos, animados por el éxito de semejante explicación del universo, se dejaron seducir e intentaron replicarla en otros terrenos.

Así, el método de Newton, basado en la explicación causal y mecánica de los fenómenos que consideraba el principio de causa y efecto como su principio ordenador y rector, se fue convirtiendo en el método de toda ciencia.

La creencia de que el universo es una máquina, llevó a muchos investigadores y hombres de ciencia a intentar repetir la hazaña de Newton construyendo un modelo similar para sus respectivas ciencias (economía, psicología, sociología, etc.). Adam Smith, Jeremy Bentham, Stuart Mill, Hartley, Mesmer, Freud, Zola y otros, cada uno a su manera, dedicaron toda su vida a esta esperanza (Martínez, M., 1993, p. 40).

Los ejemplos de estos intentos son muchísimos y abarcan un espectro muy grande de los planteamientos que alimentaron la forma de pensar del siglo XX:

Las leyes inmutables de la historia descritas por Marx, la lucha evolutiva ciega de Darwin y las tempestuosas fuerzas oscuras de la psique de Freud, todas, hasta cierto grado, deben su inspiración a la teoría física newtoniana. Todas, junto con la arquitectura de Le Corbusier y el despliegue total de la parafernalia tecnológica que todo aspecto de nuestras vidas cotidianas toca, han impregnado tan profundamente nuestra conciencia, que cada uno de nosotros nos vemos a nosotros mismos reflejados en el espejo de la física newtoniana (Zohar, 1996, p. 18).

Ahora bien, como acaba de insinuarse, este impacto no se restringe a la confección de teorías, modelos y procedimientos científicos: los modelos de física se han convertido incluso en regentes de determinadas maneras de comprender el mundo y de vivir en él. “En el curso de la historia, hemos trazado nuestra concepción de nosotros mismos y nuestro lugar en el universo, a partir de la teoría física que estuviera de moda ese día” (Zohar, 1996, p. 18). Durante los últimos siglos el modelo dominante de ciencia y de concebirnos a nosotros mismos y al mundo ha estado profundamente influido por la física newtoniana, aunque tal afirmación pueda parecer al sentido común un poco lejana o, en el mejor de los casos, exagerada. Evidentemente la ciencia ha condicionado la manera como pensamos el mundo y nos pensamos a nosotros mismos; lo que tal vez no siempre advertimos es hasta qué grado esto es cierto. En este capítulo trataremos de rastrear cómo algunas de las premisas de esta física se hallan en las entrañas mismas de nuestras habituales maneras de ver la vida, de nuestras suposiciones sobre lo que es real y cómo, a partir de cierto punto, su carácter de realidad pasa de ser absoluto a solo virtual o provisional:

La física moderna ha tenido una profunda influencia en casi todos los aspectos de la sociedad humana. Se ha convertido en la base de la ciencia natural, y la combinación de la ciencia natural y técnica ha cambiado fundamentalmente las condiciones de vida en la Tierra, ambas de manera beneficiosa y perjudicial. Hoy, apenas existe una industria que no se sirva de los resultados de la física atómica, y la influencia que éstos han tenido en la estructura política del mundo por medio de su aplicación al armamento atómico es bien conocida. Sin embargo, la influencia de la física moderna va más allá de la tecnología. Se extiende al campo del pensamiento y de la cultura, donde ha llevado a una profunda revisión del concepto que tiene el hombre del universo y de su relación con él. La exploración del mundo atómico y subatómico en el siglo XX ha revelado una insospechada limitación de las ideas clásicas y ha motivado una revisión radical de muchos de nuestros conceptos básicos. El concepto de la materia en física subatómica, por ejemplo, es totalmente diferente de la idea tradicional de una substancia material en física clásica. Lo mismo reza para conceptos tales como espacio, tiempo o causa y efecto. Estos conceptos, no obstante, son fundamentales para nuestra perspectiva del mundo que nos rodea y

con su radical transformación ha empezado a cambiar nuestra visión del mundo entero (Capra, 1992, pp. 23-24).

La transformación de conceptos que está teniendo lugar en la ciencia abarca su reformulación desde niveles complejos (que implican el diseño de mapas para comprender el universo) hasta terrenos muy elementales, “de uso cotidiano”, como sucede, por ejemplo, con la noción absoluta de espacio y tiempo con que funcionamos, que ha pasado de ser un dato objetivo a un supuesto:

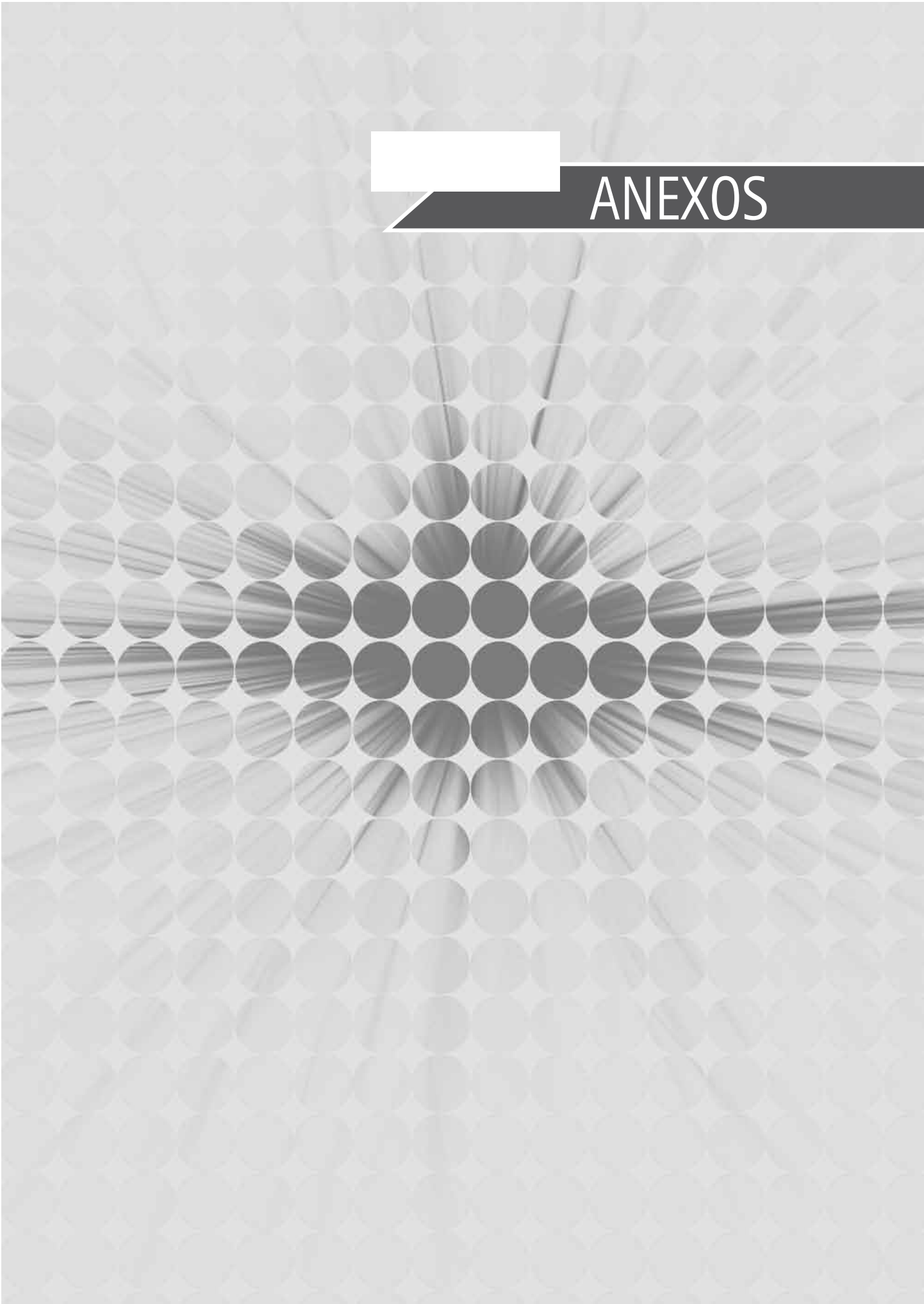
Será Einstein el que demuestre que el tiempo y el espacio (que Newton creyó absolutos) no tienen sentido, en física, independientemente del observador; que es un supuesto considerar el espacio y el tiempo como dados absolutamente e idénticos para todos los observadores (Martínez, M., 1993, pp. 41-42).

Tal vez en parte por lo anterior la nueva física (que incluye la relatividad y la física cuántica o subatómica) es consciente de sus limitaciones y de lo provisional de sus hallazgos. Esto es importante para superar el hábito de descalificar las ideas nuevas y para aprender a otorgar a cada una, como lo hacíamos en el primer capítulo a propósito de las psicologías, una validez relativa.

Hoy sabemos que el modelo newtoniano es sólo válido para objetos consistentes en un gran número de átomos, y sólo para velocidades que son pequeñas comparadas con la velocidad de la luz. Cuando no se da la primera condición, la mecánica clásica ha de sustituirse con la teoría cuántica; cuando la segunda condición no se satisface, ha de aplicarse la teoría de la relatividad. Esto no quiere decir que el modelo de Newton esté “equivocado”, o que la teoría cuántica o la teoría de la relatividad tengan “razón”. Todos estos modelos son aproximaciones válidas para una cierta gama de fenómenos. Más allá de esta gama, ya no dan una descripción satisfactoria de la naturaleza y han de encontrarse nuevos modelos que reemplacen los viejos, o, mejor, aumentarlos incrementando la aproximación (Capra, 1992, p. 53).



ANEXOS



Síntesis de la aproximación a la epistemología de los modelos psicológicos

Análisis conductual		
Contexto histórico social	Contexto disciplinar	Concepción de realidad
1935 - 1940. Surge en Europa occidental y Norteamérica. Capitalismo, caída del feudalismo. Positivismo lógico en auge. Revolución industrial.	Antecedentes: Reflexología soviética, y psicología experimental. William James :Pragmatismo. Ivan Pavlov : Reflejo condicionado Skinner: Psicología experimental. Condicionamiento operante J.B Watson: Fundador del Conductismo. Conductismo Radical: Caja negra. "Caja Traslúcida": Variables mediacionales.	La realidad es una sola independiente de quien la observe. Lo real es lo objetivo, que se traduce en observable, medible y cuantificable. La realidad es un evento objetivo que ocurre de manera externa. Es predecible, controlable. Se ampara en el Funcionalismo, estudio E-R., causa-efecto.
Morfología del discurso	Modelo de física asociado	Concepción de ser humano
Pragmatismo. Funcionalismo. Empirismo. Positivismo Lógico. Mecanicismo. Objetivismo.	Modelo clásico de la ciencia o Modelo "Newtoniano/ Cartesiano". La ciencia es lo que se puede verificar, medir, cuantificar, observar.	Dualismo "Mente/Cuerpo". Normal, sano. Anormal, enfermo. Estadísticamente hablando. Modelo atómico: "partes separadas entre sí". Ser humano es predecible Condicionado por determinantes externos. Susceptible de ser manipulado y adaptado. Motivación extrínseca. Reactivo. Adaptado/inadaptado al medio.
Objeto de estudio	Psicogénesis	Método
Conducta. Comportamiento. Observable.	Determinismo ambiental.	Lógica hipotético-deductiva. Método experimental de laboratorio. Cuantificación.

Psicoanálisis		
Contexto histórico social	Contexto disciplinar	Concepción de realidad
<p>1940.</p> <p>Surge en Europa Occidental</p> <p>Capitalismo y elitismo burgués</p> <p>Debate entre racionalismo y empirismo.</p> <p>Viena: Contexto cultural rico, elitista.</p> <p>Noción de ciencia positiva, con el debate del racionalismo.</p> <p>Nazismo.</p>	<p>Antecedentes en la filosofía: Racionalismo, existencialismo de Nietzsche, Schopenhauer.</p> <p>Influencia de Darwin: Selección natural, evolución.</p> <p>Antecedentes Mesmerismo.</p> <p>Estudios sobre la hipnosis.</p> <p>Charcot, Braid, Mesmer.</p> <p>Freud, fundador.</p> <p>Posterior: Adler, Jung, Lacan, otros.</p>	<p>Hay una realidad interna del sujeto, afectada por la realidad externa dada por la cultura.</p> <p>Tensión dialéctica entre cultura (externo) y sujeto (interno).</p> <p>Realidad psíquica.</p>
Morfología del discurso	Modelo de física asociado	Concepción de ser humano
<p>Materialismo Histórico (Marx).</p> <p>Estructuralismo.</p> <p>Evolucionismo.</p> <p>Racionalismo.</p> <p>Existencialismo ateo.</p>	<p>Newtoniano/Cartesiano en el Freudismo.</p> <p>Física cuántica en el Lacanismo.</p>	<p>Naturaleza pulsional, instintiva (Éros/Tánatos).</p> <p>Sujeto de lo inconsciente.</p> <p>Constreñido por la cultura y el lenguaje.</p> <p>Dividido subjetivamente entre la demanda de la cultura y el deseo inconsciente.</p>
Objeto de estudio	Psicogénesis	Método
<p>El inconsciente como un “saber no sabido por el sujeto y estructurado como un lenguaje”.</p> <p>Más exactamente las formaciones del inconsciente: chiste, lapsus, actos fallidos, sueños, etc.</p>	<p>Determinismo inconsciente.</p>	<p>Dialéctica.</p> <p>Método clínico.</p> <p>Estudio de caso.</p>

Psicología humanista		
Contexto histórico social	Contexto disciplinar	Concepción de realidad
1950 - 1955. Norteamérica - Alemania. Debilitamiento económico. Clima de postguerra. Teoría de campo de Clerk . Maxwell y Faraday.	Como antecedente en la filosofía existencialismo y fenomenología. También el humanismo filosófico y literario del renacimiento. En la psicología: Movimientos del potencial humano y los movimientos humanistas de postguerra. Fundadores: Carl Rogers, Abraham Maslow, Fritz Perls. Terapia centrada en la persona y terapia gestalt, como bases.	La teoría de campo influye dando cuenta que las experiencias de las personas son parte de un campo dinámico entre el individuo y su medio. La realidad tienen una existencia subjetiva. Existen tantas realidades como personas, según la vivencia.
Morfología del discurso	Modelo de física asociado	Concepción de ser humano
Existencialismo. Fenomenología. Subjetivismo.	Versión de ciencia basada en la teoría de campo de Maxwell y Faraday.	Centrada en el desarrollo del potencial. Autodeterminado. Énfasis en lo emocional. Tendencia autoactualizante. Intuitivo. Automotivado. Situado en el presente (aquí y ahora). Responsable de sí mismo y libre.
Objeto de estudio	Psicogénesis	Método
La experiencia consciente o vivencia. La experiencia consciente, provee información importante acerca de lo que acontece al interior del individuo.	Autodeterminación.	Fenomenológico. Descriptivo-comprehensivo Dialógico. Hermenéutica.

Psicología cognitiva		
Contexto histórico social	Contexto disciplinar	Concepción de realidad
<p>Desde 1920, se consolida hacia 1950-1955.</p> <p>Europa occidental.</p> <p>Clima de postguerra.</p> <p>Investigaciones en física relativista y lógica de las ciencias.</p>	<p>La guerra generó personas con lesiones cerebrales: validez del estudio de procesos de pensamiento complejo.</p> <p>Interés en estudios sobre la niñez.</p> <p>Filosofía: Kant, Rosseau, Descartes.</p> <p>Antecedentes: Preyer, Stanley Hall, Baldwin, Binnet, otros.</p> <p>Fundador: Jean Piaget (corriente europea).</p>	<p>Modelo de realidad interactivo.</p> <p>La realidad es una construcción objetivada por el consenso.</p> <p>Noción de la interacción de lo que el sujeto trae y la relación con el medio.</p> <p>Múltiples realidades.</p>
Morfología del discurso	Modelo de física asociado	Concepción de ser humano
<p>Interaccionismo (Kant).</p> <p>Estructuralismo.</p>	<p>Física relativista.</p>	<p>El ser humano no es una <i>tábula rasa</i>.</p> <p>Dotado de esquemas que forman una base para interactuar con el medio.</p> <p>Tendencia natural para conocer.</p> <p>Participa en su construcción de lo real.</p> <p>Inteligente-agente.</p> <p>Interactúa con/en su entorno.</p>
Objeto de estudio	Psicogénesis	Método
<p>Sujeto que conoce.</p> <p>Procesos de conocimiento.</p> <p>Inteligencia en tanto que adaptación.</p>	<p>Construcción agenciada por el sujeto que conoce.</p> <p>Interacción sujeto-mundo.</p>	<p>Clínico -crítico, énfasis cualitativo.</p> <p>Estudios de caso longitudinales.</p> <p>Dialéctica.</p>